
A la luz de
una luna azul
Juan Carlos Boveri

En la televisión nunca falta alguien al que se puede reportear

—*Usted conoce entretelones del* Caso de las esposas asesinadas *que no fueron revelados en ninguno de los dos libros que se escribieron sobre el tema. ¿Qué puede decirnos?*

—*Que hay genios del bien y del mal.*

1 – Alguien que hace cosas malas

Estoy con una mujer y voy a matarla.

Se llama Oriana Arroyo. Puede que muchos no lo crean, pero el nombre tiene una poderosa influencia en las vidas de las personas. Y en sus muertes. En el nombre de esta mujer se encuentra el secreto de por qué nació y por qué ha de morir.

Ella ni siquiera sospecha que se encuentra en peligro. Ninguno de sus instintos le da la menor advertencia. Pero, ¿quién puede saber que el peligro acecha como un animal agazapado en las sombras y lo atacará imprevistamente? El animal adoptará la forma de una enfermedad, de un accidente, de un criminal. Caerá sobre su víctima dispuesto a destruirla sin piedad. El animal está junto a ella. Tomó mi forma. Yo soy ese animal.

2 – Alguien que hace cosas malas.

La mayoría de las personas nos vemos normales y corrientes. ¿Cómo descubrir al perverso o al psicópata, al malvado o al asesino? ¿Qué hay en nuestros aspectos que nos haga diferentes? Es el don que posee el mal: saber esconderse, permanecer en las sombras, ser una sombra detrás de las luces que encandilan.

No sé por qué voy a matarla. Tal vez sea una fuerza que penetró en mí y me arrastró desde que nací. Oriana no hizo nada para

molestarme. Fue elegida del mismo modo en que se puede seleccionar a una actriz para interpretar un papel en una película.

3 – Alguien que hace cosas malas

Oriana está desnuda, acostada boca abajo en la cama. Su cuerpo es delgado y su piel, muy blanca. La tomo del pelo. Veo una parte de su cara. Es la cara de alguien alejado por un momento de todos los males del mundo. La cara de alguien que observa con serenidad la quietud de una montaña o el tranquilo paso de las aguas de un río.

Tiro con fuerza de su pelo. Su cabeza se levanta, su cuello se arquea, queda descubierto, indefenso, largo, como el de uno de esos cisnes que se deslizan en un lago.

Con el cuchillo hago un tajo de uno a otro extremo del cuello. Suelto el pelo. Su cabeza cae inerte sobre la almohada.

Con su sangre, dibujo en su espalda.

1 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Hace una semana que trata de leer *País de Nieve*, de Yasunari Kawabata, pero no avanza más de tres páginas. Todo lo que sabe es que hay una chica llamada Yoko y que cerró una ventanilla del tren.

Por encima del libro, mira a Heidi buscando un libro en la biblioteca. Es muy delgada, mide 1.66, tiene un lacio cabello rubio que cae a lo largo de su espalda. Está descalza y lleva puesto un jean recortado a la altura de los muslos y una musculosa negra. Siempre camina con la espalda erguida, como una modelo, y tiene un aire distante, como si pensara en otra cosa de lo que pasa a su alrededor. Ella sabe combinar lo formal con lo informal. Puede usar tacos altos o zapatillas sin perder la gracia y la femi-

neidad. Tiene impecables sus manos y sus pies y es imposible sorprenderla con las uñas despintadas o sin perfume.

—¿Qué tal es?

Le muestra *Alquimia y mística*, de Alexander Roob.

Le responde con un gesto ambiguo. Ella separa las piernas y se sienta a caballo sobre las suyas. Lo besa y pregunta:

—¿Me querés hasta la vereda de enfrente?

—Hasta ahí, sí.

Ve cómo su cara se ilumina con una sonrisa.

—La semana pasada me querías hasta la puerta de calle. Cada día me querés más. ¡Buenísimo! Te traigo un jugo de zapallo cosechado en Taiwán.

Lo hace sonreír. Ella siempre parece estar de buen humor y no tomar nada en serio.

La conoció hace diez meses y llevan dos viviendo juntos. Comenzó quedándose un par de días y terminó siendo parte del paisaje del departamento, como los cuadros o los libros.

2 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Desde que viven juntos, le preocupa el paso del tiempo. Tiene cincuenta años. Veinticinco más que ella. Le gusta su cuerpo, lo cariñosa que es, lo sensual que puede ser; la inagotable energía que tiene. Pero muchas veces piensa que es demasiado joven para entenderlo. Y él demasiado viejo para entrar a su mundo.

No tiene idea de quiénes son esos conjuntos musicales ni cómo se llaman las canciones que escucha. Es cierto que pueden hablar de cine. Heidi sabe bastante por su trabajo en el video club. Cuando nombró a Virna Lisi pensó que no sabría quién era. Pero había visto *Cómo matar a la propia esposa* y *La hora 25*.

Muchas cosas de Heidi le resultan sorprendentes. Pero nunca se siente seguro de cómo es realmente. A veces, le parece muy

inteligente y culta y otras, una tonta e ignorante. Un día puede recitar un poema de Anne Sexton y al siguiente decir que no tiene la menor idea de quién es Chéjov o preguntar si Alaska es la capital de Canadá.

Vuelve con el jugo y sanguches de miga comprados.

—Pat, me olvidé de decirte que llamó don Orbietto.

Le dice Pat como diminutivo de Patricio. «Suena más de película», dijo la primera vez que lo llamó así. «Oye, Pat, ¿quieres que tu nena te sirva otro trago?».

No tiene dudas que ella pone la alegría y muchas veces se pregunta cuándo perdió «eso» que a ella le sobra.

—¿Qué dijo?

—Insiste en que vaya con él a la pileta para enseñarme saltos ornamentales. Le dije que me da miedo. Dice que se me va a pasar el primer día saltando del trampolín más alto. Le dije que ni loca me tiraba. Entonces, me amenazó con empujarme si no lo hago yo. ¿A vos te parece que es manera de enseñar?

Comienza a comer un sanguche. Imaginar a Orbietto practicando saltos ornamentales le causa gracia. Es de los que se van metiendo al agua tanteando si está fría.

—¿No te importa que se me revienten las tetas saltando del trampolín? —le pregunta poniendo cara de desencanto.

—Además de invitarte a la pileta, ¿agregó algo más?

—Me ofreció cocaína.

—Alcanzame el teléfono.

—¿Le vas a dar una paliza?

Otra vez lo hace sonreír.

—Si mi vida no vale nada para vos, voy a ir a la pileta aunque termine en una silla de ruedas. En una de esas, antes de quedar paralítica, hasta puedo ser útil por última vez. Estoy atenta y cuando don Orbietto dé su famoso triple salto mortal, si veo que cae medio torcido lo abarajo.

Patricio no puede contener una carcajada. Orbietto pesa ciento veinte quilos y Heidi apenas alcanza los cincuenta.

—¿Vos decís que me estampilla contra el fondo de la pileta?

Orbietto atiende el teléfono y lo escucha reírse. Le dice una mentira para justificar la risa. Cuando cuelga, Heidi pregunta:

—¿Te llamó por lo de las mujeres?

Él toma el jugo que, por supuesto, no es de zapallo y está preparado con uno de esos de naranja deshidratada que se venden en sobre. Le responde afirmando con la cabeza.

—Con esta pobre son ocho.

—Ajá.

—¿La degolló y dejó un dibujo en la espalda?

No le responde. Llena de tabaco el hornillo de la pipa.

Heidi, sentada en el sillón frente a él, estira la pierna y con el pie le toca la barriga varias veces.

—Dale, decime —lo sigue pateando hasta que le contesta.

—Sí.

—¿Puedo dar una opinión fundamentada en el *Misterio del cuarto verde*?

—No. Y el libro es *El misterio del cuarto amarillo*.

—A ese no lo conozco. ¿Es la continuación del otro?

Patricio se encuentra en uno de esos momentos en los que no está seguro si ella es boba o el bobo es él siguiéndole el juego.

—Para mí, el asesino hace como el famoso pintor Picasso, que vos debés conocer, con el cuadro *Guerrica*. La señorita Aureliana Márquez, que era mi profesora de dibujo en el secundario, explicó que el cuadro era como simbólico y cada figura tenía como un sentido. No me acuerdo cuál. Pero el toro no era un toro; la paloma tampoco era una paloma.

—El cuadro es *Guernica.*

—Sí, ese. Miralo, vas a ver que hay como un caballo que no es un caballo como una cree.

Es un secreto que el asesino deja un dibujo en la espalda de las víctimas. Muy pocos están enterados. Pero Heidi lo sabe.

—¿Cómo te enteraste? —le preguntó un mes atrás.

—Espío cuando hablás con don Orbietto.

Lo dijo como la cosa más natural del mundo.

—No me gusta que nos espíes. Es un tema muy delicado.

Moviendo la mano como si espantara una mosca, le respondió:

—A mí no me interesan los crímenes. Yo escucho por si hablan de tus putis. El ojo de la oveja engorda al amo.

3 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Terminó por acostumbrarse a que Heidi sepa todo lo que ocurre dentro de la casa; que se saque las zapatillas y las deje desparramadas en el living, ponga plantas y adornitos, encienda sahumerios, o tire el chicle en el cenicero que él usa. Al comienzo le costó pero, poco a poco, fue perdiendo la sensación de estar siendo invadido y se sintió derrotado por lo que definió como: «Una mocosa caprichosa que se mete donde no debe».

—Me gusta que fumés en pipa. El cigarrillo es muy malo para los testículos.

—Para los pulmones.

—Para los testículos es peor. Encendé un cigarrillo. ¿Dónde querés que te lo apague? ¿En el pulmón o en los huevos?

1 – Alguien que hace cosas malas

Ella se acostaba en mi cama. Se quitaba la bata y se metía bajo las sábanas. Me sacaba la ropa interior. Me tocaba. Hacía que la tocara, que pasara mi lengua por sus enormes pechos. Refregaba mi cuerpo contra el suyo. Decía palabras sucias. Respiraba agitada y soltaba el aire contra mi cara. De pronto, parecía estar

cansada y se quedaba quieta. Después, me daba un beso; volvía a ponerse la bata y, en mi oído, decía: «Qué tengas lindos sueños».

Durante años se acostó desnuda en mi cama. Creo que yo tenía doce cuando me di cuenta de su olor. Olía a ginebra y a esa colonia inmunda que usaba. Sentí asco cuando empujó mi cabeza poniéndola entre sus piernas y pasé mi lengua por su vagina sucia y con un sabor a podrido que me produjo un intenso deseo de vomitar. La odié.

—Que tengas lindos sueños —dijo en mi oído.

Se dio vuelta y abrió la puerta del dormitorio.

—Tu olor es de una borracha asquerosa —le dije.

Se detuvo. Giró el cuerpo. Apretó los dientes. Con el puño cerrado me lanzó un golpe. Me partió el labio. La sangre me chorreó por el mentón y el cuello. Gritó:

—¡Soy tu madre! ¡Nunca vuelvas a hablarme así! ¡Yo soy la dueña de esta casa y aquí se hace lo que yo quiero!

2 – Alguien que hace cosas malas

Al día siguiente hice esto:

Llamé a Karpo. Se acercó a la comida que le preparé. Le acaricié la cabeza. Era un gato de dos meses cuando ella lo trajo a casa. Ella adoraba a Karpo. Cuando regresaba del trabajo llamaba al gato. Él siempre iba junto a ella. Dormía sobre su cama y se echaba con las patas hacia arriba, ronroneando, mientras le rascaba la barriga.

Dejé que Karpo acabara de comer. Lo levanté. Reclinó su cuerpo sobre mi brazo. Sentí su calor y la suavidad de su pelo.

En mi mano sostenía un cuchillo.

Llevé a Karpo al baño. Lo sostuve del pellejo de la parte de atrás de su cabeza. El gato pataleó en el aire, agitándose con desesperación por sobre la bañadera.

Puse el cuchillo en su cuello. Lo degollé.

Su cabeza se volteó hacia un lado. La sangre se derramó en la bañadera. Lo solté. Produjo un sonido seco al chocar contra el piso de la bañadera.

Busqué un ovillo de hilo con el que Karpo solía jugar hasta desenrollarlo por completo. De ese ovillo corté un poco más de dos metros de hilo. Regresé al baño.

Tomé al gato por las patas traseras. Las até dando varias vueltas alrededor de ellas con el hilo. Pasé el hilo por encima del caño de la ducha. Tiré de un extremo del hilo. El gato se elevó. Até el hilo. El gato quedo colgando, balanceándose durante unos segundos. Salía sangre del tajo en su garganta. Caía en gotas.

Salí del baño. Tendí el mantel, puse la mesa. La comida estaba preparada. Encendí el televisor. Me senté apoyando los codos en la mesa. Esperé. Ella llegó. Llamó a Karpo. No me moví. Entró a la cocina. Echó una mirada a su alrededor.

—¿Karpo? –me preguntó.

No le contesté. Apenas miró mi cara inflamada, mi labio partido. Fue a los dormitorios. Seguramente, buscó bajo las camas y dentro de los armarios.

Finalmente, entró al baño. Escuché su grito.

Demoró unos segundos en correr hasta la cocina.

Se quedó parada en la puerta. Sus ojos estaban enrojecidos. Su cara, desencajada. Me miraba. Sostuve su mirada. En mi mano tenía un cuchillo. Ella se quedó quieta, en silencio. Como si hubiera corrido una carrera muy larga y, quedándose sin aliento, no pudiera articular una sola palabra.

Sin apartar mi mirada de sus ojos, muy lentamente, moví el cuchillo de uno a otro lado. Comencé a sonreír. Entendí lo que había en sus ojos. Era miedo. Me temía.

Descubrí que había algo distinto en mí.

No siempre todo es como parece

—¿Vio, señora? Otra mujer que matan y la policía que no hace nada —dice Mabel mirando el noticiero de televisión por encima del cuerpo de Camila. Le ata el cabello con una cinta.

—Pasan cosas terribles y nadie hace nada.

—Para mí que al asesino no lo agarran más.

La mira de reojo y piensa que siempre la ve triste. Varias veces la encontró llorando. Conoce el motivo. Pasó por lo mismo.

—A usted, que sabe karate, el asesino no podría hacerle nada.

—Fui dos años y dejé. No me sirve de nada.

La ve contestar el teléfono. Habla con el marido. A la noche cenan con los padrinos de Camila. Ella casi no responde y cuelga sin despedirse. Su marido es Federico Cugi. Ella es Juliana Cugi y la semana anterior cumplió veintiséis años.

—Saludá a mamá, ya nos vamos a la plaza.

La niña la abraza. Ella le da un beso y le acaricia la cara.

Juliana es una mujer de cuerpo delgado y atractivo, más bien alta y con cabellos rojizos que le cubren la mitad de la espalda. Su voz suena un poco apagada.

En una de las paredes hay un cuadro. Lo mira. Es *Tarde estival en la playa de Skagen*. Un hombre, una mujer y un perro pasean junto al mar. Son Peder y Marie Kroyer. Años después, ella lo engañó con otro y lo abandonó. Él murió sifilítico, demente y casi ciego. Arte y realidad. Felicidad pasajera. Felicidad ficticia.

Con voz apenas audible, como si le hablara a alguien, dice:

—Nada es lo que parece.

1 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

Orbietto siempre se sienta en el mismo sillón. Tiene bigotes frondosos, muy negros y teñidos como su pelo, algo escaso, y pei-

nado hacia atrás. Toma café y coñac mientras habla de los asesinatos de las ocho mujeres.

Con Patricio se conocieron hace veinticuatro años jugando ajedrez en el Club Argentino. Orbietto, cinco años mayor, ya era un abogado respetable. Se hicieron amigos y fueron socios en el estudio jurídico hasta que Patricio abandonó la abogacía. Su orgullo quedó herido cuando un cliente fue condenado a cadena perpetua siendo inocente. No quiso exponerse a que lo mismo pudiera ocurrir otra vez. Se dedicó a escribir novelas policiales con el seudónimo de Octavio Dupont y a vivir de las rentas del campo y las propiedades que heredó de su padre, el abogado y senador MIguel Lavardén.

Orbietto fue nombrado juez y renunció cansado de la corrupción judicial. Pero ganó contactos en la policía y los juzgados que resultaron muy útiles para la afición que comparte con Patricio: investigar crímenes. Intervinieron en casos por los que ganaron fama apareciendo seguido en televisión.

En *El caso de las esposas asesinadas*, como lo llama la prensa, Orbietto es abogado de la querella contratado por el marido de una de las víctimas.

Un par de veces por semana se encuentran a conversar, comer y jugar al ajedrez. Son grandes lectores de novelas policiales. Pero detestan esa clase de novelas en las que el criminal es descubierto porque en la suela de sus zapatos había tierra roja que se encuentra cerca de los riscos; y en toda la novela nunca se mencionó la tierra roja que solo ve el detective. Una buena novela de crímenes debe dar pistas precisas para que el lector pueda descubrir al asesino. En *Crimen en el Expreso de Oriente*, Ágata Christie da la pista fundamental: las puñaladas; unas profundas, otras superficiales; unas, ejecutadas con mano izquierda; otras, con diestra.

2 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

Heidi parece de menos edad de la que tiene. Sobre todo, con las dos trenzas que se hizo. Sus padres murieron y quedó a cargo de una tía. Cuando se fue a vivir sola, alquiló un departamento de un ambiente en el que entraba la cama, una mesa de bar y dos sillas. Al conocer dónde vivía, Patricio quiso ayudarla para que se mudara a uno más cómodo, pero ella se negó.

—No, Pat. Eso es cosa de gatos. Lo mío no pasa por ahí. Yo voy por todo. Tu departamento, el campo, el auto...

En este momento, le quita el papel a un chicle, lo hace un bollito y, desde un par de metros, lo emboca en el cenicero.

—Buena puntería —dice Orbietto.

—El que tenía puntería era Rodolfo Ordóñez, el vecino de mi abuelo. Mataba pajaritos con un rifle de aire comprimido. Nunca erraba. Uno solo sobrevivió y lo aplastó de un culatazo.

—Una crueldad.

—¿No me diga? ¿Entonces qué le parece matar una vaca que no hace mal a nadie, ponerle sal, y comérsela con ensalada?

—Eugenio, no se la sigas sino hasta la noche no para.

—Como decía mi abuelo, el poeta: «Nada hace arder tanto el culo como la verdad».

Deja el celular sobre la mesita.

—Si me llaman, contesten y digan que estoy en una reunión, como dicen ustedes los abogados. Ya me estoy yendo.

Patricio enciende la pipa y dice:

—Lo peor es que todo el día es así.

—Mejor. Pone una cuota de sana inocencia. Además, un poco de razón tiene —dice Orbietto.

Se calla prestando atención a la música.

—Chet Baker es el intérprete ideal de *Time after time*. Heroína y alcohol fueron una buena mezcla para terminar con el tiem-

tiempo que viene después del tiempo. Tomó impulso y se tiró de un décimo piso —dice.

En casa de Patricio la música cesa cuando se va a acostar y mira televisión hasta quedarse dormido. Es casi imposible que a su alrededor haya silencio.

Vive en un semipiso en la calle Charcas, cerca de Thames, en el barrio de Palermo. En la sala hay una enorme biblioteca, una mesa de comedor, sillones de cuero negro; y en las paredes, copias de cuadros famosos. En la puerta del baño, un póster de Audrey Hepburn con la larga boquilla que usó en *Desayuno en Tiffany´s*. Lo puso Heidi.

—Sabés que te parecés a Audrey Hepburn —le dijo Patricio la segunda vez que salieron.

—Mi mamá decía que si me teñía el pelo era igual a ella. Mi mamá la adoraba. Vio todas sus películas. Lo que son las cosas, mi mamá murió cuatro meses antes que ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró hacia un costado.

Rápidamente volvió a mirarlo sonriendo.

—¿Te gusta Audrey Hepburn? —le preguntó.

—Siempre fue mi actriz preferida.

Sonrió con la sonrisa de Audrey Hepburn.

—¡Qué bien! Entonces, voy a ser tu chica preferida.

Él entendió todo lo que le había pasado en esos treinta segundos y dijo lo que ella merecía escuchar:

—En este momento empezás a serlo.

3 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

—Estas mujeres fueron tan inmorales como para permitir que un tipo refregara las bolas en las camas en que dormían con sus maridos. Todo los que les importó fue gozar con el amante. Y él les dio goce eterno —dice Orbietto.

Pertenece a la clase de hombres que considera imperdonable la infidelidad femenina. Pero acepta la del hombre como natural y comprensible.

Apaga el cigarrillo, enciende otro y dice:

—El fiscal Bogo no tiene experiencia para un caso como este. La policía, los peritos y el juez Artaña son unos pelotudos.

—El asesino les corre las 24 Horas de Le Mans con veinte horas de ventaja.

—Nosotros somos como la liebre y la tortuga. La libre corría rápido pero la tortuga la alcanzó.

—Porque la liebre se quedó dormida —dice Patricio.

—Tarde o temprano, el asesino cometerá un error, se quedará dormido. Entonces, veremos quién llega primero.

Patricio da una bocanada a la pipa, suelta el humo, se queda mirando cómo asciende y, con un tono irónico, dice:

—Tratá de no quedarte dormido vos.

El caso de las ocho esposas asesinadas

Las ocho víctimas eran mujeres casadas, con hijos, de clase media, y edades entre los veintiséis y los cuarenta años. Los crímenes ocurrieron en tres barrios: Palermo, Caballito y Belgrano. Comenzaron el 30 de noviembre de 2001 y siguieron con una frecuencia aproximada de tres meses.

Todas las mujeres fueron asesinadas en sus propias camas. El día que las mataron, las mucamas no estaban en las casas. Algunas llevaron los niños a la plaza, trabajaban medio día o tenían la tarde libre por asuntos personales. Sin ninguna excepción, había motivos para que estuvieran ausentes, y era habitual que hicieran lo mismo todas las semanas.

La mayoría de las víctimas tenían hijos en edad escolar primaria y el resto, adolescentes que estaban en la secundaria. Me-

dían entre 1.52 m. y 1.65 m. Pesaban desde 53 a 62 kilos. Las mataron entre la una y las cinco de la tarde. Todas estaban desnudas y acostadas boca abajo.

En todos los edificios, los porteros se encargaban de acompañar a los técnicos hasta los departamentos. Se descartó que el asesino se disfrazara como uno de ellos.

Las cámaras de seguridad no registraron movimientos sospechosos o personas que llamaran la atención. Nadie puede explicar el modo en que consigue ingresar sin ser visto. Tampoco la razón por la que tantas mujeres le dan acceso a sus casas.

No se encontraron signos de resistencia a un ataque sexual. Ninguna ingirió drogas, medicamentos o un exceso de alcohol. No se detectaron golpes en la cabeza o el cuerpo. No se encontraron causas que pudieran hacerles perder la conciencia.

No había semen en el cuerpo de las víctimas, las sábanas, la ropa o el piso. El asesino limpió las manos y las uñas con agua y jabón. No dejó huellas digitales ni ADN.

Las mató cortándoles el cuello con un cuchillo. Nunca usó el mismo. El tamaño de la hoja fue de quince centímetros. Los cortes los hizo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, tanto con mano derecha como izquierda, lo que muestra que es ambidiestro. Usando sangre de las víctimas, hizo dibujos en sus espaldas. Pintó con el dedo cubierto por un guante o un paño.

En todas las víctimas, dibujó la luna en cuarto menguante.

Además, en cada mujer, agregó un dibujo diferente:

En la primera víctima (Flavia Arana), un pájaro.

En la segunda (Daniela Trevi), una rosa. (Ella es la representada por Orbietto, a pedido de Adrián Trevi, el marido).

En la tercera (Carla Iturbe), un pez.

En la cuarta (Marcela Derrida), una almeja o una ostra.

En la quinta (Viviana Olivares), un collar, quizás, de perlas.

En la sexta (Diana Raggi), olas de un mar.

En la séptima (Jorgelina Ferrands), una manzana.

En la octava (Oriana Arroyo), un cisne.

Se supone que los dibujos forman un mensaje pero es un enigma que nadie puede descifrar.

1 – Alguien que hace cosas malas

Se emborrachaba todos los días. Perdió su trabajo y empezó a llevar hombres a la casa. Escuchaba sus gemidos y el ruido de la cama movida por los cuerpos. Las primeras veces me tapaba los oídos con auriculares escuchando música. Después, dejó de importarme. Los ruidos que salían de su cuarto eran como los del ascensor del edificio cuando subía y bajaba y los oía constantemente pero ya no le prestaba ninguna atención.

Una noche entró desnuda en mi dormitorio. Estaba muy borracha. Quiso acostarse en mi cama. Me levanté y la saqué a empujones. Durante un rato, la escuché llorar y llamarme desde el otro lado de la puerta. No le abrí. Fue la última vez que lo intentó. Me tenía miedo. Nunca lo dijo pero sé que eso sentía.

Su miedo apareció con la muerte de Karpo y creció con el incidente de Maca.

2 – Alguien que hace cosas malas

Maca era mi compañera en el primer año del secundario. Podría decirse que era mi amiga. Visitaba muy seguido su casa. Sus padres eran amables y parecían tenerme un poco de cariño. Muchas veces me invitaron a comer y yo aceptaba porque era una buena manera de encontrarme lejos de la casa en la que tenía que vivir con esa mujer.

Teníamos trece años y nos entretenía escuchar música y hablar de nuestros compañeros de escuela y los profesores. Todos les

decían Maca pero su nombre completo era Macarena. Su padre era regordete y propenso a contar chistes estúpidos. Como fuera, ella podía decir que tenía un padre. Todo lo que supe del mío me lo contó la que decía ser mi madre. Dijo que nos abandonó seis meses después que nací. Con los años, pensé que ella no estaba segura de quién era mi padre. Jamás me interesó conocer algo de él. Hay demasiados hombres así. También demasiadas mujeres como ella.

Los padres de Maca actuaban como gente normal. No me agradaban. Detesto a las personas que ocho meses antes saben el día y la hora en que saldrán de vacaciones.

Maca se comportaba como una hija digna de esos padres. Había tenido un hermano que se ahogó a los siete años. Era dos años menor que él pero tenía recuerdos de ese tiempo. Solía decir que sus padres se preocupaban tanto por ella del miedo a que se muriera como él.

Pensé en lo que ocurriría con sus padres si a ella le pasaba alguna cosa grave. ¿Cómo seguirían viviendo?

Desconozco por qué esta idea comenzó a obsesionarme. Todas las noches me acostaba e imaginaba la cara de los padres de Maca al encontrarla muerta. Los veía, días después, conversando conmigo, sentados en el sillón donde siempre se ponían uno junto al otro para ver la televisión. Los imaginaba preguntando sobre Maca. Los veía impidiendo que me fuera tan pronto, en un intento angustioso de llenar, aunque sea por una horas, el vacío que había quedado en la casa.

3 – Alguien que hace cosas malas

Una tarde estaba en la habitación de Maca. Ella se acostó en el piso. Puso un pequeño almohadón bajo su cabeza. En las manos tenía un conejo de paño al que había bautizado Caramelo.

Me acosté a su lado, boca abajo. Me golpeó la cabeza con el muñeco. Me golpeó con poca fuerza varias veces hasta que la tomé del brazo. Ella forcejeó. La sostuve de ambos brazos, poniéndolos en cruz contra el suelo. Ella movía la cabeza hacia uno y otro lado y trataba de liberarse. De pronto, se quedó quieta, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

Lo que ocurrió fue imprevisto para ella y para mí. Acerqué mi cara a la suya y la besé en la boca. Me aparté rápidamente.

Me acosté boca arriba. Puse un brazo sobre mis ojos. Ella quitó mi brazo. Sus labios rozaron los míos. Pasé una de mis manos por su cuello, atrayéndola hacia mí. Nos besamos con intensidad, apretando nuestros labios. Con la punta de mi lengua abrí sus labios. Mi lengua entró en su boca y chocó bruscamente contra su lengua. Nos separamos.

Sus mejillas estaban enrojecidas. Puse mi lengua en su boca y, ahora, con más sabiduría, nuestras lenguas se unieron. Nos tocamos por debajo de las remeras. Bajamos los cierres de nuestros pantalones y metimos las manos dentro de nuestra ropa interior. Su vagina era pequeña, estaba cerrada y seca.

Escuchamos ruidos cerca de la puerta del dormitorio. Nos separamos con rapidez. Nadie entró. Ella se arrodilló a mi lado.

—¿Me querés? —preguntó.

Fue sencillo mentirle. Fue sencillo aprender que la gente acepta más fácilmente las mentiras que las verdades. Es muy simple mentir. Todos creen lo que quieren escuchar.

4 – Alguien que hace cosas malas

Creo que aprecié a Maca. Pero al día siguiente de nuestra escena amorosa me desperté con esa idea que repicaba en mi cerebro. ¿Por qué no? Durante toda la mañana imaginé lo que iba a hacer. Sentía una inquietud que precisaba calmar.

Llamé a su casa. Le dije de encontrarnos. Ella y sus padres iban a un club todos los sábados. Le pedí que no fuera. Podía mentirles diciéndoles que debía estudiar para una prueba que rendíamos el lunes. Accedió. Ella no estaba habituada a engañar a sus padres. Lo hizo por mí. Deseaba estar conmigo.

Llegué a su casa cerca del mediodía. Dudó en el modo de saludarme. Besó mi mejilla. La tomé de la cara y la besé en la boca.

Fuimos a su dormitorio. Nos acostamos en la cama. Nos desnudamos. Su piel era suave y olía bien. Sus pechos eran pequeños y sus pezones muy oscuros. Las piernas eran delgadas, huesudas, y sus pies demasiado grandes.

En su pubis había un puñado de vello negro. La vagina seguía seca, cerrada. Sentí en mi mano cómo su vagina se humedecía y se abría como una gasa atravesada por mi dedo. Gimió. Moví mi dedo en su vagina. Lamí sus pezones. Tenían un gusto joven que me agradaba. Pero era su vagina lo que atraía todo mi interés. Quería meter mi dedo tan adentro como pudiera.

Ella besaba mi boca y mi cuello. Todo lo hacía en forma torpe Respiraba de manera entrecortada. Saqué el dedo de su vagina; mi dedo tenía un poco de sangre. Llevé el dedo a mi boca, chupé la sangre. Me gustó hacerle perder la virginidad con el dedo.

Subí sobre ella. Demoró en moverse. Al fin, encontró el ritmo. Nos movimos con lentitud. Aumentamos la velocidad del movimiento. Por momentos, nos desencajamos. Conseguimos recuperar la posición. Sucedió lo mismo dos o tres veces. Hasta que pudimos acomodarnos exactamente. Sentí una intensa sensación de placer y mi cara se hundió entre su cara y su hombro.

5 – Alguien que hace cosas malas

Miramos el techo y las paredes. Nos tomamos de las manos. Con un pie acarició el mío. No me gustaban sus pies. Le solté la

mano. Me incorporé. Preguntó adónde iba. Hice un gesto tocando entre mis piernas. Busqué el cuchillo en mi mochila. Fui al baño. Envolví el cuchillo en una toalla. Volví al dormitorio. Vio la toalla. Dijo si pensaba limpiarla. Le dije que se pusiera boca abajo. Lo hizo sin titubear. Le acaricie la espalda. Soltó una risita. Acababa de meter mi dedo en su ano. Saqué el dedo de su agujero. La agarré del pelo. Tiré su cabeza hacia atrás, tironeándola del pelo, creyó que era un juego.

Pasé el cuchillo por su garganta. El corte no fue lo bastante profundo. Dio un manotazo desesperado. Con su otra mano se tomó la garganta. Salía mucha sangre. Le clavé el cuchillo en la nuca. No entró por completo. Consiguió girar el cuerpo hacia un costado. Intentó escapar de la cama. Le clavé el cuchillo en un pulmón. Cayó de boca al piso. Su cabeza golpeó contra el suelo. Sus piernas quedaron colgadas de la cama. Di un salto. La agarré con fuerza del pelo y la arrastré por el suelo. Me tiré encima de ella, apoyando mi rodilla en su estómago. Le enterré el cuchillo en el seno. Sus brazos dejaron de moverse. Había demasiada sangre en su cuerpo y el mío. En el suelo se había formado un charco de sangre.

Le puse el cuchillo en la garganta. La degollé.

6 – Alguien que hace cosas malas

Limpié todo con mucho cuidado. Nadie me vio salir.

La policía hizo toda clase de conjeturas y no llegó a nada. La autopsia dejó interrogantes por la pérdida de la virginidad. Pero nadie pudo explicar lo que pasó. Detuvieron a unos perejiles pero quedaron libres y el caso sin resolver. Así supe que la policía no era capaz de descubrir un garbanzo en un plato de lentejas.

Nadie sospechó de mí. Creo que mi madre fue la única en sospechar; quizás, en saberlo.

Visité a los padres de Maca. Estaban desesperados. La madre se abrazó a mí y creí que nunca iba a soltarme. Querían que les contara de lo que Maca hacía cuando no estaba con ellos; que me quedara más tiempo; que volviera pronto. En fin, se cumplieron las estupideces que imaginé.

Debo reconocer que extrañé un poco a Maca. No sé por qué sentí eso. En definitiva, uno sustituye al otro y cada uno continúa con su vida.

Un hombre que hace cuentas

Mira por la ventana de un cuarto piso en Hipólito Irigoyen y Piedras. En el edificio frente al suyo suele ver a una mujer. La primera vez que la vio en ropa interior ella cerró las cortinas. Días después, las dejó abiertas y se dejó mirar. Era un juego excitante que duraba desde un mes atrás.

Trabaja por su cuenta. Tiene un asistente de medio tiempo con el que apenas se ven. Cuando llega, se ha ido a su otro trabajo. Entonces, se queda sentado frente a su escritorio mirando un cuadro con la tela muy sucia y el marco gastado. Es una vieja copia de *La encantadora de serpientes*, de Henri Rousseau.

No le gusta el cuadro pero perteneció a su madre. Es lo único que le queda de ella. No es un recuerdo de amor. Todo lo contrario, es un símbolo de su odio por ella. Ver el cuadro le permite recordar que ninguna persona vale la pena.

Se aparta de la ventana y se sienta frente al escritorio. Dibuja la cara de su mujer. Rompe el dibujo.

—Un encantamiento de serpientes —dice, en voz alta—. Las mujeres son serpientes. Ninguna mujer es buena. Ella no era buena (con la lapicera señala el cuadro). Tampoco ella (señala los pedazos del papel roto). Ni ella (señala la ventana).

1 – Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris

El agua de la ducha separa el pelo de su cabeza. Patricio pone el champú en el pelo y toca la coronilla calva. ¿Adónde quedó el cabello que tuvo? Perdió el cabello, la mujer que quiso, sus padres, la pasión por el fútbol, el ansia de leer. ¿En qué se convirtió? ¿Cómo llegó a este punto de su vida que nunca imaginó? Sin darse cuenta, tararea *Rosas rojas para una dama triste*.

Su madre tarareaba la canción. Cuando era chico, ella le servía una taza de loza azul llena de café con leche y dejaba sobre la mesa un plato con rodajas de pan, manteca y dulce de leche. Mientras lo atendía, la tarareaba. Él no le prestaba atención. Estaba concentrando leyendo revistas de historietas.

2 – Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris

El día que murió su madre no derramó una lágrima. Lo saludaban dándole la mano o abrazándolo y notaba en esas manos y esos abrazos más emoción que la que él sentía. Pasaron dos meses del entierro para que sintiera algo inesperado.

Como todas las mañanas, se sentó en la mesa de la cocina a tomar el desayuno. Acostumbraba tomar café con leche, galletitas, manteca y miel. Pero esa mañana cambió las galletitas por pan y la miel por dulce de leche.

Sin ser consciente, comenzó a silbar *Rosas rojas para una dama triste.* Se acomodó en la mesa, abrió el diario. Al untar la manteca en el pan, en ese momento, mientras silbaba *Rosas rojas para una dama triste,* recordó a su madre tarareándola, poniendo sobre la mesa la taza, el plato con pan, la manteca y el dulce de leche. Dejó de silbar.

Sintió como una garra apretándole el estómago, una sensación que subió por su pecho hasta la garganta. Puso una mano

sobre su cara, como si sintiera vergüenza de que lo vieran. Soltó el llanto. Lloró sintiéndose increíblemente desagradecido con su madre. Jamás en su vida había llorado de ese modo ni había sentido tanta tristeza.

Ahora, en la bañadera, de repente, como suelen suceder estas cosas, se acuerda de aquel día y deja de tararear *Rosas rojas para una dama triste*.

3 – Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris

Se queda quieto, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. El agua cae sobre su cuerpo. Pero, imprevistamente, sin que la escuchara entrar, Heidi se mete en la bañadera y le pasa jabón por la espalda.

Le acaricia los hombros de manera delicada, como si quisiera transmitirle algo. De repente, como si hubiera decidido pegar un grito para sacarle el hipo, su mano desciende por debajo de la cintura.

—¿Qué hacés, nena?

—Te ayudo a definirte.

A Patricio le causa gracia. Pero no deja de percibir el contraste entre esa piel exaltada de vida y la suya, a la que lleva como un traje gastado.

—Cuando estás mojadito te ponés más fuerte todavía. Qué lomo tenés, pibe. Mirá vos el machazo que me levanté.

Por unos segundos, queda desconcertado. ¿Lee su mente?

Con un dedo Heidi le toca una y otra vez el pecho.

—¿Qué hacés?

—Cuento los poros. ¿Cuántos poros hay en tu cuerpo?

Hace mucho descubrió que las mujeres pueden pensar en cualquier cosa en el momento que sea. Pero esta vez no está seguro que sea así. ¿Heidi está tirándole una soga para sacarlo del po-

zo? ¿Puede que sea tan intuitiva como para haber percibido lo que le pasaba?

Le da unos golpecitos en la cabeza, como si la felicitara. Ella los interpreta de alguna forma y cierra las canillas. Sacude el pelo moviendo rápidamente la cabeza hacia uno y otro lado, como un perrito quitándose el agua de encima. Toma una toalla y comienza a secarlo sin ninguna sensualidad, más bien como si él fuera un nene y ella la mamá.

—Tilín, tilín, suenan las campanitas —dice como si hubiera encontrado un badajo y lo moviera con el dedo.

Definitivamente, lo llevó al mundo que ella quiso.

—Acabo de acordarme de una cosa que tenía para decirte: don Orbietto te espera.

—¿Dónde?

—En el living.

—¿Eugenio está acá?

—El que está ahí tiene la misma cara de Orbietto.

—¿Lo dejaste solo y viniste a bañarte?

—Le dije que iba a preparar café. Pero sentí como una brisa de inspiración y se me dio por bañarme.

Él parece pensar que nunca terminará de conocerla.

Heidi abre la puerta del baño. Grita:

—¡Don Orbietto, ya le llevo el café! ¡Me fui por la puerta de servicio a buscar papel higiénico! ¡Pat está haciendo caca y se quedó sin papel!

—¡Bueno, bueno! —responde Orbietto, también a los gritos.

—¡Traje para usted, por si quiere mover el vientre!

—¡Por ahora, no, gracias!

Patricio cambió el ánimo.

—Heidi, ¿sabés que estás loca?

—Sí. ¿Por?

4 – Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris

Orbietto está tomando jerez y comiendo el segundo pedazo de torta de chocolate que Heidi le sirvió.

Poco después de conocer a Orbietto, Heidi le aseguró que ella hace las tortas como las de confitería. Como él tuvo dudas, le dijo que hizo un curso de repostera y preparaba las tortas en la panadería de su tía Amelia. Orbietto le creyó.

Patricio no se molestó en aclarar que la tía Amelia no tenía una panadería y se limitó a pensar que si Orbietto podía ser embaucado por una chica de veinte y pico de años, no merecía que lo avivaran. Incluso, pareció tomarlo demasiado bien, como si le resultara muy bueno que Orbietto siempre confiara en quienes sentía afecto o les tenía simpatía.

Años atrás, Patricio no estaba del todo convencido que pudiera cumplir su deseo de ser juez. Lo consideraba muy inteligente y con capacidad analítica pero un tanto cándido. Como fuera, Eugenio Orbietto se convirtió en juez y, con el tiempo, demostró ser un buen magistrado pero nunca perdió la credulidad por completo.

5 – Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris

Orbietto termina la porción de torta, toma la copa de jerez, se acaricia los bigotes y enciende un cigarrillo.

—Muy buena la torta y buen tema. Siempre nos gustó esta francesa. Hacía mucho que no la escuchábamos —dice.

La francesa es Francoise Hardy y canta *Que vas tu faire*.

—Eso me pregunto: ¿qué vamos a hacer? Un asesino espera.

Mira el cuadro de Flavitsky, *La princesa Tarakanova.*

—Ese cuadro es una metáfora de la vida. Estamos encerrados en un sitio y el agua sube lentamente hasta que termine por cubrirnos —dice sin importarle que ya lo dijo antes.

Patricio quedó fascinado desde la primera vez que lo vio. Heidi dijo que era un sádico disfrutando del dolor ajeno.

—A esta pobre tipa, la rusa Catalina la hizo morir escupiendo sangre. Los mejores asesinos de la historia fueron reyes, presidentes y dictadores.

—Don Orbietto, ¿se queda a comer? —interrumpe Heidi.

—Me quedaría, si no es molestia.

—Ya sé que se queda. Siempre que se lo pregunto me contesta lo mismo. Entonces, se lo sigo preguntando por si hay una innovación. Pero usted es del tipo conservador.

—Ya voy a tener una ocurrencia. Téngame paciencia.

—Aprovecho para decirle que me gusta que coma con nosotros. Usted sabe valorar lo que pido al delivery. Algunas veces, a Pat le molesta. La semana pasada se puso como loco y gritaba que usted nos hacía perder intimidad. Lo serené emborrachándolo con licor de mandarina. Se puso sentimental y dijo que lo extraña cuando no viene. Se quedó dormido repitiendo que lo quiere mucho, como dicen todos los borrachos. Ya sabe que es muy ciclotímico. Permiso. Tengo una agenda que cumplir.

Al quedarse solos, Orbietto dice:

—Me extraña de vos. ¿Cómo no me avisás cuando querés estar a solas con Heidi?

Patricio le responde con una mueca.

—¡Qué sé yo! A esta chica no le agarro el ritmo. Tengo la sensación que todo el tiempo me está tomando el pelo.

—Es una impertinente si hace eso.

Patricio está a punto de soltar una carcajada. Pero, inesperadamente, Orbietto dice:

—Esta chica es lo mejor que te pasó en la vida. Es una lástima que no te des cuenta.

Patricio se sorprende. Nunca hablaron en serio de Heidi y no imaginó que pudiera opinar así.

Mirando hacia el ventanal, Orbietto dice:
—Hay quienes cierran los ojos frente al arco iris.

Un hombre que se ve como un tipo común

Federico Cugi llega a la librería. Ivanna atiende a una mujer. Darío, su otro empleado, abre unos paquetes de libros.

—Perdone. La señora busca una novela sobre el asesinato, de Thomas De Quincey, pero no se acuerda el nombre.

Delante de la gente, lo trata de usted. A solas, lo tutea. El día anterior se despidió de él con un beso en los labios.

Ivanna tiene veinticuatro años, es bonita y con buen cuerpo. Hace dos meses que empezó a trabajar en la librería.

—*Del asesinato como una de las bellas artes.* No es una novela sino un ensayo —responde.

Le pide a Darío que prepare café. Esquiva la mirada de Ivana. Parece distante, como si estuviera recordando algo que hizo.

Alguien que hace cosas malas

Desde la ventana vi a cuatro muchachos golpeando a un hombre. Se resistía a que le robaran. Ellos comenzaron a golpearlo con más fuerza hasta que el hombre cayó sobre la vereda. Se hizo un ovillo y trató de cubrirse como pudo. Lo patearon con todas sus fuerzas. Uno de ellos se inclinó vaciando sus bolsillos. Luego, con una navaja le hizo varios tajos en la cara y los brazos. Salieron corriendo. El hombre estaba manchado de sangre y estuvo mucho tiempo tirado en la vereda hasta que la ambulancia se lo llevó. Quedó sangre sobre la vereda.

Me senté en la cama y me quité los zapatos. Recordé cómo lo habían golpeado y comencé a sentirme bien, muy bien, como si hubiera recibido buenas noticias.

Lo mismo sentí la noche en que ese hombre golpeó a la que dijo ser mi madre. A través de la pared podía escuchar los gritos y el ruido de los golpes. Le pegaba con el puño cerrado. Le pegó hasta que dejó de gritar. Apenas gemía. Después, dejé de oír su voz.

Imaginé al hombre vistiéndose. Respirando con violencia. Los músculos todavía crispados. Ella, en la cama. Enrojecido el rostro, dolorido el cuerpo. Es probable que estuviera inconsciente. El pelo revuelto. Los labios rotos. Los pómulos magullados. La sangre manchándole los senos.

Igual que al ver a aquel hombre golpeado por los cuatro muchachos, me sentí alegre, con la misma sensación de bienestar.

El hombre se marchó. Fui al dormitorio. La puerta estaba entreabierta. Vi a esa mujer en la cama. Estaba boca abajo, desnuda. Las sábanas se veían manchadas de sangre. Su cara estaba muy lastimada. No se movía. Me acerqué. Respiraba débilmente.

La habitación olía a tabaco y al perfume barato que usaba.

Salí del dormitorio. Fui a la cocina. Regresé al cuarto con un cuchillo en mi mano. Entré sin vacilar.

La tomé del pelo. Su cabeza se levantó del colchón. Puse el cuchillo en su garganta. Le abrí la garganta con un tajo hondo. Solté su pelo. La cabeza se desplomó sobre la cama.

Limpié el cuchillo en las sábanas. Lo llevé a la cocina. Lo lavé. Lo guardé en el cajón de los cubiertos. Llamé a la policía.

El hombre que la golpeó fue preso.

No lo lamenté por él. No era culpable de matarla pero era una porquería de la misma clase que ella.

Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

—Jaque.

—Cuidado Pat, te quiere comer el rey.

No le contesta. Mueve el rey.

—Don Orbietto, estuve leyendo el libro científico *La numerología, el poder oculto de los números*. Usted es hombre sabio y sabrá decirme si resulta correcto el método que usé.

—Dígame.

Heidi hizo anotaciones en una hoja, las mira.

—Si una nace el 3 de mayo, y una agarra los números y los reduce a un dígito, como si dijéramos: 3 por el día; 5, por el mes. Tomando 1978 y sumando 1+9+7+8= 25. Y 2+5=7. O sea, me queda: 3+5+7 =15. Y me perdí.

—Tiene que sumar 1 más 5.

—Me vendría a dar 6. ¿Yo soy un 6 en la numerología?

—Efectivamente.

—Estamos jugando al ajedrez. ¿Lo notaste? —dice Patricio.

—Sí. Pero no me molesta que jueguen mientras conversamos con don Orbietto.

—Vos no te rías, no le sigas el tren que no para más.

—En el libro dice que unos de esos pensadores de la antigüedad relacionó los números con los planetas.

—Pitágoras y su escuela establecieron una concordancia entre los números y los planetas. El número 6 está regido por el planeta Venus.

—¿Viste, Pat? Venus me da consejos: «Andá para allá; quedate que no te va a gustar».

—Te avisé, ahora hacela cortar.

—No me molesta para nada. Al contrario —dice Orbietto.

—Esto del planeta me hizo acordar de un tema de interés general. Usted, que es especialista en cine, dirá si tuve razón.

—La escucho.

—Supongo que escucha sino sería sordo. Dé su opinión sobre el siguiente hecho: una clienta que saca películas de la época del balero vio *Una Venus en visón*. Dijo que era un bodrio y Eli-

zabeth Taylor, un desastre. Le dije que ganó el Oscar por la película. Dijo que no lo ganó por esta sino por *El gato sobre el tejado de zinc caliente*. Le dije que estaba errada. Los otros Oscar que le dieron fueron por *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* y uno especial por no sé qué. ¿Ganó por la Venus?

—Así es. Tiene mucho conocimiento de cine.

—Lo leí en el dorso de la caja. Esta Venus era puta y chorra, se afanó el tapado; ¿le pusieron Venus por la diosa del amor?

—Claro. Era la diosa del amor en Roma.

—Esos romanos le choreaban los dioses a los griegos. Les faltaba imaginación para inventar dioses propios.

—Nunca lo pensé de esa manera.

—La Venus, ¿quién vendría a ser en la Grecia de los griegos?

—Afrodita.

—Qué hombre sabio es usted, seguro se sabe de memoria el nombre de todos los dinosaurios.

Algunos meten sus vínculos en la heladera

Acaba de llegar a su departamento. Se quita el saco y va a la cocina. No hay nada preparado para comer. Busca unas latas de conservas. Hay cierta frialdad en sus movimientos, como si aceptara lo que ocurre y no le importara.

—Te llamó Garrido —le dice su mujer sin saludarlo.

Pasa a su lado como si fuera otro de los muebles. Busca una jarra con jugo en la heladera. Llena un vaso y lo vacía de unos pocos tragos. Es delgada y tiene largas piernas. La toma de un brazo. Intenta besarla. Ella tironea y se aparta.

La mira yéndose de la cocina. Siente un impulso. Mira el cuchillo. Va al living, toma unos papeles y regresa a la cocina. Mientras come, escribe números. Se detiene. Como si no pudiera concentrarse y estuviera reprimiendo el deseo de ir atrás de su mujer.

Es el contador Oscar Freixedes, el mismo que tiene en su despacho el cuadro de Rousseau.

Los perros son una buena compañía

Camila corre a mirar el programa de televisión que sigue todas las tardes. Llama al perro. Es un cachorro de sesenta y dos días. Se lo regalaron sus padrinos. Iba a ser un obsequio de navidad pero se anticiparon en dos semanas. El perro mete la cabeza entre las piernas y se olisquea.

Juliana está sentada frente a la computadora. Tiene puestas sandalias. El cachorro le mordisquea los dedos de los pies. Lo patea con suavidad. El cachorro regresa y la mordisquea otra vez. Lo toma con ambas manos y lo pone sobre la falda. El perro se queda acostado. Juliana le rasca la barriga. El perro mueve aceleradamente una de sus patas traseras.

Deja de rascarlo. Lo acaricia. El perro se adormece.

—¿A quién se le ocurrió llamarte Lalo?

Se pone de pie con el cachorro entre los brazos. Mira por la ventana hacia el jardín. La pileta de natación está vacía.

Parada en medio del living, acariciando al perro, da la impresión de ser una mujer desdichada y que se siente sola.

Es lo que parece. Pero no todo es lo que parece.

Alguien que hace cosas malas

Chang está tendida desnuda y boca abajo en la cama. Sus brazos descansan a lo largo de su cuerpo. Usa el cabello corto y de un color negro que resalta el óvalo de su cara. Es una mujer de la que emana una fuerte sensualidad.

La sujeto del pelo y tiro con fuerza. Su cabeza se separa de la almohada. Le corto la garganta con un tajo tan profundo que ten-

go la sensación de poder arrancar la cabeza del cuerpo dando un tirón. La miro un momento. Resulta una mujer hermosa aún después de muerta. Le clavo el cuchillo en la espalda.

Dejo todo como debe estar. Salgo del departamento. No hay nadie que pueda verme. Abro la puerta de calle. Me apresuro. El cielo está encapotado. Va a llover.

Algunas chicas caminan rápido

—¿Se mojó?

Federico le responde que no. Ivanna lo roza ligeramente con su cuerpo. Darío acomoda libros en los estantes. No hay clientes.

—No para de llover. ¿Cerramos? —dice Ivanna.

Darío se encarga de las persianas. Ivanna se demora en el baño. Federico termina de hacer la caja. Darío se despide. Federico toma un libro. Es *La falsa pista*, de Henning Mankell. Lee que una chica se está prendiendo fuego. Ivanna sale del baño. Se peinó y perfumó.

Él deja el libro. Ella dice:

—Es un asesino demasiado cruel. El asesino de las esposas usa un cuchillo; el de Mankell, un hacha. Es más sutil el cuchillo. Usar un hacha y cortarles el cuero cabelludo es brutal. Un golpe de efecto más propicio para una novela de terror.

—Tenés razón.

—Wallander es para Mankell como Maigret para Simenon o Sherlock para Conan Doyle. Sin los detectives serían unos escritores mediocres.

La mira a los ojos. Ella le sostiene la mirada. Con la punta de los dedos toca el libro de Mankell.

—Me gusta Mankell y me gustás vos —dice ella.

Se queda callado. Ivanna da un paso hacia él.

1 – Dicen que el viento se lleva las palabras

Parado delante de la biblioteca, hojea *Con M de muerte*, la obra teatral de Frederick Knott, que Hitchcock llevó al cine con Grace Kelly, como la esposa que el marido quiere asesinar.

Heidi se acerca agitando las manos.

—Pat, te llamó don Orbietto.

—¿Es tan urgente?

—Qué sé yo.

—¿Para que me apurás moviendo las manos?

—Me pinté las uñas. Las estoy secando. Sos muy egocéntrico. ¿Qué te pensás? ¿Que todo lo que hago tiene relación con vos? Andá sabiendo que tengo diversos intereses.

—¿Por qué contestás mi teléfono?

—Por si es una de tus putis —le contesta con naturalidad.

—Dame el teléfono.

—No te doy nada. Ya hablé yo. Don Orbietto viene para acá.

Heidi se ata el cordón de la zapatilla. Tiene puesta ropa deportiva. Está a punto de salir a correr.

—Tu asesino degolló a otra —dice.

Patricio le responde que sí con la cabeza.

—Al mediodía no voy a estar y Cata tiene que cobrar. Pagale, aguinaldo incluido. Le aumenté un sesenta por ciento.

—¿Cómo que le aumentaste el sueldo?

—Nosotras las comunistas combatimos a los inmundos capitalistas. De las trabajadoras me ocupo yo. Vos ponés la plata.

—¿Dónde viste que se dé un aumento del sesenta por ciento? ¿Te falla la cabeza?

—Sí. ¿Por?

—Hace cuatro años que trabaja acá y siempre ganó bien.

—Ahora va a ganar mejor. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

Él suelta un soplido y se sienta frente a la computadora. Abre el archivo de la novela que escribe. Está a punto de llamar a Cata para pedirle que le sirva un café.

—Le traje el café —dice Cata.

Hace un gesto de aprobación. Alguien pensó por él.

—Señor, no tengo palabras para darle las gracias por el aumento. No sabe lo que significa para mí. En momentos así nadie se acuerda de una. Con mi mamá en casa y que no va a poder caminar de nuevo; para mayor desgracia, a mi marido lo echan del trabajo. Heidi, que es un ángel, me contó que usted apenas se enteró le dijo que me diera semejante aumento. No sabe lo agradecida que le estoy. Que Dios lo bendiga.

La ve con los ojos llenos de lágrimas y no sabe qué decir.

2 – Dicen que el viento se lleva las palabras

No escribió una palabra. Le gustaría que Orbietto ya hubiera llegado. Le diría:

—¿Sabés lo que acaba de pasar?

Mira la luz del sol entrando por la ventana y, como si pensar en una chica lo llevara a pensar en otra chica, lo envuelve una súbita nostalgia.

Piensa en su hija Analía. Tiene dos años menos que Heidi. Estudia historia del arte y vive con un contador. (El contador es Oscar Freixedes). Hace tres años que no se ven. ¿Qué pasó entre ellos? No lo sabe.

Orbietto no tuvo hijos y es el padrino de Analía. Conversó con ella sin que Patricio lo supiera. Analía acabó la charla diciendo: «No te metas. Dejá que aprenda a arreglar sus propios problemas». Lo dijo con tanta soberbia y frialdad que Orbietto con gusto le hubiera pateado el traste. Tampoco él volvió a hablar con ella y sigue tan indignado como la última vez que la vio.

Patricio termina el café. Enciende la pipa. Muerde la boquilla de la pipa como si fuera un trozo de carne dura. Parece triste. Pero no todo es lo que parece.

1 – Lo que parece lógico puede no serlo

Acaba de llegar Orbietto. Patricio sirve los cafés.

—¿Cata no vino o se fue temprano?

—Se tuvo que ir —dice y se queda mirándolo.

Orbietto no precisa mucho más que verlo para dejar de echar azúcar al café y preguntarle:

—Che, ¿qué pasó?

Patricio le cuenta.

2 – Lo que parece lógico puede no serlo

—Carecemos de un sentido que nos permita prevenirnos. Por eso siempre terminamos jodidos —dice Orbietto.

—Como esta mujer que asesinaron.

—Se llamaba Zhao Chang. Era china. Casada, con un hijo y embarazada de dos meses y medio. Esta vez, el asesino no dejó ningún otro símbolo que la luna. Pero algo cambió: después de degollarla, le clavó el cuchillo en la espalda.

Patricio parece distante, como si solamente hubiera escuchado una parte del relato.

—¿Estaba embarazada? —pregunta.

—Si el asesino lo sabía, es una bestia.

—Sí —le responde, da la impresión de estar impactado.

—Nueve mujeres, nueve madres. Una embarazada. Nueve lunas. Dibujó solo la luna. La apuñaló por la espalda. ¿Qué quiere decir? Es un asesino muy complicado de entender.

Patricio enciende la pipa.

—No es más que otro asesino serial, un psicópata que mata por compulsión. La puñalada en la espalda no significa ninguna otra cosa que un síntoma de enojo. Se irritó por algo que ella dijo o hizo. Sería importante saber qué fue. Nos permitiría saber algo de su perfil —dice mirando las fotografías de la escena del crimen. Orbietto las consigue a través de la fiscalía.

—Hace dibujitos con un dedito tapadito con un trapito para no ensuciarse. ¿Qué clase de asesinos seriales tenemos? Un asesino yanqui le dejaría grabada una cruz esvástica o el nombre Belcebú. Escribiría las paredes con sangre, le dejaría palillos enterrados en los ojos. ¡Dejame de joder!

Los dos se ríen.

—Mejor jugamos una partida —dice Patricio.

Preparan el tablero, Orbietto comenta:

—Una defensa Alekhine. La creó en 1921 jugando contra Steiner. Alekhine parece ceder la ofensiva moviendo un caballo en la primera jugada. Las blancas toman la ofensiva avanzando los peones pero todos los movimientos las dejan desguarnecidas. Las negras terminan ganando. ¿Fue casualidad que la eligieras?

Patricio permanece callado.

—Resulta como una metáfora —dice Orbietto—. Nosotros somos Alekhine y el asesino, Steiner.

—La apertura es una de las más ingeniosas y escapa a los movimientos lógicos.

—¿Qué querés decir? —pregunta Orbietto.

3 – Lo que parece lógico puede no serlo

Heidi entra con bolsas de casas de ropa.

—Estuvimos hablando de la mala gente que hay en el mundo. Es muy reconfortante saber que hay alguien como usted y tenerla con nosotros —dice Orbietto.

—Si usted lo dice, así será. Pero no sé a qué viene. Ustedes son medio misteriosos. Debe ser porque se la pasan analizando cosas raras. Pasemos a otro evento. Veo que perdió. No se aflija, al que le va mal en el ajedrez, le va peor en el amor.

Le reconoce la habilidad para evitar hablar de sí misma.

—Lo importante es el juego, no el resultado.

—Lo mismo le dijo Tabaré Correa a su mujer, cuando perdió la casa jugando al pase inglés.

—Muy graciosa. La hacía trabajando.

—Yo también a usted. Mi abuelo decía que la abogacía es la carrera de los vagos. En cuanto a mí, le diré: aparte de los domingos, tengo libre los viernes. Trabaja la hermana del dueño. Se lo dije noventa veces. Tenga cuidado, olvidar las cosas puede ser el comienzo del mal de Alzheimer.

—Algo escuché. Pero no me acuerdo qué era.

Patricio sonríe y se levanta para ir al baño. Cuando pasa junto a Heidi le da unas palmaditas en la cabeza. Ella se siente un poco extrañada por los toquecitos cariñosos pero enseguida dice:

—Pat, ¿te enteraste que anoche en un programa de la tele pasaron un informe de los asesinatos y hablaron de ustedes. Dijeron que andan como la policía: más perdidos que boliviano en alta mar. Para mí, decir eso de los bolivianos es racismo.

—Ajá.

—Muchas gracias. Fue la opinión del doctor Lavardén en exclusiva para nuestro noticiero. Tengo a mi lado a su colega, el distinguido ex juez, experto criminólogo y reconocido misógino, don Orbietto. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Aunque no tengan mar, los bolivianos pueden ser buenos marineros. Los argentinos se creen vivos y a presidente llegó un boludo como el que se fue en helicóptero hace dos años. No me haga acordar que perdí los depósitos en dólares.

—No se sulfure. Lo importante es la gratitud.

—Usted querrá decir que lo importante es la salud.

—No, la gratitud. El que la tiene es sano.

4 – Lo que parece lógico puede no serlo

—Hablando por hablar, ¿leyó el original de la novela que Pat escribe sobre los asesinatos? —dice Heidi.

—Por supuesto. Creo que va a ser la mejor de sus novelas.

—A mí me gustan las partes del asesino, ese que hace las cosas malas. Tienen mucho sexo y degeneración.

—Lo más interesante son los dos investigadores.

—Son dos plomos que se van por las ramas del ombú.

—No supo apreciarlos. Ya demostraron en las anteriores novelas que tienen una inteligencia superior, simpatía, cultura.

—Son unos chabones imbancables. Ese Gastón Sieffer y su colega, Venancio Zallo, son dos fanfas que no pegan una. A mí me parece que son gays.

—De ninguna manera. Son bien machos.

—Los gays también son machos. Usted es medio cavernario. ¿Quiere que le diga lo que creo?

—Dígame.

—Aparte de que creo en Dios, creo que en la novela falta una historia de amor. Pat nunca pone un romance. Entonces, una piensa que el Gastón y el Venancio son putos. Sin una chica enamorada no hay novela que aguante. Se me ocurrió que el asesino quiere vengarse por causa de una mujer. ¿Vio que las mujeres siempre meten en líos a los hombres?

—No está mal su idea —dice, poniendo buena voluntad.

—El asesino cree que Sieffer lo separó de la mujer que amaba. Acá vamos al pasado y conocemos el romance, cuando el criminal todavía era bueno. Hasta le compró un anillo. Después de perderla, comienza a odiar a Sieffer y decide desafiarlo. Mata a

mujeres dejando pistas que contienen un mensaje. Con las pistas anuncia el asesinato de una mujer que Sieffer ama. El final es imprevisto pero no sé qué pasa porque no se me ocurrió nada.

Orbietto se queda pensativo.

—Se quedó mudo. Es raro en usted. ¿Le bajó la presión?

Le contesta con una sonrisa forzada.

—Le traigo aceitunas, que son buenas para subir la presión y para los orzuelos.

—No sabía que comer aceitunas combatía los orzuelos.

—¿Usted se come los supositorios? Tiene que frotarse el orzuelo con siete aceitunas, a las siete de la mañana y a las siete de la tarde.

—Es un método mágico. El siete es un número mágico.

—Todos los números tienen magia. Voy a buscar las aceitunas. Le traigo siete por si le sale un orzuelo.

Orbietto la sigue con la mirada y piensa en lo mismo que ya pensó Patricio: ¿cuándo perdió él *eso* que a ella le sobra?

Entre tacos altos y bajos

—¿Me va a necesitar? —pregunta Mabel.

—Podés irte. Gracias. Hasta mañana —le dice.

Apartando la vista de la computadora, Juliana mira la espalda de Mabel. Lleva zapatos baratos de tacos bajos. Siempre se fija en los zapatos que usa la gente. Cree que puede saberse mucho de alguien por sus zapatos, sus manos y sus pies.

Juliana es muy cuidadosa de su arreglo personal y de su cuerpo. Por momentos, se la ve segura y hasta algo soberbia y, en otros, influenciable e incapaz de tomar decisiones. Ella reúne todas las características que el asesino busca en sus víctimas: estar casada, ser madre, la edad.

Recibe una llamada en el celular. Es su amante.

¿Es posible que tenga relación con los asesinatos? ¿Juliana es el hilo conductor para resolver los crímenes?

1 – A algunos la lluvia les hace florecer las ideas

Orbietto entra al bar y se sienta en una mesa junto a la vidriera. Llueve. En el bar, hay tres mesas ocupadas, contando la suya. Saca un pequeño bloc de papel y una lapicera. Pide café y coñac. Mientras espera que le sirvan, mira caer la lluvia. Es la clase de noche que le gusta: lluviosa y un poco fría. Aunque es primavera, el calor todavía no llega. Odia los días calurosos.

Después que el mozo le sirve, comienza escribir los nombres de las mujeres asesinadas y de las figuras que el asesino dibujó en sus espaldas. Todos los días hace lo mismo. Sin duda que es un hombre obsesivo.

Por un momento, se distrae escuchando el sonido de la lluvia cayendo sobre el toldo del bar.

En un día de lluvia, bajo un toldo, hace años (muchísimos) besó por primera a una chica. Se llamaba Susana. No fue un buen beso. Sus narices chocaron y sus labios apenas se rozaron separándose como si hubieran tocado fuego. Él sentía las mejillas enrojecidas. Ella lo miró. Acercó su cara y apoyó sus labios en los suyos. Tenía dieciséis años como ella.

Fueron novios durante cinco meses. Una tarde se pelearon. Pensó que no era nada grave. Cuatro días después, le compró un chocolate y fue a buscarla a la salida de la academia de inglés. La vio salir y darle un beso a un muchacho flaco y mayor a él. Se quedó quieto, mirando cómo se iba tomada de la mano de ese muchacho. Llegó a su casa y se encerró en el baño a llorar. Se sintió increíblemente gordo y estúpido.

Le echa cuatro saquitos de azúcar al café. En el bar hay tres mesas ocupadas. Mira el nombre de los dibujos: un pájaro, una

rosa, una almeja o una ostra, un collar de perlas, las olas de un mar, una manzana, un cisne. Símbolos. ¿Qué significan?

Piensa en el argumento que Heidi le contó por la tarde. Es una hipótesis posible. Pistas que anuncian un crimen. Un juego entre el asesino y el investigador. ¿Y si fuera así?

Cierra el bloc y abre el libro que llevó: *Una cuestión personal*, de Kenzaburo Oé.

Vuelve a mirar hacia la calle. Llueve con más fuerza. Se sonríe al recordar la gracia con la que Heidi dice las cosas.

—¿Ganó por la Venus?

—Así es. Tiene mucho conocimiento de cine.

—Lo leí en el dorso de la caja. Esta Venus era puta y chorra, se afanó el tapado; ¿le pusieron Venus por la diosa del amor?

—Claro. Era la diosa del amor en Roma.

—Esos romanos le choreaban los dioses a los griegos. Les faltaba imaginación para inventar dioses propios.

—Nunca lo pensé de esa manera.

—La Venus, ¿quién vendría a ser en la Grecia de los griegos?

—Afrodita.

—¡Afrodita! —dice en voz alta—. El pájaro, el cisne, el mar, la rosa, la almeja, la manzana, las perlas, son los atributos de la diosa Afrodita.

De un trago, acaba el coñac.

2 – A algunos la lluvia les hace florecer las ideas

Habla por el celular. Le responde una voz de mujer.

—Don Orbietto, ¿no podía llamar en otro momento? —dice Heidi, su voz suena alterada.

—Disculpe pero debo hablar con Patricio.

—¿Sabe lo que acaba de interrumpir? Usted no puede ser más inoportuno. Justo en este momento se le da por llamar.

Heidi respira como si necesitara recuperar el aire.

—Hola, Eugenio. ¿Qué pasa?

—Perdoname, pero no podía saber lo que estaban haciendo.

—Miramos *Atrápame si puedes*, con Leonardo Di Caprio y Tom Hanks. La trajo Heidi del video. Está haciendo globos con el chicle. Hizo uno grande y se le reventó cuando llamaste.

Orbietto demora unos segundos en reaccionar. Después le cuenta su descubrimiento y se queda esperando que llegue.

Vuelve a mirar cómo cae la lluvia. Comienza a sonreír. Está pensando: «¿De dónde saca la alegría esta chica?».

Algunas chicas tienen respuestas para todo

Heidi detiene la película.

—Don Orbietto debe haber descubierto algo interesante, de lo que ya me iré enterando. Tiene que ver con Afrodita, ¿no?

—¿Cómo sabés?

—Pat, tengo orejas. Dijiste: «Afrodita» —le imita la voz.

Duda: ¿lo dijo?

—¿Por qué te metés en todo?

—Porque ya estoy adentro.

Heidi se para en la cama. Le abrocha la camisa.

—Para vos, yo sería como una Afrodita criolla.

—Como se portaba mal y se metía en lo que no debía, Zeus la obligó a casarse con Hefesto, el más feo de los dioses.

—Pero lo cagaba con Ares, que le gustaba la guerra y andaba bien armado.

Patricio sonríe un poco sorprendido. Nunca se le hubiera ocurrido que Heidi supiera siquiera un poco de mitología.

Hay que saber dar las gracias

Media hora después, Patricio entra al bar.

—El asesino es un maestro en el arte del asesinato —dice.

—Sin duda que lo es. Las pistas que deja son demasiado sutiles y complejas. Un vulgar asesino no haría algo como esto.

—Era hora que comenzáramos a conocer el perfil del asesino. Ahora sabemos que es un entendido en mitología, lo que implica un buen nivel de educación. Puede ser un hombre con estudios universitarios o un profesor. La pregunta que debemos responder es hacia dónde quiere llevarnos con Afrodita.

—Tenemos que revisar el mito y encontrar los aspectos que puedan aplicarse al caso.

—Lo importante es que resolvimos el enigma de los dibujos.

—Debemos agradecer a Heidi que mencionó a Venus.

—Habla tantas pavadas que alguna vez tenía que ser útil. Brindemos por el hallazgo que hicimos —dice Patricio.

—Scott Fitzgerald decía que toda ocasión es buena para tomar una copa. El tipo era un experto y sabía de lo que hablaba.

Algunas chicas son un poco excéntricas

Yafa lleva puesto un jean, una camisa blanca suelta con los botones superiores desprendidos y una corbata negra sin ajustar. Las zapatillas eran blancas pero las pintó con rayas y puntos. En la cabeza tiene un sombrero fedora oscuro.

Entra a La Misión, en Santa Fe. Heidi la está esperando en una de las mesas. Se saludan con un beso. Yafa cuelga el bolso en la silla y, sin terminar de acomodarse en el asiento, dice:

—Me copé con Sheril Crown cantando *Mississippi*. Bob Dylan es un poeta muy profundo. «Estamos encerrados, no tenemos escapatoria», dice la letra. Te hice una copia del disco.

—Y yo que me vine con las manos vacías. De haber sabido, te traía uno de Arjona.

—Me corto las venas con los dientes. ¿Pedimos algo para comer? Tengo hambre. No como nada desde anoche.

—El mozo debe tener parásitos porque lo vi dos veces rascándose el culo —dice Heidi.

—Sos una guacha —le contesta.

—Date vuelta y miralo. Ahora se está sacando un moco.

De otras mesas las miran reírse.

Yafa vive sola y dice que es hija de un rabino pero que no le interesa la religión sino las artes plásticas.

Después que Heidi se la presentó a Patricio, él dijo:

—Hasta el nombre es raro. Pero se la ve buena chica. Me parece que la conozco de algún lado.

1 – Alguien que hace cosas malas

May Pujol. Me gustaba verla bailar. Quería ser coreógrafa. Formaba parte de un ballet de danza moderna y daba clases para ganar dinero. Era muy delgada, pelirroja, con una cara bonita y llena de pecas. Había cumplido veinte años. Sonreía con facilidad y, con la misma facilidad, lloraba histéricamente por cualquier motivo. Todo el tiempo tomaba aspirinas.

Desde nuestro primer encuentro yo había decidido lo que haría con ella. Sin embargo, demoré más de lo que imaginé. Creo que me sentí bien en su compañía. Incluso, esperaba con alguna impaciencia el momento de verla.

2 – Alguien que hace cosas malas

La conocí de forma casual. Ella estaba parada a mi lado en un vagón del subte. Trató de bajar pero su pelo se quedó engancha-

do en un botón de la manga de mi abrigo. Bajé con ella. En la plataforma, desprendimos el cabello. Nos reímos. Conversamos. Subimos por la escalera mecánica. La acompañe hasta la sala de ensayo. Me preguntó si podía esperarla hasta que terminara. Más tarde, fuimos a un bar.

Me contó de su hermano. También se dedicaba al baile y era gay. Usaba un nombre artístico y había trabajado en teatros de revistas. May me preguntó si conocía el teatro de revistas. Le respondí que me gustaría ir. Dijo que le pediría entradas al hermano. Me acarició la cara. Hizo un chiste. Seguramente, sintió que había avanzado demasiado rápido.

Habló de Isadora Duncan y de Maya Plisétkaya. Quiso saber de mí. Dije que mis padres vivían en Santa Fe y que paraba en casa de mis tíos. Le conté que pensaba mudarme sola, que estudiaba dibujo y trabajaba de recepcionista en la empresa de mi tío. Le dije que quería estar lejos de mis padres y no soportaba a mis tíos. Ninguno de todos ellos me entendía.

—¿Qué tienen que entender? —preguntó.

—Como soy —le contesté.

—¿Cómo sos?

—No soy como todo el mundo.

—Yo también creo eso de mí —dijo.

3 – Alguien que hace cosas malas

Nos encontramos en un bar cercano al Obelisco. Durante dos semanas nos habíamos visto casi todos los días. Como siempre, May se sentó con las piernas cruzadas sobre la silla. Pidió un vaso de leche. En ningún momento llevó el vaso a la boca. Bebió toda la leche con una cucharita. Inclinaba el vaso metiendo la cucharita y la llevaba despacio a la boca. Se veía delicada y frágil, como si fuera muy fácil dañarla.

Creo que fue en ese momento, mientras tomaba la leche en cucharita, cuando decidí matarla. ¿Por qué? No sé. Nunca sé por qué hago ciertas cosas. Intenté conocer más de mí. Saber cómo soy realmente. Después, entendí que no había nada que explicar. Un pez es un pez y un pájaro, un pájaro. ¿Qué hace que un pez sea un pez y un pájaro sea pájaro?

4 – Alguien que hace cosas malas

Me invitó a su casa. Vivía en un departamento de la calle Rivadavia, cerca de Uruguay, en el que se escuchaban las conversaciones de los vecinos y se olía lo que cocinaban. La puerta de entrada parecía de madera podrida y, pasando un corredor, había un gran patio en el que, en tres pisos, estaban distribuidos los departamentos. El de May estaba en el primero y, como los demás, el frente daba al patio. Los departamentos despedían olor a humedad. El suyo era un ambiente con una cocina sin puerta y un baño con paredes descascaradas.

Destapó una botella de vino y bebimos hablando en la cama. Nos habíamos quitado las zapatillas y nuestros pies se rozaban. Puso una pierna sobre la mía. Torció la cabeza, me miró sonriendo y dijo:

—¿Te gusto?

Sin responderle, la besé. Se sorprendió un poco. Enseguida, tomó la iniciativa y se encargó de sacarme la ropa. Ella tenía un cuerpo de pechos muy pequeños y cintura estrecha. Se notaba en la plasticidad de su cuerpo que era bailarina. Por el modo en que se excitó pensé que hacía tiempo me deseaba.

—No fue tan malo, ¿no es cierto? —dijo, después.

Creo que le dije algo agradable.

La maté la noche siguiente.

5 – Alguien que hace cosas malas

Al otro día, levanté la capucha de mi campera y entré al edificio. La puerta siempre estaba abierta. Una mujer se cruzó conmigo. Agaché la cabeza y me incliné simulando atar los cordones de las zapatillas. Bajo la campera, llevaba el cuchillo.

Llamé a la puerta. May se alegró al verme.

En el departamento había olor a colonia para después del baño. Olor a lavanda. May acababa de bañarse y su cuerpo estaba impregnado de esa colonia barata. Caminaba descalza, tenía puesto un jean y una musculosa sin corpiño. Podía ver parte de sus pechos y sus pezones adheridos a la tela. No me provocó ninguna excitación. Había música. Astrud Gilberto cantaba *Mañana de carnaval*, era un tema viejo. No lo conocía. Me gustó. Era una canción triste. Cada vez que la escucho recuerdo a May.

Todo fue rápido y simple.

May revolvía los discos. Yo estaba detrás. Un bebé lloraba en alguna parte. Tomé el cuchillo. Lo clavé en su espalda. La hoja entró en medio de sus pulmones. Hubo un ruido, como si una vértebra se rompiera. Quité el cuchillo de su cuerpo y volví a clavarlo. Ella cayó hacia adelante, quedó tendida. Tiró los discos al piso. Clavé el cuchillo en su espalda una vez más. Alcé su cabeza sosteniéndola por el pelo. Le corté la garganta.

Me sentí en paz. Tomé el disco de Astrud Gilberto y lo guardé bajo mi campera. Cerré la puerta con llave. Salí a la calle. Caminé muy rápido. Tenía hambre.

1 – Un hombre obsesivo

Apenas durmió unas horas. La noche anterior, al regresar del bar, sacó de la biblioteca todos los libros de mitología. Pasó horas leyendo y solamente se detuvo para tomar un baño.

Es la noche del sábado. Está solo en su casa. En la mesa de la cocina hay fiambres, pan, vino, soda. Cosas que hacen feliz a un hombre como él.

—El juicio de Paris calza como anillo al dedo. Eris, la diosa de la discordia, se disgusta por no haber sido invitada a la boda de Peleo. Para meter púa, va y deja una manzana de oro con la inscripción «Para la más bella». Afrodita, Hera y Atenea la reclaman. Zeus designa un juez para que decida: Paris, el príncipe de Troya. Las tres diosas quieren sobornarlo, pero Afrodita le ofrece lo mejor: el amor de la mujer más hermosa del mundo. Gana Afrodita y Paris rapta a Helena, la mujer del rey Menelao. Por Helena, comienza la guerra de Troya.

Sirve vino en un vaso y soda en otro. Cuando está solo, tiene la costumbre de hablar en voz alta, como si en el cuarto hubiera un interlocutor. Puede que sea una forma de eludir la soledad.

—Esta Heidi tuvo una buena ocurrencia con el argumento de la novela. Pero me metió la idea en la cabeza y no puedo dejar de pensar en la relación entre el asesino y el investigador. El problema es que se trata de una idea muy tirada de los pelos.

Corta queso y salame.

—Virginia engañó a Patricio. Él se quedó un tiempo con ella y la obligó a dejar al amante. O sea, tenemos el triángulo amoroso: una mujer en el pasado de dos hombres.

Se toma su tiempo para comer. Vacía el plato y se sirve más.

—En este enigma de Afrodita, Virginia es Helena; el asesino es Paris, y Menelao es Patricio. Menelao recuperó a Helena, y Paris no pudo hacer nada porque lo mataron. Pero el asesino de las esposas está vivo y busca venganza.

Sonríe, como si hubiera dicho una estupidez.

—El asesino sabe que la policía es incapaz de interpretar el misterio. ¿Para qué tomarse tanto trabajo en un plan tan complicado si nunca será entendido? Por lo tanto, no es descabellado pen-

sar que se dirige a Patricio, como dijo Heidi refiriéndose a Sieffer, su alter ego. Él es capaz de descifrar las pistas.

Tiene cara de no estar convencido de nada de lo que dice.

2 – Un hombre obsesivo

Cuando está ansioso fuma o come. O las dos cosas al mismo tiempo. Interrumpe la comida para encender un cigarrillo.

—¿Cómo se llamaba el tipo? Patricio querrá saber por qué creo que puede ser el asesino. Le contesto: porque lo dice Heidi.

Se ríe de sus propias palabras.

—La luna es su firma y los dibujos, el mensaje. Hasta ahí, perfecto. ¿Y qué corno quiere decir con Afrodita?

Orbietto se sirve café. Le echa cinco cucharadas de azúcar.

—Cuando hay mujeres en el medio nada es imposible. ¿Por qué no meter a Virginia en este asunto?

Patricio se casó con Virginia cuando quedó embarazada. Era muy bonita, inteligente, y recién cumplía veinte años. Patricio tenía veinticinco y había comenzado a trabajar como abogado. Él la engañó con muchas mujeres. Después de quince años de matrimonio, Virginia fue infiel. Al enterarse, Orbietto se desilusionó de ella. La había creído hecha de porcelana y era de una cerámica ordinaria. Él ya se había separado de su mujer. El matrimonio duró seis años y no tuvieron hijos.

—Estoy paveando demasiado con Afrodita. Mejor me voy a ver una película tranquilo. Mañana será otro día.

Pone en una bandeja todo lo que está sobre la mesa. Se lo comerá en la cama mientras mira la película. Deja la cocina ordenada. Le gusta que todo quede en su lugar. Levanta la bandeja y va al dormitorio. Se detiene de golpe.

—Momentito.

Sin soltar la bandeja, comienza a caminar por el living.

—Heidi, Heidi, Heidi —dice.

Llega hasta la pared, frena, gira, y sigue caminando.

—Heidi, Heidi, Heidi —sigue repitiendo.

3 – Un hombre obsesivo

Todavía no empezó a ver la película. Está en la cama, en calzoncillos y camiseta, con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas extendidas. En una mano tiene un cigarrillo encendido, en la otra, un pedazo de salame.

—Heidi. ¿Quién diría?

Se come el salame.

—¡Cugi! —dice de golpe.

Lloviznaba. Patricio entró a su casa y se sentó en el sofá sin quitarse el piloto. Estaba pálido y con la cara desencajada.

—Virginia tiene un amante. Hoy lo confirmé. El tipo se llama Federico Cugi, tiene una librería —dijo.

Recuerda haberse sentado de golpe en el sillón.

—Le dije que entre nosotros todo se terminó pero seguiremos como siempre en las formas por Analía. Cuando esté lista para vivir sola, me voy.

Se quedaron callados durante un largo rato.

—Sacate el impermeable, te vas a resfriar —fue lo único que se le ocurrió decirle.

Algunas chicas comen demasiado y no engordan

Lleva dos horas dibujando. Deja la carbonilla para buscar salchichas en la heladera. Le gustan los panchos tanto como las hamburguesas y la pizza. Es el tipo de chica que come y no engorda. Yafa es muy flaca, de cabello y ojos oscuros. Dejó la ropa tirada en el piso. Tiene puesto una remera y la bombacha.

Le pone mostaza al pancho. Mientras lo come, camina por un enorme ambiente de un edificio de San Telmo. Se detiene frente a un espejo de pie. Se quita la remera y la bombacha. Con un dedo, saca mostaza del pancho. Hace un dibujo sobre su estómago. Va a buscar más mostaza. Regresa frente al espejo. Comienza a pintarse el cuerpo usando el dedo. En el cuello, pinta un collar. En la frente, una flor. En el estómago, una manzana.

Todo es música, Pat

—Eugenio me preguntó si eras judía como Yafa.

Heidi se pinta los labios. En un rato va a visitar a su tía mientras Patricio se encuentra con Orbietto para comer.

—Le dije que mi tía pensaba ir a Israel. Dijo que no sabía que era judía. Le conté que mi abuela estuvo en un campo de concentración. De una manera desabrida, propia de los hombres sin alma, dijo: «Muy interesante». Me pareció un tipo insensible, como si le resbalara el sufrimiento de mi querida abuela.

—No sos judía.

—Él ignora las intimidades de mi vida. Por su reacción, pude ver que se trata de un tipo frío y calculador.

—Una buena descripción de Eugenio.

—El que no se apiada del padecimiento ajeno nunca va a tener dolor de pies.

Patricio no puede hacer otra cosa que reírse.

—Sos de la misma estirpe que él. Gente dispuesta a todo sin importar a quien pisotean con sus pieses enlodados.

—¿Qué otra cosa le dijiste?

—No puedo acordarme. Pasó demasiado tiempo.

—Pasó el viernes al mediodía, cuando fui al baño.

—Puede ser que de algo me acuerde si me llevás a bailar.

—No.

—No me acuerdo.

—No te llevo a Europa.

—Ha entrado una luz en mi cabeza y se iluminan los recuerdos. Creo haber dicho que pondría una historia de amor en tu novela. El asesino culpa al investigador por separarlo de una mujer que amó. Las pistas anuncian el crimen de una mujer que el investigador ama. Algo tremendo pasa después. No sé qué será.

—Ahora entiendo de dónde sacó la idea de meter a Virginia.

—¿No me digas que contrató a un asesino para que mate a todas las putis que te volteaste? Le va a costar una fortuna.

—No culpa a Virginia.

—¿Culpa al amante?

—¿De dónde sacás al amante?

—¿Por qué otra cosa ibas a separarte? Siempre estás pensando en ella.

—¿Por qué creés eso?

Heidi se pone los zapatos y dice:

—Son cosas que una sabe.

Se acuerda de lo que Orbietto dijo sobre «el ritmo» de Heidi y lo difícil que es seguir ese «ritmo».

—Si fuera así, ¿para qué quiere una mujer estar con un hombre que piensa en otra?

—Todo es música, Pat. Cuando suena, la escucho o bailo.

1 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—Una idiotez —dice Patricio.

Desde hace años, una vez al mes, comen en el mismo restaurante de Palermo, frente al jardín Botánico.

—Heidi tiene muy buenos sentimientos y no es nada tonta, al contrario. Pero se la pasa bromeando y hablando macanas. Dio una idea para la novela y vos querés aplicarla a la realidad.

—La realidad bebe de la ficción —dice Orbietto.

—Escuchate. Hablás como ella.

Orbietto se lleva a la boca un pedazo de asado.

—Virginia abandonó a Cugi cuando se lo pediste. Él estaba loco por ella.

—De acuerdo, Cugi es el asesino. Llamalo a Bogo y que lo detengan. Caso resuelto.

—Estuve averiguando sobre él.

—Es domingo, ¿cuándo hiciste averiguaciones?

—El Bien nunca descansa. Sigue teniendo la librería.

—Andá a comprarle un libro.

—Está casado. La mujer se llama Juliana Conte, veintiséis años. De las que revientan la tarjeta. Una hija de tres. Va a un jardín de los caros. El tipo tiene guita. Vive en Villa Devoto, en una casa con pileta de natación.

—La mujer tiene el perfil de las que Cugi mata. La edad, el estado civil, es madre. Sabemos que la matará. Culparán al asesino de las esposas. Cobrará el seguro de vida de un millón de dólares y continuará con su plan para vengarse de mí.

—Burlate. Pero ese tipo esconde algo.

—Sí. Las minas que se voltea. Llamá al fiscal, si te animás.

—Hay que conseguir más evidencias.

—¿Qué evidencias? Dejate de pavadas. Con los símbolos y la luna, el asesino copia a los asesinos yanquis de las películas. Esos que dejan pistas relacionadas con la Biblia. Este asesino todo lo que quiere es ser como los de las películas. No existe un hombre capaz de idear un plan tan complicado como el que vendés y comprás vos solo.

—Él puede porque es un genio. Como Mozart, Picasso, o el viejo Donato haciendo asados. Como todo gran artista necesita ser reconocido. Por eso se dirige a nosotros, que somos los únicos capaces de entender su arte.

—Esta clase de locos siempre buscan ser reconocidos.

—Estoy convencido que las pistas tienen que ver con vos.

—¿Por qué conmigo y no con vos?

—Porque a los gordos nos discriminan.

Patricio se ríe a carcajadas.

2 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—Como estás contento aprovecho para decirte que Virginia tiene un amante. Es casado. Las hijas estudian en Londres.

—No es nada que me interese.

—Tiene que interesarte. Es arquitecto. ¿Sabés cómo se llama?

—¿Vos no dormiste para averiguar todo esto?

—Emilio Mum.

—¿Moon como luna en inglés?

—M-u-m. Fonéticamente, es lo mismo.

—Tenés razón. Mum es el asesino Dibuja la luna porque es su sello, como la «z» del Zorro.

—Sé lo que digo.

—Cugi me odia porque interrumpí su romance con Virginia. Y Mum porque hice sufrir a la mujer que ama. Uno de ellos asesina mujeres y deja pistas que debo descifrar. Si no lo consigo, ocurrirá algo espantoso. ¿Vos pensás en lo que decís?

—Lo que digo tiene mucho sentido.

—¿Qué tiene que ver conmigo ese arquitecto Mum?

—Argenta Building.

Patricio levanta la vista del plato.

—¿Qué opina ahora, doctor Lavardén?

—¿Estuvo mezclado en la quiebra fraudulenta de Correiro?

—En efecto. ¿Es casualidad que esté con tu ex mujer?

Orbietto respira hondo, como si se sintiera triunfante.

3 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—¿Qué te parece si hablamos con seriedad sobre Afrodita? A vos, estar con Heidi te afecta el cerebro. Divagás como ella.

Orbietto se limpia delicadamente la boca con la servilleta.

—Así llegamos al tema central de esta conversación: Heidi.

—Mirá qué bien. Pensé que el tema era el asesino.

—La señorita Heidi ha hecho cosas que resultan curiosas.

—Todo lo que hace es curioso.

—En este caso, excesivamente curiosas.

—Con el tiempo, se supera a sí misma.

—Mencionamos que Heidi fue una especie de fuente de inspiración. ¿Por qué creés que habló del tema?

—Porque habla de lo que sea.

—¿Estás completamente seguro que habló por hablar?

—Por supuesto.

—También, hablando por hablar, comenta sobre tu novela y dice que el asesino conoce al investigador.

—El asesino vengador.

—No. El asesino que desafía al investigador, al que conoce de antemano, y deja pistas que anuncian una muerte.

—Muy interesante.

—Resulta que lee un libro de numerología y viene a preguntarme si está bien lo que hace con la fecha de nacimiento.

—Todas macanas de ella. Se pone la fecha de cumpleaños que se le da la gana. La cambia todos los meses.

—Verdadera o no, carece de importancia. Dijo ser un 6. Y, como quien no quiere la cosa, dice que se enteró que los números y los planetas se relacionan. Entonces, me pregunta con qué planeta se relaciona el número seis. ¿Qué le respondí?

Patricio, sin dejar de comer, hace un gesto para que continúe.

—Venus, le dije. ¿Qué opinás?

—Que sí. Venus y el 6 están relacionados.

—No te hagás el pavo. ¿Qué hacemos mientras ella habla? Jugamos al ajedrez. O sea, la tenemos en segundo plano. No le damos mucha bola al tema de la numerología.

—Efectivamente. ¿Y qué sigue?

—Sigue con la señorita Heidi inventando una clienta con la que discutió si Elizabeth Taylor ganó el Oscar por *Una Venus en visón*. ¿Qué pensás?

—Ganó el Oscar por la película.

—Seguí en chistoso. Como continuamos jugando sin darle demasiada pelota, ella dice que los romanos le choreaban los dioses a los griegos y pregunta: «¿Quién vendría a ser Venus entre los griegos de Grecia?» Frase textual, propia de la protagonista de *Nacida ayer*. Sin darle mayor trascendencia, ¿qué le contesté?

Patricio deja de comer.

—Afrodita —dice.

—Tal cual. Veo que reaccionaste.

—Te preguntó quién era Venus entre los griegos y pasó algo muy llamativo cuando llamaste el viernes a la noche.

—¿Qué?

—«¿Es por Afrodita?», me preguntó. Quise saber cómo sabía. Dijo que no era sorda y que yo la mencioné hablando con vos.

—No me acuerdo si la nombraste o no.

—A vos te preguntó de Venus, como si no supiera nada de mitología. A mí me dijo: «Para vos, soy como una Afrodita criolla». Le dije que Afrodita se había casado con Hefesto, el más feo de todos los dioses. ¿Sabés que me contestó?

—No se me ocurre nada.

—Me dijo: «Pero le metía los cuernos con Ares, que le gustaba la guerra y andaba bien armado».

—¡Evidente! Si sabe de mitología, ¿para qué hacerme esas preguntas? De numerología debe saber más que yo.

—Después del octavo asesinato, dijo que el asesino era como Picasso, un pintor que seguro yo conocía, y el cuadro «Guerrica». Me contó que la profesora de dibujo le había enseñado que cada figura tenía un significado.

—¿Qué le contestaste?

—El cuadro se llama *Guernica*, le dije.

—Es obvio que hablaba de los dibujos que deja el asesino. Son como las figuras de *Guernica*, en la que cada una tiene un sentido simbólico.

Patricio se queda pensativo. Muy despacio, toma vino.

—Heidi resolvió la pista Afrodita y nos indujo a que la descubriéramos como si fuera mérito nuestro. Somos los mejores. Pero ella escapa a las reglas. Es única —dice Orbietto.

—Te desconozco, ¿vos elogiando a una mujer?

—Heidi no es una mujer. Pertenece a una clase distinta de seres humanos.

Patricio se ríe.

—Decime, ¿Heidi no será una hija que no reconociste?

—Ojalá lo fuera.

La respuesta lo toma por sorpresa. Luego, lo mira comiendo y siente algo de ternura. Acaba de entender algunas cosas.

1 – Una chica con un poco de misterio

Se siente incómodo sentado en un McDonald´s con Ivanna. Está arrepentido de haber aceptado entrar.

—Mi último novio se quiso suicidar. Pienso que lo va a repetir y con éxito. Padece el síndrome de Werther —dice Ivanna.

Federico se queda esperado que continúe.

—El abuelo se suicidó a los treinta y siete años; el padre, a los cuarenta. Él cree que tiene un destino establecido.

—Mucha gente cree lo mismo.

—Él se lo tomó en serio. Le dije que lo dejaba y, de un cajón, sacó el revólver. Creí que iba a matarme. Apuntó el revólver a su estómago y disparó. Una especie de hara-kiri con arma de fuego.

A Federico le llama la atención el modo frío y cínico con el que Ivanna habla.

—La vieja gritaba que yo lo había matado. Después, todo se aclaró. Pero la vieja puta siguió acusándome. No soportaba que el hijo se hubiera querido suicidar como el marido.

—Tu novio debe haberte querido mucho.

—Un pendejo de veinte años que se pega un tiro por una noviecita de dieciocho es un boludo.

Toma un trago de cocacola y se queda con unos pedacitos de hielo en la boca.

2 – Una chica con un poco de misterio

La mira como si estuviera contemplando un telón abriéndose lentamente y pudiera ver la escena que no es la que esperaba.

—¿Sentiste miedo cuando lo viste con el revólver?

—No. Pasa lo que tiene que pasar.

—Hay un asesino matando mujeres, podrías ser la próxima.

—Te aseguro que no.

—Es cierto. Estás fuera de su perfil de mujer. Sos soltera.

—Tengo un marido y un hijo. Para conseguir trabajo, digo que soy soltera.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—¿Qué pensás?

—Entonces, también es mentira lo que pasó con tu novio.

—Sí. Los maté a él y a la madre.

Federico se ríe.

—No tenés pinta de asesina.

—¿Conociste a muchas asesinas?

—Sé que no lo sos.

—Entre drogones y gays se reconocen. ¿Sos un asesino como para reconocer a otro?

—A lo mejor.

—Todos desean matar a alguien. Muy pocos se animan. A vos te faltan bolas para matar.

—¿Estás segura?

Ivanna mira hacia la puerta de entrada. Está molesta.

—Vamos —dice y se levanta sin esperar que le responda.

Una mujer que parece enojada

—Después de años, vi a Patricio el domingo pasado al mediodía. Estaba comiendo con el gordo frente al Botánico,

—¿Orbietto?

—Sí, el falso.

El arquitecto Mum enciende un cigarrillo.

—¿Qué cuenta tu ex?

—Los vi pero no hablé con ninguno de los dos.

Virginia se da vuelta en la cama poniéndose boca arriba.

—Dejá que descansen en paz.

—Todavía lo tengo atravesado a ese gordo de mierda. Lo que lamento es que Cintia se divorció y se fue a Canadá. Ella sí era muy buena amiga. Ese gordo asqueroso venía a casa y apenas me saludaba. Me echó la culpa. Se lo pasaba mandándome indirectas, tratándome de puta. Si lo hubieras visto hablando de mí antes de que Patricio le calentara la cabeza. Para él, yo era una mezcla de Grace Kelly y Santa Clara de Asís.

—Dejá que piense lo que quiere. No te da de comer.

—Lo que me da bronca es que le tuve cariño y esperaba que fuera más comprensivo de lo que me pasaba. Pero le toqué al amiguito y eso no lo perdona. Gordo puto.

El arquitecto Mum se ríe.

—¿De qué te reís? El gordo se las tira de macho pero la mira con cariño. Es un puto reprimido. Y no sé si tan reprimido.

—Ya fue. Olvidate.

—Al verlos el domingo, de nuevo se me vino todo encima. Me acordé de toda esa hipocresía. Lo que me hace bien es acordarme de la cara que puso Patricio cuando le dije que lo había visto con esa putona. Se le vino abajo el plan de cagarme con los bienes gananciales y hacerme un juicio controversial.

—Pará de darte máquina.

—Te juro que hasta el día de hoy lo lamento por el chico que se metió con la turra que andaba con él. ¿Te acordás que te conté? Un chico reeducado. Siempre me lo encontraba corriendo por Palermo. Decí que Analía todavía era medio chica para él sino me gustaba como yerno. Cuando lo vi con ella, pensé: «Pobre pibe, justo con esta se fue a meter».

—Ya la habrá largado. Decime, ¿para qué le pagás a tu analista? Todavía la seguís.

—Me jode acordarme de toda esa falsedad. No me gusta la gente con dos caras. Patricio Lavardén no es lo que parece.

1 – Alguien que hace cosas malas

La conocí en el shopping Abasto. Era una de esas mujeres que están bronceadas todo el año metiéndose en camas solares. Ella inició la conversación. Tenía la misma estúpida inocencia de un ratón borracho yendo a conversar con un gato hambriento.

2 – Alguien que hace cosas malas

El destino sabe por qué la puso en mi camino. Otros le llamarían casualidad. Yo no. Creo que todo tiene una razón de ser.

Ella es una mujer tonta y superficial, de treinta y cinco años, con un marido con plata. Tiene prótesis en los pechos, cirugía en la nariz y usa ropa de marca. Sube a su auto. Mientras arranca, me mira sonriendo.

Alguna gente espera que sea viernes

A Federico Cugi le avisaron que falleció un amigo de la secundaria y volverá a la librería en unas horas. Ivanna sale un momento después que él; es la hora de su almuerzo. Juliana camina mirando vidrieras.

El arquitecto Mum va a comer con unos clientes.

El contador Freixedes escucha música mientras viaja en su auto. Analía lo abandonó y se queda por un tiempo en casa de su amiga Olga hasta que pinten su departamento y lleven los muebles. Virginia compra regalos para navidad.

Heidi visita a su tía. Más tarde, se encuentra con Yafa. Patricio fue al campo. Orbietto lee el diario esperando que el mozo le sirva la comida.

Parece que ninguno de ellos hace nada fuera de lo común. Pero nada es lo que parece.

Alguien que hace cosas malas

Es viernes 20, faltan cinco días para la navidad. Ella huele a un perfume que olí en otra mujer. No me agrada ese olor. Vive en un semipiso con muebles caros y sobrecargado de adornos.

Está boca abajo, en la cama. Su cuerpo no está bien proporcionado. Me da lo mismo. La tomo con toda mi fuerza del pelo. Tiro de su pelo. Le corto el cuello.

Le clavo el cuchillo en la espalda. Entra en su cuerpo hasta el mango. Con lentitud, quito el cuchillo de su espalda.

Miro el cuerpo muerto de la que fue Jimena Urrutia. La cama está desordenada. En el piso, está su ropa. Todo está donde debe estar. Puedo irme.

1 – Conversaciones de nochebuena

—Me parece que es hora de ir empezando a comer.

—Muy temprano, Pat.

—Son las diez. Tenemos hambre.

—El fiambre está caliente. Hay que esperar una hora y se enfría sino produce envejecimiento prematuro.

—Vas a hacer que vaya yo a buscar la comida.

—¡Má, sí, ya te traigo! Andá al África así aprendés lo que es el hambre.

Heidi da media vuelta y va hacia a cocina.

—Está un poco rara hoy —dice Orbietto.

—Debe estar con la regla —dice Patricio.

2 – Conversaciones de nochebuena

—Don Orbietto, ¿es cierto que iba de pesca sin carnada?

Heidi deja sobre la mesa una bandeja con fiambres.

—Sí. Nunca me gustó la pesca.

—¿Para qué iba?

—Era un muchachito en ese tiempo. No sabía decir que no. Me parece cruel matar a un pez. Es terrible verlo coletear desesperado mientras se asfixia.

—Usted es de la clase de gente contradictoria. Se compadece de un animal y disfruta viendo a una mujer degollada.

—Eugenio quiere a los animales. Siempre fue muy sensible.

—Hitler quería mucho a los perros.

—Es una bestialidad hacer esa comparación —dice Patricio.

—La bestialidad es no aceptar que se es una bestia comiendo carne con alma —dice Heidi.

—Los animales no tienen alma —dice Orbietto.

—Mire, yo creía que el hombre era un animal mamífero. Pero si los animales no tienen alma, el hombre, siendo un animal, tampoco. ¿Eso quiere decir?

Orbietto menea la cabeza sin hablar, tiene la boca llena.

Patricio, como si quisiera evitar la conversación, dice:

—Estas mujeres tuvieron que haber hecho algo que lo desequilibró para que las apuñalara por las espaldas.

Orbietto sigue comiendo con cara de felicidad. La cara que siempre tiene cuando come.

—Muy rico el fiambre —dice.

—Si fuera psicoanalista, le diría que hizo un comentario inconsciente de tipo canibalesco. ¿Comió carne humana?

—Todavía no. Pero si Patricio la alimenta bien y usted engorda unos treinta kilos, podría probar.

—¿Qué pudo enojarlo?—dice Patricio, como si Heidi y Orbietto no hubieran dicho una palabra.

Heidi corta una aceituna con cuchillo y tenedor. Separa el carozo. Orbietto la mira con curiosidad.

—Zhao Chang y Jimena Urrutia tocaron algo oscuro que está en él. Les cortó el cuello y, bajo el impulso de un odio incontenible, las apuñaló por la espalda cuando ya estaban muertas.

Orbietto está concentrado viendo a Heidi cortar otra aceituna y, pedacito a pedacito, comerla con paciencia de anacoreta.

Patricio no le presta atención a la comida y sigue hablando:

—Dejó de respetar los plazos entre crímenes, según lo venía haciendo. Asesinó a Chang el 3 de diciembre y a Urrutia el 20. Con las dos, solo dibujó la luna. ¿Por qué no agregó otro símbolo y completó la obra

—El asesino es como Miguel Ángel Cuorroti —dice Heidi.

—Es Miguel Ángel Buonarroti —dice Patricio y, de inmediato, piensa que debió callarse la boca.

—Yo digo de Miguel Ángel Cuorroti, que pintaba con cal los árboles de la calle, en Río Tala, donde vivía mi abuelo.

—Tenés abuelos por todos lados.

—Uno de mis abuelos vivía en una casa rodante, el otro era bígamo y tenía esposas en pueblos distintos.

—¿Nunca descansás? —dice Patricio.

—Grouncho Marx dijo:«El ocio es el opio de los pueblos».

Ni a Patricio ni a Orbietto se les ocurre decir que fue Carlos Marx el que escribió: «La religión es el opio de los pueblos».

—Debemos conocer los perfiles completos de Chang y Jimena. Sus gustos, sus ideas políticas, todo. Hasta encontrar qué pudo haber sacado de las casillas al asesino —dice Patricio.

—Che, machos, me pudrieron. Todo el fin de semana no pararon de joder con la china y la Jimena. Y la siguen. Las cuchilladas en las espaldas no se las dio porque estaba enojado. Cuando se pierde el control, se acuchilla varias veces, casi de manera compulsiva. Por lo que vi en las fotos de la escena del crimen, y no me salgan con que no me meta en la computadora de triqui o traque, las puñaladas que dio fueron exactas. Tenía un completo dominio de sí mismo. La hoja entró y salió con la precisión del bisturí de un cirujano. Ni siquiera tenía un mínimo temblor en la mano, como debió tenerlo de estar alterado. Este tipo tiene demasiada sangre fría como para que unas putonas lo saquen. Las puñaladas en las espaldas de estas mujeres tienen un sentido que se sabrá a su debido tiempo. Fin. El tema no da para más. Dejen comer en paz a la gente normal. Ni en nochebuena se dejan de romper las pelotas con las muertas.

Heidi comienza a cortar otra aceituna. Levanta la vista. Dice:

—¿Qué me miran?

3 – Conversaciones de nochebuena

Patricio y Orbietto comen en silencio.

—Tampoco es para que se queden callados. Pueden hablar de la vida de los ñanduces si quieren —les dice.

Heidi se sirvió queso y lo corta en triangulitos.

—¿Usted es un poco maniática, no?

—Sí. ¿Por?

—Se me ocurrió.

—¡Uy, me olvidé la comida en el horno! —Heidi da un salto.

—No se huele a quemado —dice Orbietto.

—Porque no encendí el horno.

Patricio se ríe con ganas.

—Esta chica es extraordinaria. De un análisis brillante de las puñaladas pasa al horno apagado. Te digo que me dejó con la boca abierta con lo que dijo de la escena del crimen. Lo que sospechaba de ella acaba de confirmarse —dice Orbietto.

—Me dejó medio turulato.

—Te dije que no la subestimaras.

Suena el timbre. Heidi responde el portero eléctrico.

—¿Quién será? —pregunta Orbietto.

—Deben traer helado.

—¡Don Orbietto, ayúdeme! —grita Heidi desde la cocina.

—¿Qué le pasa a esta chica? —dice Orbietto

—¡Don Orbietto, usted sabe de comida, venga rápido!

—Dejala, ya volvió a su estado normal —dice Patricio.

—No cuesta nada ir a ver.

En la cocina, Heidi sostiene una bandeja llena de copas.

—Agarre que se me caen.

Le pasa la bandeja

—¿La dejo en esta mesa?

—No, ahí nunca.

—¿Por qué no?

—El que apoya una bandeja con copas sobre una mesa redonda en nochebuena muere dos horas después y se lleva al que tiene al lado.

—Usted es medio supersticiosa.

—Sí. ¿Por?

—¿Las pongo sobre la mesada?

—De ninguna manera. Se pueden rayar con el mármol.

—Están sobre la bandeja.

—Pero hay que sacarlas de la bandeja con mucho cuidado. Es cristal lituano mezclado con pedregullo tailandés.

Cuando llaman a la puerta, grita:

—¡Pat, atendé que estoy muy ocupada!

Orbietto la ve mordiéndose la uña con impaciencia y se da cuenta que, por alguna razón, lo está reteniendo junto a ella. Permanece quieto con la bandeja en las manos.

Patricio se levanta de mala gana. Abre la puerta con desgano. Se queda paralizado.

—Hola, feliz navidad —dice Analía.

4 – Conversaciones de nochebuena

—Oiga, ¿hasta qué hora me va a seguir mirando?

A Orbietto le cuesta hablar, carraspea y dice:

—¿Cómo hizo para convencerla?

—Yo no hice nada. Ni sé de qué habla.

—Llega una mujer y no va a ver. ¿No es raro en usted?

—Confío ciegamente en Pat.

—No me mienta. No se olvide que soy un experto interrogador. Tengo una vasta experiencia como para saber si mienten o dicen la verdad. Dígame cómo hizo.

Heidi hace un gesto de resignación.

—Está bien. A usted es imposible mentirle. Jure que no le va a decir a Pat.

—Le doy mi palabra.

—Muchas veces, Pat se quedaba solo y miraba un cuadro o la ventana, como si se sintiera melancólico. Hasta hace unos días, creí que pensaba en Virginia. Las mujeres siempre creemos que hay otra. No estaba equivocada. Pero no pensaba en una mujer sino en dos. Fíjese usted, casi un año que estoy con él y recién ahora vengo a darme cuenta que extrañaba a la hija. Eso me pasa porque no soy madre sino lo hubiera sacado al toque. Estuve muy boluda. ¿No le parece?

Orbietto quisiera responderle pero no consigue expresar lo que está sintiendo.

—Si alguien sufre y yo no hago nada estando al lado es como que estoy al pedo en la vida. ¿No le parece? Así que fui a verla. Le conté una mentira conmovedora sobre Pat.

—Como sea, la convenció.

—No la convencí. Me dijo que no pensaba venir.

—Si está acá es porque le creyó.

—No fue por eso.

—¿Por qué fue?

—Usted sabe que, al quedarme huérfana, me crié en la calle y anduve vestida de varón para protegerme. Vendí flores, limpié los parabrisas de los autos, dormí en los trenes.

Orbietto frunce el ceño. Está sorprendido.

—Patricio no me contó nada. Sabía que sus papás fallecieron en un accidente y usted quedó a cargo de su tía.

—Me llevaron a un asilo, me maltrataron y me escapé. Mi tía Amelia era mi patrona. Yo trabajaba de sirvienta en su casa. Me tuvo lástima y me trató como si fuera de la familia. Me mandó a la escuela y a todos les decía que yo era la sobrina.

Orbietto siente una opresión en la garganta.

—No quiero acordarme de cosas feas, sobre todo en nochebuena. Pensé que sabía de mi vida en la marginalidad y así podría entender cómo convencí a Analía.

—¿Cómo lo hizo?

—La tiré al piso, la agarré del cogote y le dije que si no venía la iba a cagar a palos. ¿Estuve mal?

—¿Y qué le puedo decir?

Una chica poco comprensiva y una mujer algo rencorosa

—No contestaste mis llamadas. Era navidad.

—Pasé muchas navidades con vos. Ahora las paso con papá.

—Hablé con tu marido. No fuiste con él.

—Me separé.

—¿Qué pasó?

—Nada en lo que te debas meter.

—Todas nos reviramos después de un divorcio. ¿Cómo la pasaste con Patricio?

—Demasiado bien. Fue como volver a casa y estar otra vez con papá y el tío.

—Le volviste a decir tío.

—Sí, porque es mi tío. Un tío que yo elegí. Estuve con la novia de papá. Es resimpática. Tiene veinticinco y parece una modelo de *Elle*.

—Me alegro que te guste tu madrastra y que se lleven bien. Mientras dure en el puesto.

—Va a durar mucho. Sabe cómo cuidar a papá.

—¿Cuidar? Patricio se cuida solo.

—Esa es la diferencia entre ustedes dos. Ella se preocupa por él y trata que esté bien. Todo lo contrario de lo que hiciste vos.

—Está verde. Cuando madure, verá lo mismo que vi.

—Cortala hablando mal de papá. Supe cosas de vos.

—¿Qué supiste?

—Que sos una puta de mierda.

1 – Un hombre que no puede estar cómodo

Federico está recostado en la cama. Mira una película vieja. No sabe cómo se llama. Habían pasado los títulos cuando empezó a verla. Reconoció a Joseph Cotten.

Dos días atrás, dejó a Ivanna.

—No voy a verte otra vez. Darío te va llamar y te dará lo que corresponde.

—Entiendo. Culo usado, culo echado. Creí que eras otra cosa. Pero no sos lo que parecés.

Bajó del auto. Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Feliz navidad con tu esposa y tu hija.

Se fue sin mirarla.

2 – Un hombre que no puede estar cómodo

Juliana entra al dormitorio y busca ropa en el placard. Está sin maquillaje. Su cara se ve fresca y juvenil. Ella actúa como si estuviera sola. Toca el televisor con la punta de los dedos.

—*La sombra de una duda*. La historia de un ladrón y asesino que no tiene escrúpulos de matar a quien sea. Incluida la sobrina que lo admira —dice, como si hablara para sí misma.

Sale del cuarto sin dirigir la vista hacia él ni una sola vez.

Una chica con poca paciencia

—Vine a llevarme mi ropa.

—¿Sabés lo que estás haciendo? —dice el contador.

—Impedir que me sigas jodiendo.

—No sé de que hablás.

—Seguí lamiendo el orto de tu amante.

—No hay ninguna amante. Te volviste bastante paranoica. Te convendría ver a un psiquiatra.

—Si seguís tomándome de boluda, te vas a arrepentir.

—¿Le vas a contar a tu papi? ¿Qué les anda pasando a papito y al gordo boludo? Parece que no eran tan inteligentes. El asesino se cargó diez mujeres y se les ríe en la cara. Andá con tu papito y contale lo que quieras.

Es lo último que dice antes de recibir la patada en las bolas y caer al piso con el cuerpo doblado.

—Esto me lo enseñó mi papito. Para que supiera arreglarme sola cuando me encontrara con pelotudos como vos.

Hay quienes parecen incrédulos y a lo mejor son otra cosa

Acaban de encontrarse en un bar de Santa Fe y Pueyrredón. Es un día caluroso de enero. A Patricio no lo afecta pero a Orbietto le hierven los pies dentro de los zapatos.

—Hace días que le doy vueltas y sigo estando de acuerdo con la hipótesis de Heidi. —dice Orbietto.

—Yo no. Estoy convencido que se enojó con ellas. Ya te dije que no existe ninguna otra explicación para que las apuñalara por la espalda después de matarlas. Lo más lógico es que después que las degolló algo pasó y lo desencajó.

—Será lo más lógico pero no es la lógica del asesino sino la nuestra. Heidi razona usando la misma lógica que él.

Patricio levanta una ceja, como si lo pusiera en duda.

—¿Sabés quién es el contador de Cugi y Mum? —dice.

Orbietto se echa para atrás.

—No hagas chistes.

1 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

Orbietto se sienta en su sillón y se saca los zapatos. Su despacho es grande y bien iluminado por la luz que entra por el ventanal. El aire acondicionado está puesto a 20º. Hay una biblioteca con libros de derecho. Sobre una pared, el diploma de abogado. En otra, dos reproducciones de obras de SIsley. En un costado del escritorio, puso un pizarrón. Ubicó en una mesita el equipo de audio. Está encendido. Julie London canta *Misty*. Sobre el escritorio, tiene un vaso con Paso de los Toros. Toma un largo trago. Suena el teléfono. Contesta. Se queda perplejo. Del otro lado de la línea, Julie London canta *Blue Moon*.

2 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

La música se escucha durante treinta segundos. Cuelgan. En el despacho de Orbietto, Julie London comienza a cantar *When I Falll in Love*.

—Extraordinario, extraordinario —dice.

Se tira al piso y mira abajo del escritorio, el sillón y las sillas. Comienza a revisar el cuarto. Tiene que sacar los libros de los estantes. Es demasiado para él solo. Llama a Patricio.

—Estoy con Heidi en el hall del cine.

La escucha diciéndole que se suba la bragueta. Lo imagina mirándose y amagando subirse el cierre; a Heidi sonriendo por el chiste y a él poniendo cara de «no jodas más».

—Hablo con Eugenio, no hinchés —lo escucha decirle—. Hola, perdoná. Volví del baño. No se va a perder la oportunidad de boludear. ¿Qué pasa?

—Vení con ella. No puedo decirte para qué.

Va a buscar un destornillador para desarmar el teléfono.

1 – Sin ser ciegos algunos precisan un lazarillo

Patricio y Heidi lo encuentran sin zapatos, parado sobre una silla, sacando los libros de los estantes más altos.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —dice Patricio.

Heidi se lleva un dedo a la boca pidiéndole silencio.

—Busca un micrófono —le susurra en el oído y, en voz baja, agrega: —Déjeme a mí. A ver si se cae de culo.

Heidi se saca los zapatos, espera que se baje y sube a la silla.

Dos horas después terminan. No encuentran nada.

—Apenas entré, puse a Julie London. Menos de cinco minutos después, sonó el teléfono. Nadie habló. Solo Julie London cantando *Blue Moon.*

—Fue pura casualidad. Podrías haber estado escuchando a otra cantante.

—Eso sí. Pero firma con una luna y con una canción nos provoca. Nos quiere decir que es el patrón de la vereda. A menos que sea otra pista. La verdad, no sé cómo hizo esto.

—Llamó muchas veces hasta que te encontró.

—Si no hay micrófono, puede que sea así. Pero, ¿cuántos saben que me gusta Julie London y que *Blue Moon* es nuestra canción preferida? No debe haber más de diez personas. Cugi, Mum y Freixedes pueden saberlo —dice Orbietto.

—¿Cómo se enteraron? —pregunta Patricio.

—Virginia le contó de la canción a Cugi y a Mum, o solo a uno de los dos. Pudieron haberla escuchado en la radio del coche y comentar: «Esa es la canción preferida de Patricio. Le gusta la versión de Julie London». A tu ex yerno, Analía pudo decírselo.

—¿Adónde querés llegar?

—Con esto que acaba de pasar, los tres pueden ser considerados sospechosos. Freixedes es el contador de los otros dos. ¿Debemos pensar que es una casualidad?

Patricio chasquea la lengua.

—¿Podés ir a la cocina a preparar café? —le dice a Heidi.

—Bueno. ¿Margarita no vino?

—Es el mes de feria judicial. Está de vacaciones.

—Si precisa una secretaria, estoy disponible.

—Usted ya tiene trabajo.

—Renuncié.

—¿Qué pasó?

—Me agaché y el dueño me tocó el culo. Le pegué una trompada y le rompí la nariz.

A Orbietto le hace bien reírse, se relaja un poco.

—Usted anda trompeando a todo el mundo.

—Sí. ¿Por?

—Hizo bien. Se lo merecía.

—Le conté a Pat y, de una manera propia de un frígido, me dijo que ese turro me iba a denunciar por romperle la jeta. Entonces, cacé el teléfono, puse voz de macho y le anuncié que, en una hora, pasaría una señorita a buscar mi sueldo e indemnización por despido. De lo contrario, se le haría juicio por acoso a una empleada modelo y que la esposa sería la que recibiría la notificación. Como me pareció poco, agregué que si la señorita regresaba sin el dinero, dos monos iban a romperle las piernas.

—Dejate de hablar macanas y andá a hacer café.

—¿Yafa me trajo la plata?

—Sí — le responde de mala gana.

—¿Vio? No es cosa que me haga pasar por mentirosa. Si algo detesto son las mentiras. Ya me estoy yendo.

Cuando Heidi sale del despacho, Orbietto pregunta:

—¿De verdad le rompió la nariz?

—Sí.

—¿Hizo lo que dijo?

—Yafa apareció con el sobre y la plata.

—Tuviste que ser un poco más hombre. Defenderla como corresponde. Pensá en todo lo que ella hace por vos.

—No te des máquina. Iba a hacerlo, pero me ganó de mano. ¿Cómo podía imaginar que lo iba a llamar haciéndose parar por abogado, capo mafia o qué sé yo?

—Para la próxima, sé un poco más machito. Muy bien por ella. Es aguerrida la piba. Desde chiquita tuvo que aprender a defenderse sola. Y vos, dejate de embromar. ¿Cómo no me contaste que se escapó del asilo y estuvo viviendo en la calle? Decí que encontró gente buena que la ayudó.

Patricio suelta una carcajada.

Orbietto demora unos segundos en darse cuenta.

—¡Qué la tiró de las patas! Acababa de decirle que no me mintiera porque soy un experto interrogador y sé cuando mienten. Mirá con el bolazo que me salió.

Patricio sigue riéndose. Orbietto termina por reírse.

2 – Sin ser ciegos algunos precisan un lazarillo

Orbietto le pone cuatro cucharadas de azúcar al café.

—Le salió muy rico.

—Se le agradece y me atrevo a preguntarle sobre el uso que le da a ese pizarrón.

—Me sirve para hacer anotaciones.

—Debe haber estado enamorado de una maestra.

—¿Qué chico no se enamora de alguna maestra o profesora?

—Un gay.

Orbietto levanta el pulgar hacia arriba.

—¿Esos nombres en el pizarrón son los de las difuntas?

—Como ve, es así.

—Estas son las fechas en que las mataron y estos, los símbolos que dejó el asesino —Heidi señala en el pizarrón.

—Así es.

—¿Puedo dar una opinión?

—Te la pasás opinando —dice Patricio.

—¿Ustedes saben que el tero en un lado pone el huevo y grita en otro?

—Teníamos entendido que era así —dice Patricio.

—Les pregunto porque no crecieron en una granja como yo.

—¿En qué granja creciste?

—En la de mi abuelo y no interrumpas. No estamos hablando de mi vida sino de las finadas.

—Explique lo que quiere decir con el tero.

Orbietto toma café y la mira con una sonrisa.

—El asesino hace como el tero. Ustedes escuchan el grito pero no ven el huevo.

—¿Qué huevo no vemos? —pregunta Patricio.

—Ustedes miran nada más que esta columna con los símbolos. ¿Qué hacen después?

—¿Qué hacemos? —le pregunta Orbietto.

—Hablan al pedo.

—Lo que usted llama de ese modo es un profundo análisis de las pistas. Elaboramos hipótesis y juntamos pieza por pieza hasta reconstruir los sucesos de manera precisa.

—Entiendo. No por nada son los mejores.

—Lo dicen los demás —aclara Patricio.

—Usted no se intimide. ¿Quería agregar algo más?

—El mago muestra una mano pero la moneda está en la otra. Los símbolos y la luna no tienen nada que ver. La pista está en los apellidos.

Orbietto se acomoda en el sillón. Patricio sonríe ligeramente, como si hubiera recibido una buena noticia, y enciende la pipa.

—Los nombres son: Flavia Arana - Daniela Trevi - Daniela Iturbe - Marcela Derrida - Viviana Olivares - Diana Raggi - Jorgelina

Ferrands - Oriana Arroyo - Zhao Chang - Jimena Urrutia. Caballeros, si se toman la molestia, dejando de lado los dos últimos apellidos, ¿pueden ser tan amables de decirme cuáles son las primeras letras?

—A-T-I-D-O-R-F-A —dice Orbietto.

—¿Y al revés qué leen?

Patricio suelta el humo mirando de reojo a Heidi.

Orbietto se demora unos segundos leyendo las letras y, poniéndose de pie, casi gritando, dice:

—¡Afrodita! ¡Es un acróstico!

—La «C» y la «U» de Chang y Urrutia son parte del mensaje. Todavía no lo completó. Va a poner su firma. Nombre y apellido. Eligió Afrodita como apellido, falta su nombre —dice Heidi.

—Fantástico. Acaba de hacer algo grandioso: resolvió el misterio —dice Orbietto.

—¿Qué misterio? —pregunta Heidi.

3 – Sin ser ciegos algunos precisan un lazarillo

—Un gran acierto. El mensaje está en el acróstico. El resto eran fuegos artificiales para distraernos. Es un asesino muy inteligente y astuto —dice Orbietto.

—Tiene que haber hecho un enorme trabajo para encontrar mujeres con los apellidos apropiados y un perfil específico: jóvenes e infieles —dice Patricio, parece estar demasiado inquieto.

—¿Y si se hubiera descartado demasiado pronto la hipótesis de que sea más de un asesino? Insisto en que esos tres juntos resultan más que sospechosos. ¿Por qué están conectados?

—Ya lo pensamos muchas veces y siempre llegamos a lo mismo: es poco probable que haya más de un asesino.

—Creo que habría que reconsiderar la posibilidad de que sean varios los asesinos.

—Como en *La muerte camina en la lluvia*. O en esa variante que hizo Wes Craven con *Scream* —dice Patricio.

—¿Si se hubieran entrenado para tener el mismo estilo de cortar los cuellos? Podrían ser un zurdo y dos derechos.

—Suponer un pacto criminal entre Freixedes, Cugi y Mum es un delirio —dice Patricio.

—Ellos esconden un secreto.

—Perdonen mi crudeza pero ustedes no dicen más boludeces por falta de tiempo. La verdad, me tienen con las bolas llenas. Freixedes, si pela una papa, se corta el dedo. Los otros dos ni de lejos tienen que ver con los crímenes —dice Heidi.

—¿Cómo lo sabés? —pregunta Patricio.

—Porque el asesino es una mujer.

4 – Sin ser ciegos algunos precisan un lazarillo

Heidi está sentada con las piernas y los brazos cruzados.

—Si quieren encontrar a la asesina, busquen por el lado de Pat. Las mujeres siempre andan a su alrededor. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

La miran salir de la oficina. Se quedan callados. Después de un rato, Patricio dice:

—¿Habrá que empezar a tomarla en serio?

—Esta chica es una genio.

5 – Sin ser ciegos algunos precisan un lazarillo

Patricio mordisquea la pipa.

—Una asesina suena medio a disparate.

Orbietto pita el cigarrillo, suelta una humareda y dice:

—Pero si es una mujer todo encaja. Confían en ella. ¿Qué riesgo correrían con una mujer? El peligroso es el asesino, un hom-

bre. Las llevan a sus casas porque no las dejarían entrar en un hotel para parejas. En uno de pasajeros, aunque fuera disfrazada, sabríamos que al cuarto entraron dos mujeres. La asesina evita esa posibilidad. Siendo una mujer se explica la ausencia de semen y penetración. Además, te conoce. Queda redondo.

—No me convence —dice Patricio.

—A mí, sí.

Los abogados son hijos de Juno

El periodismo cada día aumenta más la presión a las autoridades por el caso de las esposas y es el tema de mayor rating en la televisión. El fiscal Bogo suspendió sus vacaciones. Está en el café Tortoni con Orbietto.

—Vos y Lavardén hicieron un trabajo formidable.

Orbietto enciende un cigarrillo y, con mucha seriedad, dice:

—Incorporamos a una experta. De alguna manera, tuvo alguna participación en la solución del acróstico que resolvimos con Patricio. También dio alguna ideas que nos llevaron a descubrir el enigma de los atributos de Afrodita. Colaboró con nosotros en la hipótesis de que las puñaladas en las espaldas podrían ser una pista. Cuando nuestras deducciones nos llevaron a pensar en una mujer como autora de los crímenes, dio sus opiniones desde un punto de vista femenino y, aunque no fue un gran aporte, le reconozco la buena voluntad. Te diría que, aunque tengo algunas objeciones, resulta una consultora interesante.

—¿Cómo se llama?

—Por ahora, hablemos de ella como la doctora Hache.

—Entiendo. Debe ser una de esas doctoras, experta en criminología y profesora universitaria, que consideran un descrédito aparecer en televisión.

—Algo así.

—La teoría de una asesina no me convence. No creo que una mujer sea capaz de idear una trama como esta. Además, sabés bien que las asesinas seriales siempre matan con un motivo claro: celos, venganza o dinero —dice Bogo.

—Esta no entra en ninguna categoría de asesina serial.

—Veo muy difícil que sea una mujer. ¿Creés que es posible?

—Puede ser posible.

—Entonces, veremos. Me tenés que presentar a la criminóloga. ¿Participó como perito en otros casos?

—Tené paciencia, ya la conocerás.

—Si antes no la sacás a patadas. Con lo que opinás de las mujeres, Lavardén te encajó una perito. Seguro fue cosa de él.

—En eso tenés razón.

Hay mujeres que se quedan solas y hacen cosas

Si es cierto que el destino decide, ¿qué decidió para Juliana?

Está sola en la casa, con el perro. Federico llevó a Camila a casa de sus padrinos. Irá con ellos a pasear. Juliana está muy bien arreglada. ¿Va a salir o espera visitas?

El cachorro la sigue mordisqueando sus talones. Le da una patada suave. El cachorro insiste. Lo levanta en brazos.

—Voy a tener olor a perro.

Mira la hora. Suena su celular. Contesta.

—Sí, estoy sola —dice.

Es sábado y son las trece horas.

Todo es cuestión de tiempo

A las doce y cincuenta del sábado 10 de enero de 2004:

Decidieron comer pizza en Los inmortales de la calle Corrientes. Heidi insistió en salir. Llamó a Analía y la invitó a comer con

ellos. Patricio se veía demasiado intranquilo y era mejor que saliera para gastar energías.

—Pat, cortala con los asesinatos. Por un rato, nomás. Tendrías que tener más tiempo para Any y menos para la asesina.

Sabe que tiene razón pero le dice:

—Eugenio y yo estamos metidos hasta las rodillas. Es un caso único. Todos los crímenes fueron perfectos.

—La rana salta pero no baila.

—¿Qué querés decir?

—Puede interpretarse de varias formas. Una es que, por tu bien, dejés de mirar a esa puti.

—¿Cuál?

—La que está con el pelado y tiene la media corrida.

Es cierto que la mujer tiene la media corrida.

—Es una señora almorzando con su marido —dice.

—Es una puti. Y el viejo pelado la banca.

—¿Cómo sabés? Está sentada atrás tuyo y apenas la viste unos segundos al entrar.

—Porque cuando piba me acunaba en tango la canción materna y reconozco a una muñeca brava bien cotizada, y a un bacán que la acamala.

Siente el impulso de aplaudirla. No lo hace.

Heidi levanta un mano y la mueve en el aire.

—Ahí llegó Any —dice mientras sonríe de oreja a oreja.

A las 13.15 del sábado 10 de enero de 2004:

El arquitecto Mum estaciona su coche.

El contador Freixedes camina por la calle.

Cugi va en su auto.

Orbietto se despide de Bogo.

Juliana abre la puerta y sonríe.

A las 19.15 del sábado 10 de enero de 2004:

Heidi lee una revista europea de ropa femenina.

Patricio acaba de llegar. Acompañó a Analía hasta el departamento al que se mudó.

Suena su teléfono celular. Contesta. Es Orbietto. Dice:

—Mató a Cugi en la casa. El asesino está muerto. La piba se salvó de milagro.

Patricio se queda mudo.

—¡Ey! ¿Qué pasó, Pat? ¿Qué pasó?

A las 23.20 del sábado 10 de enero de 2004:

—¿Doctor Orbietto?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Esteban Parrado. Disculpe que lo llame a esta hora. MI mujer y yo somos los mejores amigos de la familia Cugi.

—Sí, por favor, dígame en qué puedo serle útil.

—Nos recomendaron buscar un abogado para Juliana Cugi. Ella pidió que fuera usted. ¿Puede hacerse cargo, doctor?

—Por supuesto que sí. ¿Le tomaron declaración?

—Todo lo que habló fue lo que pudo contarle a la policía. Está muy mal como para hablar. Le aseguro que no era la misma que conocemos. Está destruida. Le dieron sedantes y la dejamos durmiendo. Esta noche se queda en la clínica. Mañana va a venir a nuestra casa. Se quedará acá todo el tiempo que haga falta. Nosotros todavía no reaccionamos, no podemos creer lo que pasó. Por suerte la nena estaba con nosotros.

A las veintitrés y treinta del sábado 10 de enero de 2004:

—Mañana voy a verla.

—Bien, bien —Patricio parece muy cansado.

—Los Parrado, una familia amiga, se están haciendo cargo. A ella la encontraron en estado de shock.

—Es increíble que esto termine así —dice Patricio.

—Ustedes, en vez de estar contentos porque cayó el asesino, están hechos percha —dice Heidi.

—Nos tomó de sorpresa.

—Orbietto, usted está jodido. No probó la pastafrola.

—Tiene razón. Ahora me la como. Disculpe que la moleste pero ¿podría servirnos un poco más de café?

—Y sí, está recontrajodido. Acabo de dejarles el café en la mesa y la botella de vuiski. Ahí, mire.

—Fíjese qué distraídos estamos.

—Tienen la depresión del ocio. ¿Ahora, qué van a hacer sin su asesino?

Ninguno de los dos le responde.

—No todo es lo que parece —dice Heidi.

—¿Qué querés decir? —le pregunta Patricio.

—Listo. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

—Vaya dios a saber qué quiso decir —dice Orbietto.

A las 14.00 horas del domingo 11 de enero de 2004:

—Acabo de mandarte un mail con las fotos de la escena del crimen. La policía corroboró el relato de Juliana. El nombre del asesino es Pablo Fiorito. Treinta y seis años, un metro ochenta, tez clara. Alquilaba un departamento de dos ambientes en Almagro. Bogo consiguió una orden de allanamiento. En el mail te mandé todos los detalles. ¿Venís?

—No. Te espero cuando termines —dice Patricio.

A las 23.00 del domingo 11 de enero de 2004:

Orbietto da la impresión de estar extenuado.

—Al mediodía, salió de la clínica. Los Parrado son buena gente. No tienen hijos y a la nena la quieren como si fuera de ellos. Son los padrinos.

Apaga el cigarrillo y enciende otro. Demora en continuar.

Heidi se saca los zapatos y apoya los pies sobre la mesita.

—Juliana tenía la cara lavada, el pelo suelto, los ojos tristes y todavía asustados. Lucía Parrado le hizo poner un vestido suyo. Ella no quería salir de la cama ni vestirse. Andaba con unas chinelas de entrecasa. Esperaba encontrarme a una mujer del estilo de las otras víctimas y tenía enfrente a una chica que era la imagen de la desolación. Al verla llorando y el modo en que le temblaba la mano sosteniendo el cigarrillo, sentí que el asesino era un miserable. Y me alegré que estuviera muerto.

Orbietto se detiene y fuma en silencio.

—Hablamos durante cinco horas. Se la ve muy mal. Sigue como atontada. Un poco por los tranquilizantes y otro poco por el impacto de lo que ocurrió.

—¿Habló con Bogo?

—Le pedí que le tome declaración el martes. A la policía le dijo bastante. Considerando el estado en que la encontraron, diría que demasiado.

Patricio fuma la pipa. Escucha con mucha atención.

—Cugi tenía una amante. Ella se enteró. Pensó en separarse pero no sabía dónde ir. El marido y la hija eran toda su familia. Ahora, le quedó la nena. Es hija de madre soltera. La madre se suicidó cuando ella tenía quince.

Heidi está en silencio mirándose los pies.

—Pasó más de un año sin tener relaciones con Cugi. Lo quiso mucho. No tengo dudas que todavía lo quiere.

—¿Cómo conoció a Fiorito?

—En un shopping. Se sentía sola. Estaba deprimida. La llamó y se encontraron. Fueron a un hotel. Empezó hace cuatro meses. La situación la angustiaba, sentía que no estaba haciendo lo correcto. Él le dijo que se llamaba Marcelo Iturraga. Usó el apellido de la primera mujer asesinada.

—Siniestro.

—Dijo ser casado y tener dos hijos. Así evitaba que ella o las otras víctimas quisieran ir a su casa.

—Lo pensó bien —dice Patricio.

—Se presentó como intermediario en la venta de jugadores de fútbol.

—¿Qué motivo dio Juliana para meterlo en la casa?

—Iba a estar sola. Era la oportunidad de darle el gusto.

—¿Qué gusto?

—Poseerla en la cama donde ella dormía. De ese modo iba a sentirla como suya y no como la mujer de otro hombre.

—Solamente una mujer puede creer semejante idiotez.

—Momentito, que no es una idiotez. Es un buen verso. Las mujeres somos románticas y nos gustan los versos. Ustedes no pueden entenderlo porque son hombres fríos y nada los conmueve. Son hijos del marqués de Nade.

—De Sade —la quiere corregir Orbietto.

—Ese vivía enfrente —le responde Heidi.

—¿Podés actuar con seriedad por un rato? Eugenio, seguí.

A las 23.35 del domingo 11 de enero de 2004:

—Fiorito llegó cerca de la una. Fueron a la cama. La hizo poner boca abajo y comenzó a hacerle un masaje. Se sintió relajada. Le dijo que no se moviera. Iba al baño. Se quedó quieta hasta que regresó. Le acarició la espalda. Se detuvo. Estaba apoyado sobre ella. En ese momento, Juliana hizo lo que ninguna de las otras: giró la cabeza. Vio el cuchillo. Lo golpeó con el brazo, dio un salto fuera de la cama. Él trató de agarrarla. No recuerda nada más. No sabe cómo llegó al baño y cerró la puerta con llave. No tiene la menor idea en qué momento levantó al perro y lo llevó con ella. El modo en que funciona la mente humana es un misterio. Esta mujer, estando en peligro, pensó en el perro.

—La obra de arte o la vida en un incendio.

—El asesino intentó abrir la puerta. Juliana se acostó contra la puerta para reforzarla. Así la encontró la policía. Tuvieron que empujar la puerta y arrastrarla a ella por el piso para conseguir entrar. Temblaba de pies a cabeza y no soltaba al perro. Lo tuvo todo el tiempo entre los brazos. Lo llevó hasta la comisaría. Le pregunté por qué hizo eso con el perro. Me contestó: «No sé. Pensé que tendría miedo».

—En situaciones de peligro cada uno reacciona de acuerdo a cómo es su verdadera manera de ser —dice Patricio.

—Juliana estuvo casi cinco horas en el baño. No se animó a salir. Escuchó ruidos pero nunca supo lo que había pasado hasta que se lo contaron. Viendo el estado en que se encontraba, la mujer policía, con buen criterio, le tapó la cabeza para que no viera los cadáveres mientras la sacaban de la casa.

—¿Quién llamó a la policía? —pregunta Patricio.

—Los Parrado. Cerca de las seis y media. Nadie respondió cuando tocaron a la puerta y llamaron por teléfono. El coche de Cugi estaba estacionado delante de la casa y pensaron en un asalto. Lucía Parrado me hizo notar que a Juliana la salvó haber aprendido karate. El manotazo que le tiró al asesino indica que tiene reflejos entrenados.

Orbietto termina el vaso de vuiski de un trago. Enciende un cigarrillo. Heidi se puso en posición de loto sobre el sillón.

—Por alguna razón que Juliana desconoce, Cugi volvió a la casa. Se supone que entre las 14.00 y las 14.15. Su llegada sorprendió al asesino.

—El destino jugó en contra de Cugi y Fiorito. Pero a favor de la chica —acota Patricio.

—El asesino no alcanzó a vestirse. Estaba desnudo. Cugi trató de entrar por la puerta del frente. La encontró cerrada con llave. Tocó el timbre. Juliana no se acuerda de haberlo escuchado. Co-

mo su mujer no le abrió, fue por la puerta de la cocina. Al entrar, el asesino lo acuchilló por la espalda. Cugi recibió una puñalada en el pulmón, trastabilló, volteó una silla. El tropezón evitó que la segunda puñalada llegara plena y la recibió en el hombro. Sobre la mesada había un portacuchillos, Cugi consiguió tomar uno. El asesino lo hirió en el estómago. Cugi cayó al suelo. De forma instintiva, antes de ser degollado, le clavó el cuchillo en la carótida. El asesino murió desangrado en segundos.

—El cuerpo de Cugi quedó en la cocina, ¿el del asesino también? —pregunta Patricio.

—En el living, a unos tres metros de la cocina. Dejó rastros de su sangre sobre el cuerpo de Cugi, y la de este quedó en sus manos y en el pecho. Caso cerrado. El final es paradójico: un asesino serial que degüella a sus víctimas, muere degollado.

—Realmente paradójico —dice Patricio.

A las 0.15 del lunes 12 de enero de 2004:

—Listo el carpincho —dice Heidi y se levanta sin calzarse.

—Listo el pollo, se acostumbra decir —apenas lo dice, Orbietto se arrepiente de haberla querido corregir.

—En el campo hablamos de carpinchos. Yo era chica y tenía un carpincho amaestrado. Iba conmigo a todas partes. Me acompañaba hasta la escuelita rural. Caminaba al lado del burrito que yo montaba cruzando los cerros para ir a estudiar. Me esperaba acostadito en la puerta de la escuelita y volvía al tranquito conmigo. El bestia de mi abuelo llegó de visita, vio al carpincho y lo asó a la parrilla. Encima, al animal de mi abuelo se le ocurrió regalarme un collar con los dientes del carpincho. Se lo tiré por la cabeza y me corrió con un rebenque. Como estaba en pedo, se cayó encima de una ortiga y se pasó una semana rascándose los huevos y el culo. Dios castiga a los herejes que atacan carpinchos.

—¿Te parece que estamos para escuchar estupideces?

—Yo no puedo decir boludeces pero si las dice Juliana ustedes quedan embobados.

—¿Qué querés decir?

—Ya me calenté. Jodete solo.

Orbietto y Patricio se miran. Orbietto dice:

—Es una piba de carácter.

A las 0. 40 del lunes 12 de enero de 2004:

—Me gustaría que Heidi trabaje en el estudio. Pero si te molesta no le digo una palabra.

—Sabía que ibas a ofrecerle trabajo. Me parece muy bien. A Margarita también le va a encantar la nueva secretaria.

—A Margarita la contrataste vos por las piernas que tenía. Si no fuera que, con los años, uno va encariñándose hasta con lo malo, ya la hubiera echado. Heidi no va a ser una secretaria sino procuradora y asesora.

Heidi vuelve con más café.

—Creí que no iba a verte en mucho tiempo. Te fuiste enojada.

—No confundas reacción temperamental con enojo.

—Dígame, ¿qué quiso decir con lo que dijo?

—No sé de qué me habla. Quedé desmemoriada desde que en Villa Gesell una inmensa ola me golpeó; el agua se me metió por las orejas y me dañó el centro de la memoria. Mire, ando en patas porque me olvidé los zapatos al lado del sillón.

—No te hagas la interesante. Tu teoría de la mujer asesina fue un fracaso.

—Si vos lo afirmás, debe ser así. Me voy a acostar. Mañana empiezo en mi nuevo trabajo.

—No sabía que consiguió un trabajo.

—Don Orbietto, ya le dije que se cuide del Alzheimer. Usted me ofreció el trabajo. ¿No se acuerda?

—Le comenté a Patricio que iba a ofrecérselo.

—Menos mal que algo recuerda.

—¿Cómo podés escuchar todo lo que hablamos?

—No estoy para dar explicaciones. Soy una persona ocupada. Don Orbietto, como usted llega a las tres al estudio, mañana estoy a esa hora. Luego, me dirá cuál es mi horario. No se preocupe por el sueldo. Me da lo mismo. Buenas noches, que tenga sueños azules con asesinos, sopas de letras y caretas.

Con la cabeza hace un saludo ceremonioso y se va.

Orbietto toma un trago de vuiski y dice:

—A veces, esta piba parece estar diciendo adivinanzas.

—Más que adivinanzas son taradeces —dice Patricio.

1 – Alguien que hace cosas malas

Griselda tomaba cerveza negra mientras escuchaba música y tejía cuadros. No terminó la botella. Tampoco el cuadro. En la vida hay que apresurarse a hacer las cosas que nos gustan. Nunca se sabe cuándo la muerte llama a nuestra puerta. Yo llamé a la suya. Antes de abrirla, no creo que haya tenido ni un presentimiento de estar viviendo los últimos minutos de su vida. Quizás sea mejor así.

2 – Alguien que hace cosas malas

Le corté el cuello. Enterré el cuchillo en su espalda. Tracé una media luna cortando la piel. Mi exaltación se calmó. Procedí como siempre. Solo me detuve un poco más de lo habitual en el baño. Había un enorme espejo que me reflejaba de cuerpo entero. No puedo evitar mirarme cada vez que estoy cerca de un espejo. Entiendo a la Reina fascinada con su espejo mágico. Sonreí mirándome. Me gustó la mujer que vi sonriendo en el espejo.

1 – Unos se convencen y otros no

—Eugenio me llamó recién. Estuvo hablando con la policía. Ahora está con gente de la fiscalía. Quiere hablar con Bogo. Apenas termina, viene para acá —le dice Patricio a Heidi.

—¿La muerta se llamaba Griselda Larrondo?

—Sí. Con las iniciales de las tres últimas víctima, Chang, Urrutia y Larrondo, se forma Luc, siempre leyendo al revés. Luc Besson dirigió *Nikita*, la que te gustó tanto. También, Jean-Luc Goddard, que hizo varias obras maestras.

—Nikita es una asesina —dice Heidi.

—En *Sin aliento*, Belmondo mata a un policía y Jean Seberg lo entrega.

—Una guacha.

—Jean Seberg es intocable. Ella y Ana Karina fueron los iconos de la nouvelle vague. Se suicidó.

—La guacha era Patricia, el personaje de Seberg. Ella no se suicidó, la mató el FBI. La estuvo acosando e impidiendo que le dieran papeles en Hollywood. El acoso duró más de quince años. La llamaban por teléfono y cortaban, la seguían por la calle, le mandaban anónimos amenazándola. Hoover la hizo perseguir por sus ideas socialistas y por el apoyo y la donación de dinero que le dio, en los años sesenta, al partido de Los panteras negras, que reclamaba por los derechos de los negros.

—¿Cómo sabés eso?

—Lo leí en *Los secretos nunca revelados del FBI*, escrito por un ex agente.

—¿De dónde sacaste ese libro?

—Vendían tres al precio de uno. También me compré *Los secretos nunca revelados de la iglesia*, escrito por un ex obispo, y *Los secretos nunca revelados de los Ovnis*.

—Escrito por un extraterrestre.

—Si hubiera sabido que lo tenías, me compraba otro.
—Con vos hay que tener paciencia de santo.
—Sí. ¿Por?

2 – Unos se convencen y otros no

—No hay dudas que es el mismo asesino. Pablo Fiorito era un imitador. Es probable que haya asesinado antes y eligiera copiar los crímenes del asesino de las esposas —dice Patricio.

—Otra vez, solo dibujó la luna. Es la tercera mujer en la que no deja símbolos. Le clavó el cuchillo en la espalda. Heidi acertó cuando dijo que las puñaladas en las espaldas no eran por enojo sino parte de un mensaje —dice Orbietto.

Con las manos en los bolsillos, Patricio recorre la oficina de un extremo al otro, yendo y viniendo. Se detiene y dice:

—¿Ya notaste que con la primera inicial de Larrondo y de las dos anteriores se forma Luc? Como Luc Besson, el de *Nikita*.

—Vean, yo tengo hambre. ¿Vamos a comer?

—Usted no creyó que Fiorito fuera el asesino que buscamos. ¿Qué la hizo sospechar?

—Se la pasan diciendo que es un maestro del crimen. ¿Les parece que va a dejar que lo mate un salame como Cugi? ¿Va a errarle la puñalada que le pegó en la espalda teniéndolo servido y no lo mata de una? Le da dos puñaladas más y la víctima lo apuñala a él, como si fuera uno de esos yanquis de las películas a los que les meten cinco balazos y, en el último suspiro, le salva la vida al amigo pegándole un tiro al asesino cuando levanta el hacha para rajarle la cabeza. ¿Quieren creer eso?

—Bien pensado —dice Orbietto.

—Sobre todo, sé que no era el que mató a las esposas porque es una asesina la que lo hizo. Métanle, vamos.

—Luc nos remite a Nikita, una mujer asesina —dice Patricio.

—Tiene razón. Es una mujer —dice Orbietto.

—Sin duda, ustedes son miembros destacados de la elite de los rompe huevos. ¿Vamos a comer?

1 – Algunos parecen recuperar la memoria

—Vayan entrando, ya vuelvo.

—¿Adónde vas? ¿No tenías tanta hambre?

Heidi camina muy rápido.

—Qué chica piantada —dice Patricio.

Se acomodan en una mesa.

—Tengo ganas de una milanesa a la napolitana.

—La asesina se siente identificada con Nikita —dice Patricio.

—La diferencia es que Nikita toma consciencia y deja de ser una asesina.

—Abandona el trabajo. Desconocemos si no sigue matando.

—La asesina sabe que somos cinéfilos y el nombre Luc nos va a remitir a algún director o actor. Nos lleva como por un tubo a que pensemos en Luc Besson y Nikita.

—Besson también dirigió *Le grand bleu*, *El gran azul*.

—Que lo conecta con *Blue Moon* —dice Orbietto.

—Ahí viene la doctora Hache.

—Acá estoy de vuelta, caballeros.

—Nos dimos cuenta —dice Patricio.

—Permiso —dice Orbietto.

—Aguántese. A menos que ande mal de la próstata. Así no ando repitiendo y les digo de una lo que averigüé con mis contactos internacionales.

—Diga, entonces.

—El apellido no es Chang sino Zhao. En China se usa el apellido primero.

—¿Quién te lo dijo?

—El chino del supermercado de la otra cuadra. Como la asesina formó el acróstico con las primeras letras de los apellidos, la letra no es la «C» de Chang sino la «Z» de Zhao. De tal manera, todo lo que hablaron de Luc fue al pedo. El nombre es Luz.

—Maravilloso hallazgo —dice Orbietto.

Patricio se queda en silencio. De repente, dice:

—La conozco.

2 – Algunos parecen recuperar la memoria

—En otro momento, te cuento —le dice Patricio a Orbietto.

—Ningún problema, caballeros. Me voy a otra mesa.

—De ninguna manera, quédese —dice Orbietto.

—Entiendo que mi presencia incomoda. En un minuto, me retiro. Acabo de acordarme que tengo que llamar a mi tía.

Llama desde el celular. Espera.

—No está. Se fue a comer con su amiga Nuria. La llamo más tarde. Caballeros, los dejo a solas con sus secretos.

—Por favor, siéntese.

—Sentate, Heidi. No hagas papelones.

—Haciendo papelones las santas llegaron al cielo.

Heidi se acomoda en otra mesa.

—Andá a buscarla.

—No pienso darle el gusto a una mocosa caprichosa.

—Que nos ayudó a resolver la mayor parte del caso. Le falta cerrarlo diciéndonos cómo atrapar a la asesina.

—No quiero que escuche.

3 – Algunos parecen recuperar la memoria

—La conocí cuando todavía estaba casado. Pocas veces pasaba a buscar a Analía. Se encargaba Virginia. Ella me llamó. No se sen-

tía bien. Me pidió que fuera a la escuela de danza. Llovía a torrentes. Cuando llegué, Analía me esperaba en la puerta. Una chica la acompañaba. Las dos corrieron hasta el auto.

—¿Cómo era?

—Más alta que Analía. Flaca, de pelo corto, castaño, ojos marrones, con un lunar encima de la ceja izquierda y tatuajes. Uno en la muñeca derecha con su nombre, «Luz». En la izquierda: «Noche». Su voz era un poco aguda, con un leve zezeo.

—¿Cuándo fue?

—Vos todavía eras juez. Sería en el 93 o 94.

—Analía andaría por los catorce o quince. ¿Luz?

—Era más grande, tenía dieciocho.

—Demasiado jovencita —dice y empieza a comer la milanesa.

3 – Algunos parecen recuperar la memoria

—La llevamos hasta Gascón y Soler. Antes de bajar dijo: «Sé que usted es un abogado famoso. No sé si ocupa de problemas menores. A mi mamá la estafó el novio. Averiguamos que engañó a otras mujeres. ¿Es mucha molestia si lo llama para consultarlo?» No llegué a responder. Analía le dijo que me llamara.

—¿Te llamó la madre?

—No. Luz fue al estudio a última hora. Dijo que la madre estaba muy deprimida, no se levantaba de la cama y lloraba todo el tiempo. Luz se había puesto una pollera corta. Me contó la historia de la estafa. De repente, dijo: «¿A qué hora se va la secretaria?» Le contesté que en unos minutos. Se puso a mi lado. Dijo: «Lo de mi mamá es mentira. Me siento muy atraída por usted». Se sentó a caballo sobre mis piernas. «Dígale a su secretaria que se vaya», dijo.

—Una chica atrevida.

—Tuvimos sexo. Después, me senté en mi sillón. Ella puso los pies sobre el escritorio, con las piernas abiertas. No se había vuelto a poner la bombacha. Tuteándome, dijo: «¿Sabés que podés ir preso? Tengo dieciséis». Seguro que me cambió la cara. Se puso a reír y dijo: «Tranqui, cumplí dieciocho. Nunca le creas a una chica que te muestra la vagina».

—Irónica. ¿Cuántas veces se acostaron?

—Esa única vez. Desapareció. Dejó de ir a las clases de baile.

—Había planeado todo.

—Mencionó el crimen de Ponce. Dijo que era ridículo matar a un hombre, cortarlo en pedazos y desparramarlos en bolsas de residuos por la ciudad. Sobre todo, dejar la cabeza y las manos. El cadáver llevó directamente a la esposa.

—Tenía razón.

—Dijo: «Resultó fácil resolver el crimen. Se encontraron con una asesina muy estúpida. Hay que saber asesinar».

—Exacto.

—Le pregunté cómo habría matado a su marido. Contestó que no importaba cómo sino que no sospecharan de ella.

—Inteligente.

—Dijo: «Si yo me convierto en una asesina, voy a dejar pistas para que sepas que fui yo». Le respondí: «Serías tan estúpida como la descuartizadora. Terminarías presa». Dijo: «Te apuesto que nunca me atrapan, aún sabiendo que fui yo».

—Te desafió con una admirable sangre fría.

—No la tomé en serio. Era una chica bastante creída jugando a la criminal. Como cualquiera que dice que un día asaltará un banco y nunca lo hace.

—Pero ella no hablaba por hablar.

5 – Algunos parecen recuperar la memoria

—¿Cómo no pensaste en Luz durante todo este tiempo?

—Nunca pensamos que los crímenes podían ser obra de una mujer hasta hoy. Ni me acordé de Luz. Era una chica que se acostó conmigo y con la que conversé sobre casos policiales, numerología y películas. Nada distinto a lo que hice con otras mujeres.

—¿Qué otra cosa supiste de ella?

—Como no volvió a las clases de danza, Analía pensó que podía haberle pasarle algo malo. Hice unas llamadas. Nada fuera de lo normal. Conocí a muchas loquitas que se acuestan con un tipo y desaparecen después.

—¿Qué más pasó cuando estuviste con ella?

—Había puesto música. Sonó *Blue Moon*, le dije que era una de mis canciones preferidas, que esa versión de Julie London era difícil de conseguir y que la compraste en Londres. Mientras se vestía, le dije: «Una Venus en el estudio». Le conté la historia de Afrodita. La escuchó con interés. Me pareció una pendeja putita, como hay muchas.

—Pero ella no era como las otras.

—Se negó a que la acompañara hasta la casa. Antes de irse, me miró a los ojos y dijo: «En un tiempo, sabrás de mí. Vas a divertirte conmigo. Puedo ser muy entretenida para alguien con tus gustos».

—Una chica notable.

—Estuve medio boludo, ¿no?

—Fuiste un chorlito. Manejaste a todas las mujeres como quisiste y te encontraste con una mocosa de dieciocho que jugó con vos como juega el gato maula con el mísero ratón. Como dicen: a cada chancho le llega su San Martín.

—Hasta Napoleón tuvo su Waterloo.

—Decile a Heidi que venga. La pobre está comiendo sola.

Orbietto mira hacia la mesa de Heidi en el mismo momento que ella lo mira. Está hablando por el celular. Le hace señas para que vuelva. Ella mueve el dedo negándose.

—Andá a buscarla —le dice a Patricio.

Lo sorprende que se levante y vaya.

Puede ver cómo Heidi corta y guarda el celular en la cartera. Él se sirve más vino. Mientras lo toma, ve sobre la mesa, un poco cubierto por una servilleta, otro celular. Mira a Patricio tratando de convencerla. Vuelve a mirar el celular. Heidi menea la cabeza pero termina por ponerse de pie. Orbietto toma el celular.

—Desgraciadita —murmura.

Se levanta. Se cruza con ellos. Heidi lo mira de reojo.

—Enseguida vuelvo —dice mirándola con una sonrisa.

Hay gente que se despierta de golpe

Orbietto está en el baño. En la mano tiene el celular que tomó de la mesa. Revisa el aparato.

—Esta piba es una maestra —dice, realmente contento.

Acaba de descubrir cómo hace Heidi para escuchar sus conversaciones. El sistema es simple: usa dos celulares. Con el celular 1 llama al celular 2, que tiene incorporado un sistema para ser usado como micrófono. Al celular 2 lo deja en el sitio donde hablan de lo que le interesa. El celular 2 está sin sonido y apagado. Al marcar el número del celular 2 comienza a funcionar el micrófono que le permite escuchar las conversaciones y el sonido ambiente. Nadie puede advertirlo. El celular 2 en ningún momento sonó ni se encendió. Así, desde el celular 1, escucha lo que quiere oír.

—Pequeña genia. Parece una agente del FBI.

Regresa a la mesa. Heidi y él se miran sonriendo. Orbietto deja el celular en la mesa. Patricio no lo nota. Ella mira el menú.

—¿Pedimos el postre? Todavía tengo hambre. Acá, la comida es medio escasa.

—¿No te llenaste con los canelones a la rossini que pediste?

—¿Cómo sabe? ¿Me estuvo espiando? No me gusta que se metan en mi intimidad. Nunca lo hago con la suya.

—Todos miran cuando tiene el arco iris adelante —dice Orbietto y le parece increíble que Heidi se sonroje.

Terminan el postre, toman café. Pagan la cuenta. Patricio se adelanta y va hacia la puerta.

—Se olvida el celular —dice Orbietto.

Heidi lo guarda sin vacilar.

—No se enoje con Patricio.

—¿Quién le dijo que estoy enojada?

—Lo mira distinto y dejó de tutearlo.

—Le aseguro que no estoy enojada.

—Me pareció.

—No todo es lo que parece.

Algunas mujeres son implacables

—Hace mucho que no tengo noticias tuyas.

—Ya te dije que no me interesa verte.

Analía sostiene la puerta abierta.

—¿Vas a dejarme pasar?

—Estoy con gente.

—Entre Patricio y el gordo te calentaron la cabeza.

—La única que me calentó la cabeza fuiste vos.

—Yo te quiero mucho —dice Virginia.

—No vengas a llorar lágrimas de cocodrilo.

—Las cosas no son como vos creés.

—Callate y dejame en paz.

—Algún día vas a saber quién es realmente tu padre.

—Ya sé quién es cada uno.
Analía cierra la puerta.

Una chica que hace el trabajo ajeno

—Marga, ¿en los archivos están todos los casos que llevaron don Orbietto y Lavardén?
—Todos. Los tengo bien ordenados.
—¿Guardaste alguna constancia de las citas de clientes?
—Claro. Ya te habrás dado cuenta que soy muy ordenada. Mi marido dice que soy una maniática del orden.
—¿Desde qué fecha?
—Desde que empecé a trabajar. Hace diecicho años.
—O sea, si te pido que me digas quién vino a tal hora, tal día, tal año, me lo podés decir.
—Sí. Guardo todo. Es mi trabajo.
—Dame el cuaderno de 1994.

Una chica con noticias nuevas

Golpea la puerta del despacho, la entreabre.
—Don Orbietto, ¿está presentable? ¿Puedo pasar?
—Pase. ¿Piensa que puedo estar en calzoncillos?
—Vayamos a lo que debe ver porque, como dice el refrán: «No hay peor ciego que el que no quiere trabajar».
—Supongamos que sea así el refrán.
—Pasemos al hecho que es de gran importancia para el pueblo argentino. Su amigo Lavardén recibió un mail.
—¿Usted lee el correo de Patricio?
—Por supuesto.
—Pero él le pone una clave. ¿La descifró?
Heidi abre el correo de Patricio en la computadora de Orbietto.

—No es correcto leer el correo ajeno.
—Déjese de joder, el mail lo mandó la supuesta asesina.

Alguien envía un mail

Querido Patricio: Hace tiempo que no nos vemos, aunque, de alguna forma, hemos estado en contacto los dos últimos años. Imagino que habrás descifrado el acróstico y sabrás que los atributos de Afrodita y la media luna no eran más que adornos para el arbolito. Me sentiría defraudada si no lo hiciste.

Supe que tenías una hija y me anoté en las clases de danza. Ella era un buen vehículo para llegar a vos. No me costó hacerme su amiga. Es buena chica y muy sociable. Por supuesto, me resultó mucho más difícil conseguir a mujeres casadas con los apellidos apropiados y predispuestas a tener experiencias sexuales tan interesantes como las que propuse. Pero internet facilita las cosas. En el futuro, se sabrá todo de todos. La elección fue una sutileza dedicada a tu socio. Conozco la opinión del doctor Orbietto sobre la infidelidad femenina. Espero que haya disfrutado con tantas infieles «castigadas».

Lo que nunca pude imaginar fue que alguien pretendería imitarme. Fiorito no era más que un mediocre criminal y me venía bien para ganar tiempo y ajustar ciertos detalles. Pero no soporto a las imbéciles. Cuando escuché al comisario canoso; al perito que va siempre a la televisión y al juez hablando como si fuera mérito de ellos haber descubierto al asesino, me enojé. Decidí adelantar los acontecimientos y mostrarlos como los idiotas que son frente a la opinión pública que tanto les importa.

En cuanto a *Blue Moon*, no habrás tenido dificultad en resolver «el misterio». La mencionaste como una las canciones preferidas por vos y tu socio, y en esa versión. Me bastó con sentarme en el bar frente al estudio y esperar que el doctor Orbietto abriera la

persiana de su oficina. Lo llamé varias veces hasta que respondió. Fue una forma de hacerte saber quién manda en el juego.

El día de nuestra cita, te mentí en todo. Hasta en la edad. Tenía dieciséis. Luz es un bonito seudónimo, ¿o debo decir alias? Me inspiré en el diablo. Antes de la caída, era el arcángel Luzbel. También me inspiré en la bella historia de Afrodita que me contaste. «Una Venus en el estudio», dijiste. ¿Recordás?

Me pareciste un tipo interesante. Aunque el sexo no fue gran cosa. Esperaba bastante más. Sos un poco reprimido para mi gusto. Pero el sexo no era lo que me importaba sino darme a conocer y desafiarte. Eras el adecuado para saber que en el mundo hay alguien como yo. Nací asesina. Lo supe desde niña. Nací para matar. Hay una larga lista antes de estas mujeres. Ni siquiera desperté sospechas. Soy demasiado buena.

Espero que me hagas hermosa en el identikit. Claro, ya no tengo el mismo aspecto. Es posible que vuelvas a tener nuevas noticias de mí. Tal vez, todo acabó. Tal vez, no. Yo lo decido.

Dale mis saludos al doctor Orbietto y a tu hermosa hija. Para vos, muchos besitos. Tu Bella Luz.

Algunos comentan las noticias

—¡Una diosa!

—Si la agarran, seguro que usted la defiende gratis.

—Ni lo dude. Es única en la historia del crimen. Una genia.

—Una pendeja de dieciséis años que lo dio vuelta al prestigioso Patricio Lavardén. Es difícil de creer. ¿No le parece?

—Usted no se perdió una palabra de nuestra charla en el restaurante, ¿eh?

—¿De qué habla?

—Esa chica no significó nada para Patricio. Lo provocó y respondió como hombre. Fue un momento y nada más.

—Los momentos son efímeros o eternos.

—Usted es muy inteligente.

—¿Yo? Si me sacude la cabeza escucha toc-toc. Son las dos neuronas chocando entre ellas.

— Usted es una persona muy especial. Luz es una genia que se topó con otra. La asesina es una genia como criminal y usted le va a la par como investigadora. Todo lo que dijo se cumplió. Sabe cómo ella piensa.

—¿Cómo piensa Luz? Sí. Tiene razón. Sé cómo piensa.

Nada mejor que una buena secretaria

—Marga, entre el 92 y el 97 trabajaste sola con Lavardén.

—Sí. Cuando el doctor Orbietto era juez. En el 97 renunció y, al poco tiempo, el doctor Lavardén abandonó la profesión.

—Decime, ¿te acordás de esta clienta?

—No. Seguro no era una clienta. Debe haber venido a hacer una consulta esa única vez.

—Vino la hija, una flaquita de pelito corto, castaño, con campera y echarpe. Debía tener entre quince y dieciocho, ponele.

—¡La de la toallita! Sí, me acuerdo.

Margarita se sonríe señalando hacia abajo.

—¡Ah, mirá vos! ¡Qué bueno que te acordás!

Es difícil entender a las chicas que son un poco excéntricas

Yafa tiene los dedos de los pies separados por trocitos de papel. Pinta sus uñas, cada una de un color diferente. Hizo lo mismo con las uñas de las manos. Tiene auriculares puestos y escucha a Amy Winehouse cantando *Stronger than me*.

Termina de pintarse. Con el esmalte, hace un signo de interrogación abierto sobre un pie y en el otro, el signo cerrado.

—Cada cosa significa algo. Cada palabra significa algo. ¿Pero qué significan en realidad? ¿Será como lo creen? ¿Entienden lo que pasa? —dice, sacándose los auriculares.

1 – Hay mujeres que son como el rocío y otras como el granizo

—Doctor, llegó la señora Cugi —dice Margarita.

—Dígale que espere un momento. Páseme con Heidi.

—Ya lo comunico, doctor.

Heidi demora en responder.

—Don Orbietto, déjese de hinchar con llamarme por el aparato. Golpeé la pared o pegue un grito.

—Venga para acá.

—No puedo. Estoy pintando.

—Después sigue decorando su oficina. Está Juliana Cugi.

—Salúdela de mi parte.

— Quiero que la conozca y en adelante sea el nexo con ella.

—¿Por qué no avisa con tres días de anticipación?

—Heidi, venga.

—Limpio los pinceles, me corto las uñas de los pieses, tomo unos mates y voy para allá. Digamos, en hora y media.

—La necesito ya. La señora Cugi está muy deprimida.

—Me lo hubiera dicho desde el principio. Si es por una causa de solidaridad humana, salgo para aquel lado.

Orbietto se acomoda la corbata.

—Margarita, haga pasar a la señora Cugi.

Juliana luce elegante con un vestido beige. Lleva el cabello recogido atrás de la nuca. Se sienta cruzando las piernas. Acepta el cigarrillo y el café que le ofrece Orbietto.

—El doctor Fauver me dice que la sucesión va a salir rápido. Las circunstancias ayudan. Hoy es 17 de febrero, en los primeros días de mayo estará terminada. Tiene que firmar estos papeles.

—Quisiera recuperar mi vida y la de mi hija cuanto antes.
—La entiendo. Tenga un poco de paciencia.
Margarita entra y les sirve café. Al salir, se cruza con Heidi.
—No cerrés que voy entrando. Perdón, buenas tardes.
Heidi tiene puesto un jean cortado a la altura de las rodillas; una remera vieja manchada de pintura, zapatillas sin cordones y el pelo atado con una gomita encima de la coronilla.
Saluda con un beso a Juliana, se sienta junto a ella. Orbietto la mira sorprendido. No esperaba verla vestida así.
—¿Cómo estás? Dale, terminá de firmar tranqui —le dice.

2 – Hay mujeres que son como el rocío y otras como el granizo

—Le presento a la doctora Heidi Brunner. Es nuestra principal investigadora y la más brillante del país.
—Mirá Juliana, vos decime Heidi. Con lo que dice, el doctor quiere tapar la facha que tengo. Estoy pintando la oficina que era de su socio.
—No te preocupés. En mi casa siempre ando como estás vos. Para serte sincera, en estos días no tengo ganas ni de vestirme.
—Te agarraste flor de cagazo.
—No es para menos —interviene Orbietto.
—Es mi culpa —Juliana comienza a llorar.
—Tranquila. Ya pasó todo —la calma Orbietto.
—Con lo del perrito, me compraste. ¿Cómo se llama?
—Le pusieron Lalo. Pobre perro
—¿Qué tiempo tiene?
—Cuatro meses.
—¿De qué raza es?
—Mini maltés.
—Qué divino. Esos perritos parecen muñequitos.
Juliana echa una cucharada de azúcar al café.

—Todavía llevás el anillo de casamiento. El de esta mano es muy lindo —Heidi le toma la mano.

Juliana revuelve lentamente el café.

—¿Querés venir a pintar?

—¿Me decís en serio?

—Por ahí, pintando se te pasan esas ideas destructivas.

—¿Destructivas? —dice Juliana arrugando el entrecejo.

—Autodestructivas. Te culpás sin motivo. ¿Venís?

—Gracias. Estoy con poco ánimo desde lo que pasó.

—Entonces, te dejo. El doctor te da mi tarjeta. Llamame o mandame un mail.

Cuando se quedan solos, Juliana dice:

—La doctora parece ser un poco inquieta.

1 – Una chica a la que le pasaron cosas

—Muy colorido el ambiente. El techo color violeta, qué lindo.

—Es lila.

Heidi está subida a una escalera pintando la pared.

—No sé si se dio cuenta pero la está pintando de amarillo y a la otra pared la pintó de violeta.

—Sí, una es malva y la otra amarillo choclo. ¿Vio qué lindo va quedando?

—Precioso. El resto, ¿de qué color, por curiosidad?

—Puerta y marcos blanco roto, las paredes que faltan son chicas y van en lila, como el techo.

—Lindísimo.

—Termino acá y le pinto su oficina.

—No, gracias. Dígame, ¿qué impresión le causó Juliana Cugi?

Orbietto se sirve un mate.

—Mi cabeza da para una cosa por vez. Estoy pintando no puedo pensar en otra cosa al mismo tiempo.

—¿Y si deja de pintar y piensa en Juliana?

—Es imposible interrumpir la inspiración artística. Y usted, no sea mandaparte. ¿Por qué me presenta como doctora? No me gusta que pongan títulos a mi persona. Mi vida es muy interesante sin necesidad de los diplomas.

—Tiene razón. La presenté así porque usted es muy competitiva y Juliana estaba muy bien vestida.

—¿Quiere decir que soy una crota?

—Para nada. Mire, no me haga meter en un berenjenal. Tiene razón que estuve medio chanta presentándola como doctora.

—Doctora soy pero no quiero que me traten por los títulos sino por mí como ser humano y parte de la humanidad.

—Así que es doctora. ¿Y qué estudió?

—Leyes, criminología y criminalística.

—No me diga. ¿Y dónde estudió?

—Por ahí.

—Puede ser más concreta, ¿o no sabe qué decir?

—En Columbia, Maryland y Cincinatti.

—Nada menos. Debe hablar muy bien el inglés.

—Como para que entienda un cordobés radicado en Texas.

—A usted le desconfío. Para ser más creíble, podría haber buscado unas universidades de por acá,

—¿Cómo que desconfía de mi palabra? ¿Cuándo me escuchó diciendo una mentira?

—¿Dónde tiene los diplomas?

—Enrollados en el placard de la casa de su amigo.

—También es su casa. Usted es muy bolacera. Voy a averiguar. Si me mintió, la despido.

—Y si es verdad, me paga el triple.

—Me desagradan las apuestas por dinero.

—No sea cagón, don Orbietto.

Heidi se ríe. Orbietto también.

—Después que me hizo entrar con la triste historia de su vida como niña de la calle, a las pruebas me remito. Solo creo en lo que veo. Ya vuelvo.

—Oiga, no se lleve el mate.

Orbietto lo termina de una chupada y lo deja en el escritorio.

—¡Ey, por lo menos cebe uno antes de irse!

2 – Una chica a la que le pasaron cosas

Heidi sigue pintando. Tiene la cara manchada de pintura.

Orbietto entra casi corriendo.

—Oiga. Era verdad. Es abogada recibida en Columbia; tiene un master en Cincinatti y un doctorado en Maryland. Por si fuera poco, ganó la beca Fullbright.

—Las personas valen por lo que son no por los títulos que tienen ni por los bienes que poseen.

—Estoy de acuerdo. Pero Patricio ignoraba todo esto. ¿Por qué tanto misterio?

—Mi vida está llena de misterios, don Orbietto.

—Nunca se me ocurrió que había estudiado en la universidad y que fuera una estudiante diplomada con honores.

—¿Se le ocurrió que toco el contrabajo?

—¿Toca el contrabajo?

—No.

—Le va a resultar imposible llevarme para los andurriales.

—¿Qué vendrían a ser los andurriales?

—¿Por qué desperdiciar su talento en un video?

—Talento no tengo y me pagué los estudios con lo que recibí de los seguros de vida y la beca. Mis viejos no tenían ni casa propia. Como se imagina, no iba a ser una zangana viviendo a expensas de mi tía Tenía que pagar el alquiler y comer. Pasé por el video, vi un cartelito pidiendo empleada y entré.

—Fue a las mejores universidades, ganó una de las becas más importantes del mundo. No la entiendo. ¿Para qué estudió?

Heidi se acomoda el gorro de papel que se puso en la cabeza para proteger el pelo de la pintura y le dice:

—Cosas de una, ¿vio?

Orbietto nota que cambió el tono de voz.

De pronto, ella dice:

—Mi papá y mi mamá no murieron en un accidente.

—¿Cómo murieron?

—Los mataron. Mi mamá era la fiscal en el caso Contur.

Orbietto demora en reaccionar. Como si estuviera viendo aterrizar a una nave extraterrestre, le pregunta:

—¿Usted es la hija de la doctora Heredia?

Ella le responde afirmando con la cabeza. Da varias pinceladas. Sin detenerse, dice:

—Pensé que podía agarrarlos a esos tipos. Mire si seré boluda. Eso, nada más, don Orbietto. Me podrí de pintar. Mañana sigo. Me voy a comprar bizcochos para el mate.

La ve bajar la escalera de un salto. Tirar el gorro, salir del cuarto. La imagina tomando la cartera. La escucha cerrando la puerta de salida. Mira por la ventana. La ve cruzando la calle con el pelo atado con una gomita, los jeans cortados, la remera pintarrajeada, las zapatillas sin cordones. No puede verle la cara pero sabe que va con los dientes apretados, haciendo un enorme esfuerzo para contener las lágrimas. Antes de perderla de vista, siente algo así como un nudo en la garganta.

3 – Una chica a la que le pasaron cosas

Patricio puso los diplomas sobre la cama. La escucha llegar.

—Entro y salgo enseguida. Busco algunas cosas. No pensé encontrarlo a esta hora. Pero veo que a don Orbietto no le dieron

las patas para llamarlo y decirle que se fijara en el placard. No se vuelva a meter en mis cosas —dice mientras toma los diplomas, los mete en los tubos y se los pone bajo el brazo.

—¿Cómo no me dijiste que eras la hija de Teresa Heredia?

—No se dio.

—Eugenio y yo conocimos a tu mamá. Le teníamos mucho respeto, como todos. ¿Por qué no me lo contaste?

Heidi se queda callada. Le da la espalda. Sin mirarlo, mientras camina hacia la puerta del dormitorio, dice:

—Nunca puedo hablar de eso. Hoy se lo dije a don Orbietto. Me salió. ¡Los mataron! ¡Nadie hizo nada! ¡No me joda más!

Por primera vez desde que la conoce escucha cómo se quiebra su voz y la ve salir del cuarto al borde del llanto.

Mira hacia el suelo, como si se hubiera puesto melancólico.

Es lo que parece. Pero no todo es como parece.

Algunos hablan de una chica que anda cerca

—Estamos jugando como principiantes. Hago una mala movida y me contestás con otra peor —dice Orbietto.

—Todavía estoy impactado. En el mismo día me entero que tengo en casa a una abogada, criminóloga y criminalista, doctorada en Estados Unidos, ganadora de la beca Fullbright, y que es la hija de la fiscal Heredia, es demasiado.

—Una vez te pregunté si tenía que ver con los Brunner.

—Me dijo que no. Ya la conocés. No sé cómo nunca se me ocurrió relacionarla con Heredia. Se parece a la madre.

—El asesinato de una fiscal de la nación fue encubierto como si hubiera sido un simple robo para que no fueran presos empresarios de Contur y políticos. El crimen de Heredia es uno de los hechos más vergonzozos de la justicia argentina.

—Así es.

—Fue en el 92. Ella te buscó para que la ayudaras a reabrir el caso, pero no te lo dijo. Te vio demasiado metido con los asesinatos y consideró que no era el momento para que te ocuparas de lo que le importaba. Me acuerdo que me contaste: «Conocí a una mocosa. Está piantada pero me hizo morir de la risa».

Se quedan en silencio, mirando el tablero.

1 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

—Ahí viene. Mutis. Como si no pasara nada —dice Patricio.

Orbietto habla como si estuviera siguiendo una conversación:

—Es distinta. Pero, como todos los asesinos seriales, mata por compulsión. No puede contenerse. Tarde o temprano, volverá a hacerlo. No se escapará.

Al ver a Heidi, Orbietto le pregunta:

—¿Qué anda haciendo que la veo ir de acá para allá?

—Hago un trabajo extra. Soy actriz en películas de amor. Mañana hago de cocinerita. Estoy ensayando mi papel.

Orbietto piensa que esta chica con tanto buen humor es la que hoy a la tarde vio cruzando la calle y la misma que casi se quiebra en pedazos delante de Patricio. ¿Cómo hace?

—Antes de ir a oxigenarme los pulmones con aire puro, quisiera hacer un comentario sobre las fotos.

—¿Qué fotos? —pregunta Patricio y mueve un alfil. Apenas lo asienta en el escaque se da cuenta que un peón se lo come.

—Las de la escena del crimen de Cugi —dice Heidi.

—Esas fotos están en mi computadora. Cambié la clave, ¿otra vez la violaste? Te dije que no lo hicieras más.

—No se ponga histérico, Lavardén. No me interesa su compu. Entré a distancia en la don Orbietto.

—¿Cómo? ¿Se puede hacer una cosa así?

—Todo es posible. Hasta lo que parece imposible.

—Mi computadora tiene una clave indescifrable.
—Siendo así, no pude haber visto nada. Los dejo.
—Vení acá y decí qué encontraste —dice Patricio.
—Cuando se dirija a mí, hágalo de buenas maneras.
Patricio resopla y, de mala gana, dice:
—Por favor.
—Vamos metiendo cada bola en su buchaca.
—Diga su opinión, doctora —dice Patricio.
—No me joda, Lavardén. Ya le dije que no me joda.
Orbietto duda: ¿de verdad está enojada?
—Hable, por favor —dice Orbietto—. Nos interesa mucho.
Mirando hacia la ventana, Heidi dice:
—El perro no mea.

2 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

La están mirando, se los ve desconcertados.
—Puede aclarar —dice Orbietto.
—Cómo no. Ustedes saben que el perro llamado Lalo tiene, al día de hoy, cuatro meses. El día del asesinato de Cugi, tenía tres. ¿Qué cachorro de esa edad aguanta cinco horas sin mear?
—Ninguno —responde Orbietto.
—Si Juliana siempre lo tuvo en brazos, ¿Lalo la meó encima? Si lo soltó para que meara, ¿dónde están las meadas? No se ve ninguna en el baño. Pero en el pasillo, junto a la puerta del dormitorio, hay una mancha. Es una meadita.
—¿A qué conduciría el pis de un perro? No le encuentro ningún sentido —dice Patricio, se lo ve un poco alterado.
—¿Juliana tuvo cuidado de no pisar la meada mientras el asesino la corría? ¿El asesino tuvo la delicadeza de no pisarla para no ensuciarse las patas? Fin. El tema no da para más.

3 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

Los dos se levantan de un salto y encienden la computadora.

—¡Qué la tiro! —dice Orbietto mirando las fotos de la escena del crimen—. Juliana y el asesino no pueden haber pasado sin pisar el pis.

—Puede que no sea pis —dice Patricio.

—Si no lo es, da lo mismo. Hay un charco que no pisaron —le responde Orbietto.

—Hay que tener la certeza de que la escena no fue contaminada. A cualquiera se le pudo haber caído agua o cualquier cosa.

—Ese charco es una meada de perro. Los forenses lo vieron y les pareció normal habiendo un cachorro. Prosigo con lo que estaba haciendo. En esta casa se me cierran los bronquios.

—Espere. ¿Qué conclusión sacó?

—Juliana los asesinó.

Algunos tienen argumento para todo

—¿Qué pasó en el estudio entre Heidi y Juliana?

Orbietto le cuenta.

—No encuentro nada que me llame la atención.

—Si Juliana es la asesina, Heidi le hizo saber que lo sabe. La invitación a pintar; impulsos destructivos; pedirle que le mande un mail. Demasiadas indirectas como para ignorarlas. Lo vi así. Mejor dicho, lo veo así, ahora —dice Orbietto.

—Juliana no es Luz.

—Heidi dice que es la asesina.

—Sería estúpido buscarte como su abogado. ¿Te parece lógico que una asesina de su talla nade hacia donde están los tiburones? ¿Se arriesgaría a que yo la vea?

—No.

—Sabemos que Luz es la asesina. Lo que no sabemos es quién es Luz. Puede ser cualquiera mujer relacionada con alguien que nos conoce. Por ejemplo, la empleada de Cugi. ¿Cómo se llama?

—Ivanna Lencina. Cugi la echó poco antes del crimen.

—¿Y si ella es Luz?

—Pensando así, puedo dar cien nombres.

—Yafa, por ejemplo.

—Dejate de embromar, es una piba medio rara pero es amiga de Heidi

—Y Luz era amiga de Analía.

1 – Una chica que parece saber de lo que habla

—¿Se va?

—Por supuesto.

—Me gustaría hacerle unas preguntas. Si está apurada, se las hago cuando vuelva —dice Orbietto.

—Pregunte ahora sino puede quedar de seña.

—¿Por qué sospecha de Juliana?

—No sospecho. Sé que mató al marido y al amante.

—Juliana no es Luz —dice Patricio.

—¿No me diga? ¿Por qué está tan seguro?

—Es evidente.

—Mire usted. Creí que era por otra cosa.

Orbietto entra en duda: ¿bromea o está dolida por algo?

—Si no tiene ganas, en otro momento nos dice su teoría.

—Se la digo. ¿Por qué motivo? La respuesta se encuentra en el libro *La verdadera historia de Heidi*, de pronta aparición.

—Debe ser muy interesante —dice Patricio.

—Así es. Sobre todo el capítulo en que encuentro a mi novio con un inflador.

—¿Qué hacía? —pregunta Orbietto.

—Inflaba a su muñeca Salomé.

—Lo peor de las estupideces que decís sobre mí es que Eugenio te toma en serio y después se la pasa cargándome.

—Dije «mi novio». No dije cuál. Usted solo se acreditó ser el de la anécdota.

Orbietto se ríe a carcajadas.

2 – Una chica que parece saber de lo que habla

—Juliana se levantó a Fiorito por ser soltero, vivir solo, casi no tener amigos y buscar mujeres en la línea de fono-encuentros. Lo tenía calentito y lo llevó a la casa diciéndole que el marido se había ido de viaje y quería realizar una fantasía sexual.

—Puede ser —dice Patricio.

—Fueron al dormitorio. Se desnudaron. Le dijo que quería tener sexo por toda la casa. Fueron al living. Ella buscó una mermelada para untarse el cuerpo y que él la lamiera. Le pidió que no mirara. Él se puso de espaldas. Ella tomó un cuchillo. Lo hizo girar. Le clavó el cuchillo en el cuello.

—¿Por qué se tenía que untar con mermelada?

—¿Con qué quiere que se unte? ¿Con queso roquefort?

—El roquefort es mi queso preferido —dice Orbietto, con bastante gracia—. ¿Cómo explica que Fiorito tuviera en el cuerpo sangre de Cugi y este del otro?

—Usó dos esponjas. Una para cada cuerpo. La apoyó recogiendo sangre de uno y la depositó en el otro.

—Una solución muy imaginativa —dice Patricio encendiendo la pipa.

—Cugi llegó alrededor de las dos de la tarde. Ella sabía que regresaría a esa hora. Era un tipo puntual. Contaba con esa puntualidad para que todo saliera según lo planeó.

—Si llegaba antes, se caía el plan —dice Orbietto.

—Cugi quiso entrar por la puerta principal y la encontró cerrada por dentro. Tocó el timbre. Juliana no le abrió. Fue por la puerta de servicio. Entró a la cocina y ella lo acuchilló por la espalda. La primera puñalada, en el pulmón, lo dejó sin aire y no pudo gritar. La segunda, en el hombro, indica que él giró hacia ella. La tercera, en el estómago fue mortal. Cuando cayó al piso, lo degolló. Limpió sus propias huellas digitales en los cuchillos y dejó las de ellos haciendo que los tocaran. Para que no hubiera sangre en su ropa, todo el tiempo estuvo desnuda. Pero usó tacos altos. Ella mide 1.71. Debía hacer que las puñaladas a Cugi coincidieran con el ángulo que tendrían de darlas un tipo de una estatura de 1.80. A Fiorito lo apuñaló de abajo hacia arriba, para que pareciera que un hombre caído en el suelo, como lo estaba Cugi, lo había hecho. Estos asesinatos los cometió con cierta torpeza. No lo hizo con la habilidad que tiene y que se evidencia en la manera que mató a las once mujeres.

—¿Por qué lo hizo así? —pregunta Orbietto.

—Si hubiera actuado con destreza, le hubiera bastado una sola cuchillada que fuera mortal. Mató evitando su estilo. Quería inculpar a Fiorito en el crimen de Cugi pero que se descubriera que solamente era un imitador.

—¿Cuál sería el beneficio? Lo más lógico sería que se tomara a Fiorito como el asesino de las esposas —dice Patricio.

—¿Usted cree? Si ese hubiera sido el objetivo, lo hubiera matado al final de la serie de asesinatos. Sin embargo, mató a Griselda Larrondo a días del doble crimen. Nunca tuvo la intención de acreditar el asesinato de las esposas a un imitador. ¿O Leonardo hubiera permitido que Rafael firmara la *Gioconda*?

—Concuerdo —dice Orbietto.

—Juliana asesinó a Cugi. Se valió de Fiorito para pasar de victimaria a víctima.

3 – Una chica que parece saber de lo que habla

—Para creer en esta teoría, hay que apretar mucho para que cierre la valija. —dice Patricio.

—Si no sabe acomodar la ropa —le contesta Heidi.

—Redondee su hipótesis —dice Orbietto.

—Recién, cerca de las seis de la tarde, Juliana entró al baño. Los padrinos llegarían con Camila pasadas las seis.

—¿Dónde orinó el perro hasta esa hora? —dice Orbietto.

—En cualquier parte de la casa. Secó el pis con un trapo. Juliana fue sola al baño. El perro comenzó a aullar, a rasguñar la puerta. Lo hizo entrar. Entonces, se le ocurrió contar que se había encerrado con el perro y que lo tuvo en brazos todo el tiempo. Se le pasó por alto que el cachorro meó en el pasillo segundos antes de ponerse a aullar. Juliana no la vio. La mujer policía le tapó la cabeza para evitar que viera la escena.

—Muy interesante —dice Patricio, con desgano.

—Si el perro hubiera estado casi cinco horas encerrado en el baño, habría meado el piso. En ninguna de las fotos del baño hay una mancha de orín. ¿Con qué secó la meada? ¿Una toalla, papel higiénico? ¿Lo sostuvo en el aire para que meara en el inodoro, lo metió en el bidé o en la bañadera? Ella dice no haber soltado nunca al perro. Por lo tanto, el perro la meó encima o el perro nunca estuvo tanto tiempo en el baño.

Heidi hace sonar la copa golpeándola con las uñas y dice:

—Sonó. Ese perrito fue la única equivocación que cometió en este doble asesinato. Pudo haber sido un crimen perfecto.

4 – Una chica que parece saber de lo que habla

—Su análisis es impresionante. Dígame, ¿qué tenía que ver el anillo del que le habló en el estudio? —pregunta Orbietto.

—Echó el azúcar en la taza con la mano izquierda. Yo le tomé la derecha. Revolvió el azúcar con la otra mano.

—Es zurda —dice Patricio.

—No. Firmó con la derecha —dice Orbietto—. Es ambidiestra. Resulta muy difícil revolver el azúcar con la mano menos hábil.

—De todas maneras, faltan evidencias. Hay indicios y no resultan suficientes para acusarla —dice Patricio.

—Este asunto me hace acordar cuando era chica y encontré a mi abuelito acostado bajo un árbol. Le dije: «Abuelito, dime tú, ¿qué haces aquí?» Acariciando mis dorados cabellos, dijo: «Espero que la comadreja que se come las gallinas caiga en la trampera». Con mi dulce e inocente voz, dije: «Abuelito, dime tú, ¿cuándo caerá la comadreja en la trampera?» Mesando su larga barba blanca, bebió un trago de cerveza con un sorbete, y respondió: «Adorable nietita, ¿puedes decirme cuántos granos de arroz hay en un kilo?» Abriendo y cerrando, rápida y repetidamente, mis largas pestañas, respondí: «No, abuelito, no lo sé». Entrecerrando sus gastados ojos azules, dijo: «Pues ve y cuéntalos. Todo lo que necesitas es tiempo y paciencia».

—Inteligente su abuelito —dice Orbietto.

—Para la comadreja había una trampera. En este caso, ¿cuál sería? —pregunta Patricio.

Ella no le contesta.

Algunos no creen en las heroínas

Heidi está en otro cuarto. Parece estar acomodando cosas.

—Esto parece una novela policial. Pero mientras todos esperan que los investigadores resuelvan el caso aparece una heroína que lo hace.

—Tiene una gran imaginación para ser escritora de novelas pero le falta el realismo que un investigador debe tener.

—Puede ser que en algunas cosas esté desacertada.
—La asesina es Luz y los dos sabemos que Juliana no es Luz.
—Tenés razón.
—Quiero investigar a Ivanna y a Yafa. Descartemos todas las posibilidades y veamos qué nos queda.
—¿En serio a Yafa?
—Yafa apareció de la nada hace un año. Desde que la vi, tuve la sensación de conocerla de algún lado —dice Patricio.
—No me lo dijiste.
—Era poco relevante entonces. Hoy todo es relevante.
—Mañana esperá charlando con Margarita que Juliana salga de mi oficina. Tomarla de sorpresa es mejor.

Una chica muy sociable

—¿Cómo te va en la vida, Rúcula? —dice Heidi.
—¡Qué alegría verte! ¡Qué linda estás! Mirate, parecés una modelo. Seguís flaquita como siempre.
Marcelo Rocco se sienta frente a Heidi. Llama al mozo. Están en un bar de Avenida de Mayo.
—Susi y Mariano ¿cómo andan?
—Susi con diez kilos más. No la reconocés. Marianito se recibe este año de licenciado en economía. Buen pibe.
—¿Y Martita?
Rocco se sonríe con picardía.
—Todavía me da calor que me cazaste justo.
—Te da tanta vergüenza que hace diez años andás con ella.
—Tanto no.
—Che, necesito que me des una mano en un asuntito.
—Sí, querida, lo que precisés.
—Mirá, si esto no se hace con precisión absoluta, la cagamos. Acá tengo una lista de lo que ando necesitando.

Le da un papel.

—Vas por todo. Dalo por hecho. Decime los nombres.

Heidi le da otro papelito. Rocco lo lee.

—¡Epa! —dice.

1 – Reencuentros sobre suelos quebradizos

—Le pedí que viniera porque el fiscal solicitó que amplíe su declaración. Le hará unas preguntas, usted las responde y el caso se cierra —dice Orbietto.

—Ni me acuerdo lo que declaré. Pero no hay problema.

Heidi golpea a la puerta y pasa pidiendo permiso. Tiene puesto un delicado vestido blanco que resalta el rubio de sus cabellos. Las sandalias, con tacos de doce centímetros, estilizan aún más su silueta.

—Hola, ¿qué decís, Juli?

—Bien, ¿vos? —la mira de la cabeza a los pies.

Orbietto la ha visto cientos de veces, pero, cuando entró, le pareció un ángel. Tiene la duda si se trata de un ángel del bien o un ángel vengador.

—Juli, me enteré que te mudaste.

—Alquilé un departamento hasta que pueda vender la casa. Camila sigue con mis amigos. Todavía no me siento demasiado bien. Prefiero cuidarme y mejorar para poder estar con mi hija.

—Pronto vas a empezar una nueva vida.

—Ojalá —dice Juliana.

—Te lo aseguro —dice Heidi.

2 – Reencuentros sobre suelos quebradizos

Heidi se queda sentada. Orbietto acompaña a Juliana. En la recepción, Patricio conversa con Margarita.

—Le presento al doctor Patricio Lavardén —dice Orbietto.

Juliana le da la mano. Patricio la mira a los ojos.

—Mucho gusto—dice ella.

—Encantado de conocerla. Perdone, pero ¿nos vimos antes?

—No creo. Es la primera vez que preciso un abogado.

—Me pareció haberla visto en alguna parte —dice Patricio.

—Si usted me vio, yo no a usted —Juliana gira la cabeza hacia Margarita—. Adiós, señora.

Le da la mano a Orbietto. Con un movimiento de cabeza, saluda a Patricio. Él la sigue mirando. Ella le da la espalda.

La experiencia no solo es de los viejos

—Nada que ver. La voz es diferente, no zezea. No hay lunar ni tatuaje; la nariz y el mentón son distintos. El pelo es largo, de otro color. Los ojos de Luz son más oscuros, Juliana los tiene de un marrón claro.

—Lejos de ser Luz, entonces —dice Orbietto.

—Te equivocaste, Heidi.

Se queda callada.

—Reconocé que Juliana no es Luz —insiste Patricio.

Ella no le responde.

— Vos, Eugenio, ¿qué pensás? —pregunta Patricio.

Orbietto respira hondo y suelta el aire con fuerza.

—Patricio sabe lo que vio. Si fuera como usted dice, Juliana tendría que haberse disfrazado para ser Luz. Le aseguro que, en menos de un minuto, Patricio la hubiera descubierto. O habría notado que cambió su aspecto de adolescente hasta convertirse en esta mujer que es Juliana. Somos gente ducha.

Heidi agacha la cabeza.

—Don Orbietto, estoy un poco cansada de todo esto. ¿Puedo irme más temprano? Quiero ir a casa de Yafa a tomar mate.

—Usted va y viene cuando quiere. No es una empleada sino una asesora. No tiene que pedir permiso a nadie.

Heidi abre la puerta. Antes de irse, dice:

—Si los colores de mi oficina no le gustaron, hágala pintar. En la baulera dejé pintura blanca y alcanza para cubrir todo. El pintor se lo pago yo. Es su estudio y usted decide.

No alcanza a responderle. Heidi ya cerró la puerta.

—Se fue mal. Pero no entendí bien lo que quiso decir.

—Es normal que no se entienda lo que dice. Como dijiste, anda mal hace rato. Desde el día que te conté de Luz, casi no me habla. Esa noche se fue en taxi y a casa no volvió más. Excepto ayer, que la encontraste y salió con esa estupidez del perro. Fue a llevarse sus cosas. Dejó todo lo que le regalé. Creo que se queda en la casa de Yafa.

—No sabía que era para tanto el encule que tiene.

—Le funciona mal la cabeza. Fijate lo que dice de Juliana. Es un disparate. ¿A vos te parece que esa mujer que anda empastillada y en tratamiento psicológico, va a ir a los pocos días de ser atacada a matar a Larrondo?

—¿Qué quiso decir con lo de la oficina?

—Piensa dejar el trabajo y está arrepentida de haberte dejado la oficina hecha un mamarracho.

—¿Cómo que se va a ir? ¿Y de qué mamarracho me hablás? La oficina quedó espectacular.

—Si ella te sirve una ensalada de yuyos, vos te la comés pensando que son vegetales de Malasia.

Las mujeres siempre andan criticando a los hombres

—¿Cómo te fue? —pregunta Inés Parrado. La estuvo esperando en un bar de Alto Palermo.

Juliana hace un gesto de fastidio.

—Estoy podrida. Quiero que todo este embrollo termine ya.

—Tené paciencia, todo va a volver a la normalidad.

—Nunca más va a ser una vida normal para mí. ¿Carmela estaba bien?

—Sí, volvió contenta del colegio. Le pedí a Mabel que se quede hasta más tarde. La nena la sigue mucho. Despreocupate.

—Si pudiera.

—Bueno, contame.

—Tengo que volver a declarar.

—¿Por?

—Qué sé yo. Estoy harta. Hoy lo conocí al otro. A Lavardén.

—¿Y? ¿Cómo es?

—Un pajero. No me puso en bolas porque no podía. Un baboso de mierda. Si estoy sola, se me tira. Está en langa.

—No me digas.

—Desubicado total. Estoy hecha mierda y me mira las tetas.

—¿Y el otro?

—Nada que ver. Orbietto es un caballero. Encima, la otra piantada, esa que es doctora en no sé qué, apareció de nuevo. Como la otra vez la agarré que parecía una linyera, hoy se tiró todo encima. Una loca de mierda. El mes pasado, quería que fuera a pintar paredes con ella.

Inés se pone a reír.

—No me habías contado.

—Como tengo la cabeza, ni me acordé.

—Tendría que haberte acompañado.

—Yo no sé ni por dónde camino. No sabés lo que me costó arreglarme para salir.

—La terapia te va a hacer bien. Es un buen terapeuta.

—Le dije que me siento como en una película. Como una actriz que estuviera actuando.

Algunos andan haciendo averiguaciones

—¿Investigaste a Ivanna Lencina y a Yafa?
—Ivanna tuvo un incidente con un novio que se quiso suicidar. No tenía ninguna responsabilidad. Antes de entrar a la librería, trabajó en una zapatería. La echaron. La mujer del dueño la cacheteó. A la muchacha le gustan los patrones. No pudo matar a nadie. Estaba trabajando a la hora de siete de los crímenes.
—¿Yafa?
—No es judía ni tiene un padre rabino.

1 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—Tendríamos que haberle dicho a Heidi.
—No le voy a dar cuenta de mis actos. ¿Tengo que llamarla y avisarle? Primero que venga a pedirme perdón. Le maté el hambre y ni saluda al irse.
—Siempre trabajó. Lo que pasa es que se enojó cuando se fue a sentar sola en el restaurante. Te dije que no se lo permitieras, estábamos todos juntos. Estuviste mal.
—Dejate de embromar y tocá el timbre.
Orbietto lo toca.
—¿Quién es? —pregunta Yafa por el portero eléctrico.
—Soy Patricio Lavardén. Estoy con Eugenio Orbietto.
—Empujen la puerta.
Sin hablarse, suben en el ascensor.
—Qué bueno que me visiten. Si me hubieran llamado avisándome que venían habría comprado una torta —dice Yafa.
En el departamento hay brazos, piernas, torsos y cabezas de maniquís. Varios están cubiertos por sábanas.
—Tengo té, café, mate, cerveza, vino y agua. ¿Qué les doy?
—Café esta bien —dice Patricio.

Yafa va a la cocina.

—A este sitio le faltan las fotos de las víctimas en las paredes. Los maniquís son tétricos —dice Patricio.

—Un poquito.

2 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—Rico el café. Tiene un gustito particular —dice Orbietto.

—El arsénico —dice Yafa.

Orbietto sonríe de mala gana. Huele el café y lo deja encima de un barril que sirve como mesa.

—Me gustaría hacerte una pregunta —dice Patricio.

—Dale.

—¿Por qué decís que sos judía si no lo sos?

—Hace unos años decía que era musulmana. Después del atentado a las torres, me hice judía.

—¿Por qué?

—Porque se me da la gana.

—¿Tenés padre? —pregunta Orbietto.

—¿Padre Celestial o padre terrestre?

—Terrestre —dice Patricio.

—Claro. Madre también. Como cualquier mamífero.

—¿Te ves con tu familia? —pregunta Patricio.

—Sobre todo cuando tengo ganas de comer bien. A ustedes les pasa lo mismo.

—Ya no comemos con nuestros padres. Lamentablemente, se han ido a un viaje sin regreso —dice Orbietto.

—No lo digo por sus padres sino por los míos. Ustedes los llaman casi todos los días.

—¿Nosotros? —dice Patricio.

—Antes era Heidi, ahora llamás vos.

—Perdone, Yafa, pero no entiendo —dice Orbietto.

—Usted es de buen comer. Heidi siempre pedía que sus porciones fueran dobles. Mis viejos dicen que somos hermanitas. Debe ser por lo locas.

—A ver si aclaramos, ¿porciones de qué? —dice Patricio, completamente perdido en la conversación.

—De comida. Vos no tenés ni idea de quién soy. No me reconociste. Creí que Heidi te había contado toda la historia. Claro, si digo que soy judía y mi viejo, rabino, ni cagándola a palos me desmentiría ni andaría hablando del restaurante.

—¿Qué restaurante?

—El de mi viejo. El que está a la otra cuadra de donde vivís. Casi todos los días comen la comida de Zrack.

—¿Zrack es de tu papá?

—Sí. Heidi te llevó. Usted también fue.

—¿Luca Barracci es tu papá? —le pregunta Patricio.

—Y yo soy Carola Barracci. Salí medio distinta a mis hermanos. Mi hermano Hugo me tiró un jamón por la cabeza. Mi viejo me dejó pintar un mural en el restaurante antes que inaugurara. Cuando lo vio, me sacó cagando y lo hizo tapar de pintura. Me dijo que estaba loca de pintar en un restaurante a un grupo de chicos flaquitos, desnutridos, buscando comida en la basura. No me gusta ser cocinera ni estudiar arquitectura. Mis viejos y mis hermanos están emperrados en que trabaje en el negocio familiar. Yo quiero ser artista plástica. Dicen que me voy a cagar de hambre y que me falla la cabeza por cómo me visto o lo que hago. ¿Les parece que me falla?

—Para nada —dice Orbietto y se toma el café tranquilo.

3 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—No habrán venido para preguntarme si soy judía.

—Ya le diremos. Nos llamaron la atención los maniquís.

—Esos los tengo que armar. Los compro rotos porque son más baratos. Voy a hacer una exposición.

—Interesante. Cuéntenos de qué se trata —dice Orbietto.

—Les muestro.

Yafa le quita la sábana a un maniquí. Está pintado de gris oscuro. Excepto los extremos de los dedos de manos y pies, que simulan uñas pintadas, cada una, de un color diferente.

—El hombre tiene una multitud de opciones para vivir y crear. En los maniquís, las uñas de las manos y los pies tienen diferentes colores. Las de las manos simbolizan las múltiples opciones que puede tomar. La de los pies, los diversos caminos a recorrer. La mayoría de los hombres elige una vida copiada de otras vidas, tan mediocre como las demás. La obra simboliza la contradicción de tomar las opciones o construirse como un ser gris.

Yafa quita la sábana de otro maniquí.

—Este muestra otro aspecto de la condición humana: en el estómago, una manzana, símbolo del alimento, de lo material; en la frente una flor marchita, símbolo del ideal perdido; en el cuello, un collar, ¿símbolo de riqueza, de poder? ¿O es un collar de perro al que alguien lleva por donde quiere? En los ojos, dos cruces cubriéndolos; simbolizando lo que no se quiere ver: todos esos seres desamparados, enfermos de faltarles amor y esperanzas que deambulan por las calles.

—Usted nació para artista. Su arte es muy profundo. ¿Cuándo es la exposición? —dice Orbietto.

—No tengo idea. Por ahí, un domingo consigo juntar guita con las artesanías que vendo, me alquilo una camioneta y llevo los maniquís al Parque Rivadavia. Me van a sacar rajando, pero, aunque sea por un rato, alguno echará una mirada. Así puedo ir de plaza en plaza hasta que a alguno le guste un maniquí. Entonces, se lo regalo.

Algunos parecen demasiado normales

—Vos sos una bestia. ¿Cómo pudiste echar sospechas sobre una bella persona como esta?

—Te sorprendió tanto como a mí. Recién cuando dijo que el padre era el dueño de Zrack me di cuenta de dónde la conocía. Una noche fuimos a comer y ella estaba atrás del mostrador. Nos saludó con la mano pero apenas la vi unos segundos y de lejos. Heidi fue a hablar con ella. No le di pelota. ¿Cómo me iba a imaginar que era la hija de un empresario que tiene una cadena de restaurantes?

—Sos un animal. Lo que dijo fue maravilloso.

—Sí. Fue profundo y comprometido. Lindo pensar en hacer arte y compartirlo sin interés económico. Hasta poético.

—Apurate, abrí el baúl.

Patricio saca las llaves del coche.

Orbietto espera sosteniendo el maniquí.

Una chica que anda de visita

—Tengo que hablar con vos —dice Heidi.

—No me vengas con teleteatros. Si te metieron púa, desde ya te digo que no hablo con Patricio desde hace años, y si algo me pone contenta es estar lejos de él —dice Virginia.

—¿Te pensás que perdería mi tiempo viniendo a hablar esa clase de boludeces?

—Entonces, no entiendo que querés hablar conmigo.

—No entendés porque todavía no te dije nada.

—Sentate. ¿Qué querés tomar?

—Lo que quieras. Pero primero, prestá atención a lo que tengo para decirte. Preciso que a nadie le digas una palabra de lo que te diga. Una palabra que se te escape y la cagás.

Virginia abandona la sonrisa que mantuvo desde que le abrió la puerta. La mira a la cara.

—Debe ser realmente muy serio —dice.

Heidi afirma moviendo la cabeza.

Hay chicas que nunca dudan

—¡Me estás jodiendo! ¿Otra vez? —Yafa se pone a reír.

—Como para que tengan para rato —dice Heidi.

—Dale. Está bueno.

—Mirá que no es al pedo.

—¿Se complicó, no? Me di cuenta.

—A boca cosida.

—¿Es por lo mismo?

Heidi se saca los zapatos y se tira a lo largo en el sofá.

—Está muy jodida la cosa.

—Busco el mate y vemos.

Hay distintas clases de chicas

El anochecer es bastante frío. Es pleno otoño.

—Me manda un mail por semana. Siempre escribe lo mismo: «Don Orbietto, todo bien».

—Heidi pertenece a una generación de pendejas que pasan de uno a otro sin problema. Lo único que les importa es el sexo. No tienen sentido de la responsabilidad. Mirá cómo procedió con vos. Por teléfono te dice que no trabaja más porque está ocupada en otra cosa. Vení, tomamos un café acá.

—Me sorprendió. La verdad no me lo esperaba.

Una chica camina con los brazos abiertos, los cierra, hace molinete con un brazo. Habla sola. Se les acerca:

—Amigo, ¿me das un faso?

Orbietto se detiene. Busca el atado. Le da un cigarrillo. La chica estira la mano con demasiada lentitud. Como si tuviera problemas para moverse. Tiene el pelo teñido en naranja, azul y negro. En la nariz y el labio lleva piercings y un tatuaje en el cuello. Usa una campera y una pollera corta de jean; unas medias oscuras que están corridas y unas gastadas zapatillas negras. En una mano se puso un guante de lana gris; en la otra sujeta un pañuelo que parece servir de venda.

—Dame fuego, amigo.

Orbietto busca el encendedor. El cigarrillo tiembla en la mano de la chica. Su cuerpo se bambolea hacia adelante y atrás.

—Dale, guacho, dame una chirola —dice estirando la mano.

Orbietto mete la mano en el bolsillo.

La chica voltea la cabeza hacia la calle, tiene la mirada perdida.

—Me cagaron a palos, amigo —dice tocándose el vientre.

—¿Qué te pasó? —le pregunta Patricio.

La chica parece estar pensando lo que va a decir. Cuando habla, lo hace de manera entrecortada y como si tuviera saliva amontonada en la garganta.

—¿Sos tira vo?

—No.

—¿Qué preguntá qué?

—Está muy drogada —dice Orbietto,

—¿Te cortaste la mano? —Patricio la toma del brazo.

La chica lo empuja.

—¡Soltá, puto! ¿Me queré culear? ¡Rajá!

La chica les da la espalda y comienza a caminar. A medida que se aleja, Orbietto piensa que hay muchas clases de chicas, muchas clases de personas, y se acuerda del maniquí y del mural que pintó Yafa en el restaurante. Cuando la chica se pierde entre la gente, piensa en el padre de Yafa cubriendo con pintura el mural.

—Olvidate. Lleva dos meses sin aparecer —dice Patricio.

—El último día que la vi, le pregunté cuándo volvía con vos. Me contestó: «Si es paloma mensajera, regresa. De lo contrario, vuela y vuela y vuela».

—Le consiguió trabajo a Cata y al marido. No sé dónde. De un día para el otro esta desagradecida me dejó colgado y se fue. Se olvidó que le aumenté el sueldo al doble cuando supe que lo habían echado al marido. Estas negras son todas iguales.

—Ya vas a conseguir otra. No confíes en ninguna. Las mujeres se hacen las buenitas cuando les conviene, después te muerden como las víboras que son.

—Con lo que me hizo con Cata, más atravesada la tengo a esa pendeja histérica. Mejor que no aparezca más.

—Lo que me resulta raro es que ni la tía ni Yafa sepan dónde está. O lo saben y no quieren decirlo.

—No te hagas problemas. Está gastando la plata que le hice cobrar del video.

—Te habrá destrozado la tarjeta.

—Por suerte nunca la usó. Se la di y la guardó en un cajón.

—Mirá vos. Así que se compraba las cosas con plata propia. Siempre pensé que vivía de tu guita.

—Decía que ella iba por la plata grande, no por monedas. Como rara es rara. Es una loquita. Venía embroncada pero se enojó del todo cuando sospechamos de Yafa.

—Sospechaste vos —dice Orbietto.

—Mejor, callate. No te animabas a tomar el café cuando dijo que tenía arsénico.

—Eso fue un par de minutos. Me acordé de las viejas de *Arsénico y encaje antiguo*.

Alguien que hace cosas malas

Lo sobreestimé hasta que me di cuenta que estaba inflado como un globo. Está convencido que ganará. Cree que es el dueño del juego. Ignora que nadie me domina ni tiene idea de lo que realmente pienso.

Griselda alcanzó a beber media botella de cerveza. Podría decirse que debió haberla tomada toda antes de morir. Pero ella tomó la mitad de la botella; otros, ni siquiera pueden destaparla. Nunca me gustó la cerveza. Me gusta el champán. Puedo tomar una botella sin llegar a emborracharme. También puedo tomar media botella y no quedarme con las ganas. No es necesario tomarlo todo. Alcanza con un poco. Lo necesario para sentirse bien. Esto es lo que sabrá en unos minutos. Estoy esperándolo. Hace mucho que no nos vemos. Será una sorpresa.

Hay llamadas que es mejor no contestar

Orbietto está profundamente dormido. Escucha el teléfono sonando pero le parece que es parte de un sueño. El teléfono no deja de sonar. Enciende la luz, son las dos de la mañana. Suena el timbre de la puerta.

—Hola —dice con la voz tomada.

—Eugenio, levantate. Es muy urgente.

—¿Sos vos, Sergio?

—Mandé gente a buscarte.

Como si le hubieran tirado un baldazo de agua, se despabila de golpe y se sienta en la cama.

—¿Qué pasó?

—Heidi es la que te está tocando el timbre. Abrile.

El timbre de la puerta ya no suena. Como si supieran que están a punto de abrir la puerta.

Se pone el pantalón. Saca el sobretodo del placard. Se mueve como si se estuviera incendiado el dormitorio.

Abre la puerta.

—No llegué a tiempo, don Orbietto —le dice Heidi.

Alguien que hace cosas malas

Heidi Brunner. Resultó muy buena. El perro fue un grave error. Ella sola supera con amplitud a los Lauren y Hardy de la investigación, el gordo idiota y el onanista Lavardén. La doctora fue muy hábil haciendo el papel de tarada. Me tendió trampas por todas partes. Pero fue por el camino que no debía. Aunque acertó en todo, se equivocó en la víctima. Mejor dicho: descubrió lo que debió haber sido, pero no lo que yo decidí desde el comienzo.

Me sentí como en una de esas películas de asesinos. Entré a la cochera. Estuve acostada en el asiento trasero del coche, esperando. Podía ver la puerta del ascensor. No demoraría en bajar. Escuché el ascensor. La puerta se abrió. Me tiré al piso del auto. Subió al coche. Olía a perfume Armani.

—¿Cómo estás, Patricio? —le dije.

Se sobresaltó. No pudo girar la cabeza. Se quedó quieto. Tenía el cuchillo en el cuello. Me miró por el espejo retrovisor. Pudo ver mi sonrisa. Pude ver su miedo.

Le corté el cuello.

Me bajé del auto sonriendo.

1 – En la vida siempre hay sorpresas

Se despierta sintiendo como si se hubiera caído de un sexto piso y tuviera todos los huesos rotos, va al baño. Sin afeitarse y sin bañarse, camina hacia la cocina.

—Vaya al comedor, don Orbietto.

Verla lo toma de sorpresa.

—¿Qué hace acá?

—Me quedé a hacerle compañía. A la madrugada, tuvo una crisis de nervios. Le dieron sedantes. Durmió dieciséis horas.

—¿Qué hora es? —se lo ve completamente confundido.

—Las ocho y media.

Las luces del departamento están encendidas.

—¿Qué pasó mientras estaba dormido?

El timbre los interrumpe.

—Espéreme, voy a abrir la puerta. Llegó Pipo.

—¿Quién es Pipo?

Orbietto tiene la sensación de estar en un sueño, todo le parece irreal. El fiscal Sergio Bogo acaba de entrar.

2 – En la vida siempre hay sorpresas

Como si estuviera saliendo de una mina que se derrumbó, Orbietto dice:

—Esto es como estar en una pesadilla.

—Si a cualquiera que lo conoció le resultó impactante, para vos es terrible. Ahora, Heidi te va a contar la verdad de todo.

—¿La verdad de qué?

—Del caso de las esposas asesinadas.

3 – En la vida siempre hay sorpresas

Después de tomar café, Orbietto comienza a sentirse mejor.

—Ustedes hablan como si se conocieran hace tiempo.

—La conozco desde que era chiquita. Hace veinte años hicimos amistad con los Brunner veraneando en Santa Teresita.

—Lo que son las cosas —dice Orbietto.

—Con Heidi nunca dejamos de vernos. La queremos mucho.

—Cuando hablé de doctora Hache, ¿sabías que era Heidi?

—Claro. Antes de empezar su relación sentimental con tu amigo, Heidi me había dicho lo que ustedes dos se enteraron mucho después. Le bastaron los tres primeros crímenes para saber que los dibujos hacían referencia a los atributos de Afrodita y que era una mujer la que cometía los asesinatos.

Orbietto parece sentirse incómodo.

—Heidi tenía once años y se puso a leer *El asesinato de Roger Ackroyd*, que tiene un final impredecible. Ella lo dedujo y dijo que Ágata Christie hacía trampas con las pistas. Leyó las sesenta y seis novelas policiales que escribió Ágata y en la mitad de cada una ya sabía quien era el asesino. *El misterio del cuarto amarillo* lo leyó de un tirón sentada bajo una sombrilla. «A este no lo vas a descubrir tan fácil», le dije. No había leído ni medio libro y me explicó el procedimiento y el final como si fuera el mismo Leroux. A los doce, resolvía casos leyendo lo que publicaban en el diario. Teresa la dejaba leer copias de los expedientes y tenía trece cuando resolvió el caso Mercader. Estando en Cincinatti descubrió al asesino de las prostitutas. El FBI arrestó a Mickey Stone y a ella le ofreció trabajo, pero no aceptó. Tiene amistades en todas partes y en los lugares indicados. Es una genia de la investigación criminal.

—Cortala, Pipo.

—Le cuento a raíz de una conversación que tuvimos en el Tortoni, hace unos meses. Después de esa reunión tuve la exacta dimensión de lo que eran Lavardén y él. Hasta entonces, habían tenido mi respeto —dice Bogo.

—Tranqui, Pipo —dice Heidi, busca la botella de vuiski y la pone en la mesa.

Bogo enciende un cigarrillo sin dejar de mirar a Orbietto.

Mientras sirve vuiski para él solo y, como si quisiera salir con rapidez del sofocón, Orbietto pregunta:

—¿Dónde estuvo estos dos meses que desapareció?

—Preparando la trampa para la asesina —le responde Bogo.

1 – Una chica que está segura de lo que dice

—No entiendo nada. Díganme todo lo que sepan. Necesito saber. Murió mi mejor amigo, mi hermano

—Mire, don Orbietto, en la selva misionera tenemos la costumbre de hachar árbol por árbol. Primero uno, después otro. Por lo tanto, tenga paciencia de pobre esperando que lo atiendan en el hospital.

Bogo se sirve un vuiski y llena de sevenap el vaso de Heidi.

—Juliana mató al marido y al amante del modo que dije.

De su bolso, saca unas fotos y dice:

—Marina Ramos, en la foto escolar de primer año del secundario. A los dieciséis, llegó a Buenos Aires desde Mendoza. Trabajó como camarera y promotora.

Foto 1

—Esta es Macarena Osorio.

Foto 2

—Esta es Macarena Osornio después que la asesinaron.

Orbietto mira las fotos con mucha atención.

—Macarena tenía catorce años. Su mejor amiga era Marina Ramos. Nunca se encontró al asesino.

Foto 3

—May Pujol. Bailarina y estudiante del profesorado de danza. Veinte años. Salteña, con un hermano también bailarín y gay como ella.

Foto 4

—May Pujol después de ser asesinada. Tenía una amiga: Marina Ramos. Nunca se encontró al asesino..

Orbietto levanta las cejas.

—Había muestras de ADN en los cuerpos de Macarena Osorio y May Pujol. Los forenses hicieron un trabajo deficiente. Pero las muestras se conservaron. Especialmente, las de Pujol. Recordará el crimen. Tuvo resonancia popular. Hice que las muestras fueran enviadas a Estados Unidos. El laboratorio del FBI las analizó. En Pujol pudo identificarse un resto de piel bajo una de las uñas. El ADN se corresponde con que fue tomado de los cigarrillos que fumó y el pocillo de café que usó en su estudio Juliana Conte de Cugi. Por lo tanto, Marina Ramos y Juliana Conte de Cugi son la misma persona.

—Extraordinaria investigación. Encontró a la asesina de las esposas. Tenía razón, era Juliana —dice Orbietto.

2 – Una chica que está segura de lo que dice

En la cabecera de la mesa, Orbietto termina el vaso de vuiski de un trago y se sirve otro.

—¿Cómo las sedujo? —pregunta.

—Jamás tuvo relaciones sexuales con ninguna de las víctimas.

—Entonces, ¿por qué estaban desnudas en la cama?

—Una puesta en escena. Otra de las formas que usó para desviar la atención. Nunca se hubiera arriesgado a dejar muestras de ADN, como hizo en el pasado. Hace tiempo que se convirtió en una perfecta asesina, muy superior a todos los asesinos seriales que se conocen. Para matarlas, se cubrió con algo parecido a uno de esos impermeables plásticos que se pliegan y guardan en un bolso. Así evitó el contacto corporal y mancharse con sangre.

—¿Cómo entró a los edificios sin que las cámaras de seguridad la registraran?

—Usó una llave maestra para la puerta de calle. Las cámaras registraron su ingreso pero no llamó la atención porque se disfrazó. La policía revisó los videos buscando un hombre, no una mu-

jer. Una embarazada con bolsas del súper o una señora con un changuito no despiertan sospechas.

—Simple y efectivo —dice Orbietto.

—Las muertes ocurrieron entre las 13.00 y las 17.00, las horas de descanso de los porteros. Subió por las escaleras y se quedó en el descansillo o el compartimiento de residuos esperando que la víctima saliera o se quedara sola en el departamento.

—¿Cómo sabía que iban a salir? —pregunta Orbietto.

—Estudió el movimiento de estas mujeres, como lo haría cualquier ladrón. Las mucamas llevaban los chicos a la plaza o trabajaban medio día. Las señoras se quedaban solas por un par de horas o toda la tarde. A algunas, les tocó el timbre haciéndose pasar por una vecina nueva. Le abrieron la puerta. No había nada qué temer. Por la mirilla, veían a una embarazada o a una mujer con un chico en brazos, no podían saber que era un muñeco. A otras, las sorprendió en el palier.

—Y las redujo amenazándolas con el cuchillo.

—Nunca las amenazó.

—No entiendo lo que dice. No las amenazaba, no las seducía, ¿cómo las llevaba a la cama?

—Desmayadas.

3 – Una chica que está segura de lo que dice

—En las autopsias no hay muestras de violencia previa al asesinato. ¿Cómo las desmayó? ¿Usó cloroformo? —dice Orbietto.

—No.

—¿Cómo hizo?

—Juliana no fue un par de años a karate, como dijo. Es una experta en artes marciales. A las víctimas, les dio un golpe en el cuello tocando puntos vitales. El flujo sanguíneo que va a al cerebro se interrumpe por una milésima de segundo y se produce

un desmayo instantáneo. No deja huellas y, si las hubiera, el degüello las habría cubierto.

—Nadie podía imaginar que lo hiciera de esa forma.

—Heidi, sí —acota Bogo.

Ella se saca los zapatos y dice:

—Una vez desmayadas, las arrastró hasta los dormitorios. Las acostó, las desnudó, las degolló.

4 – Una chica que está segura de lo que dice

—Lavar las manos, y las uñas de las víctimas no era necesario porque nunca la tocaron. La elección de esposas tuvo el mismo sentido que dejarlas desnudas en la cama: llevar la investigación por caminos errados. No importaba el estado civil sino el apellido, Debía tener una primera letra que sirviera para el acróstico y formar «Luz Afrodita». Todas las pistas eran falsas. Excepto dos.

—¿Cuáles? —pregunta Orbietto.

—Las puñaladas en la espalda. «Te apuñalan por la espalda». Te traicionan. Tres veces clavó el cuchillo en la espalda de tres mujeres, las tres últimas: Zhao Chang, Jimena Urrutia y Giselda Larrondo. Tres veces Pedro negó a Cristo. El toque bíblico tan usado en las películas de asesinos seriales. Esta pista conducía a una mujer que traicionó: Virginia Larraquy, ex de Lavardén. Ella era el objetivo de la serie de asesinatos. Todos los crímenes tuvieron el sentido de ocultar el de ella.

5 – Una chica que está segura de lo que dice

—Notable —dice Orbietto.

—Cuando supe que pensaba matarla, recurrí a unos buenos amigos. Pusieron cámaras y micrófonos en el departamento y en todo el edificio en el que vivía Juliana. Nunca dejaron de seguirla

cada vez que salía. Desde hace dos meses, estuvo vigilada las veinticuatro horas. Pero es una chica con muchos recursos y encontró la forma de evadir la vigilancia. Tengo sed.

Orbietto sirve vuiski en un vaso.

—No tomo alcohol.

—Perdone, estoy demasiado pendiente de lo que cuenta. Es como estar adentro de una novela.

Heidi toma sevenap.

—En completo secreto, Virginia dejó el departamento. Ayudó que estaba peleada con Analía y no tenían ninguna comunicación. A Mum, el señor con el que tiene un romance, le dijo que no se verían por un tiempo porque no soportaba seguir siendo la otra. Virginia tiene dos cosas muy positivas: es rápida para entender y miente muy bien. Está en Italia. El tiempo en que no me vio, lo pasé en casa de Virginia esperando a Juliana.

—¡Cómo se le ocurre! Se trata de una asesina muy peligrosa. ¿Tiene consciencia del riesgo que corrió?

—¿Usted se cree que yo me voy a cagar en las patas por una asesina de mierda?

Heidi pone los pies sobre una silla.

—De vez en cuando, una mujer de edad y figura parecida a Virginia, con una peluca del color de su pelo, salía a la calle. Pensé que Juliana vigilaría sus movimientos antes de matarla, como lo hizo con las otras.

Mueve los dedos de los pies y los mira moverse.

—A mi abuelo le robaron un chancho. El viejo Locatti le juró que él no había sido. Mi abuelo lo fajó. Después, encontró al loco Dávila vendiendo salames.

Respira hondo, suelta el aire, y dice:

—Mi abuelo salió para a chacra de la derecha y tenía que ir para la de la izquierda. Yo hice lo mismo. Me comí el amague.

6 – Una chica que está segura de lo que dice

Orbietto fuma un cigarrillo atrás del otro.

—¿Qué amague se comió?

—No me di cuenta hasta el sábado a la noche. Puse un disco con música de series viejas de teve. De pronto, Cibyl Shepherd cantó *Blue Moon.* Y entendí que había agarrado para otro lado.

Heidi, con las piernas estiradas, pone un pie sobre el otro.

—¿Qué entendió?

—La segunda pista verdadera. Usted escuchó *Blue Moon* en el teléfono. En el mail, Luz justificó el acto como una muestra de poder: ella hacía lo que se le daba la gana. No era esa la razón. La canción daba una pista. Lavardén creyó que la canción tenía sentido por la luna que la asesina pintaba en las espaldas de las víctimas. Desconocía el verdadero significado.

—¿Qué significaba? —pregunta Orbietto.

—El primer crimen se produjo el 30 de noviembre de 2001. El último, el sábado 31 de julio de 2004.

—Sí. ¿Y qué relación hay entre ellos?

—La luna azul.

7 – Una chica que está segura de lo que dice

—La segunda luna llena de un mismo mes es llamada luna azul, blue moon. Es un fenómeno poco usual que se produce cada tres años, aproximadamente. Fue el tiempo que pasó entre el primer y el último asesinato —dice.

—Nadie que no fueras vos podría haber encontrado la relación entre la canción y los asesinatos —dice Bogo.

Heidi encoge las piernas y pone ambos pies sobre la silla.

—Pasaba la medianoche cuando escuché la canción. Recordé el primer crimen y el día en que se cometió. Había luna azul. Ano-

che, otra vez, había luna azul. Entonces, comprendí que Juliana iba a terminar la serie de asesinatos con una luna azul. Este era el motivo por el que dibujaba una luna y el de la canción *Blue Moon*. Cuando dije del amague que me comí fue porque creí que la víctima era Virginia pero era Lavardén. Lo llamé. No contestó. Ya estaba muerto.

Orbietto tiene los ojos llenos de lágrimas.

Heidi y Bogo intercambian una mirada.

—Juliana es una asesina de características únicas. Pero el plan original no le pertenece, aunque ella lo mejoró y terminó haciendo lo que quiso. La idea nació de su cómplice, el asesino intelectual —dice Heidi.

—¿Quién?

—Patricio Lavardén.

1 – Alguien que hace cosas malas

Creyó que podía manejarme como un títere. Pero los hilos siempre estuvieron en mis manos. Lo entendió tarde.

El fiscal que investigó el asesinato de May quiso relacionarlo con el de otra lesbi. No tenían nada que ver. Me buscaron para que testificara. Cualquiera podía encontrarme. Pero la policía viaja en carreta. A él le pasaron el dato y llegó antes.

—Mataste a May Pujol y a Camila Luzzi. Tenés dos caminos: me decís la verdad y te ayudo o me mentís y vas presa —dijo.

No sabía quién era Luzzi pero sabía que ese tipo sentado frente a mí en la mesa del bar estaba viviendo las últimas horas de su vida.

Sonreí. Dijo:

—¿Qué te resulta divertido?

Se quedó mirándome. Mantuve su mirada. Parpadeó. Pareció perder seguridad. Preguntó:

—¿Mataste alguna otra además de estas dos?

Seguí mirándolo a los ojos. No dejé de sonreír. Se echó hacia atrás en la silla.

2 – Alguien que hace cosas malas

Nunca imaginé que recibiría una propuesta como la suya. Acepté. Por un tiempo, seguiría vivo. Se encargó de sacarme al fiscal y la policía de encima. Cambié el color y el corte de pelo. Pagó la cirugía de mis pechos. Tuve otro nombre y documentos nuevos. Marina Ramos dejó de existir y nació Juliana Conte.

Patricio Lavardén apareció como si hubiera frotado la lámpara de Aladino. Empecé a divertirme.

3 – Alguien que hace cosas malas

Muchas veces, decía que me había convertido en una Nikita. Era un tipo muy creído de sí mismo. Estaba seguro que yo era su obra y podía darme las órdenes que quisiera, como en la película hacen con Nikita. Era un idiota. La vida no es el cine.

Yo debía matar a tres mujeres de una puñalada en la espalda. Con la primera letra de sus apellidos se formaría el nombre «Luz». La primera de la lista era Virginia Larraquy, su mujer. Una vez que matara a las mujeres, debía hacer lo mismo con Federico Cugi. Me pagaría mucho dinero. Pero debía esperar para hacerlo. Tal vez años. No me importaba, me mantenía y podía comprarme lo que me gusta.

Cuatro años después, dijo que era el momento. No fue capaz de advertir que en el tiempo que pasó yo era otra. Nunca me mantuve inactiva. No podría hacerlo. Hay algo dentro de mí que pulsa por salir. Hasta que no se expande, siento que puedo explotar como un sifón arrojado contra la pared. Fui clara con él:

se hacía a mi manera o no lo hacía. Se daban las condiciones ideales para que me entretuviera como nunca y no pensaba desperdiciarlas por ninguna razón.

Le dije: «Voy a matar a once mujeres. A mi estilo. Solo en las tres últimas clavaré el cuchillo en sus espaldas. Con la primera letra de sus apellidos formaré un acróstico con el nombre «Luz Afrodita». No se leerá en sentido lineal sino inverso. Conozco el mito de Afrodita y me identifico con ella. Voy a dejar una luna en cuarto menguante pintada con sangre en sus espaldas. En ocho mujeres, dejaré el dibujo de uno de los atributos de Afrodita. Mataré una mujer cada tres meses, aproximadamente. Yo decido el día que empiezo y si el plazo entre uno y otro crimen se prolonga o se acorta».

Me dijo que era una locura y demasiado tiempo. Ni siquiera le respondí. Se puso muy nervioso. Cuando se tranquilizó, preguntó qué significaba la luna. Le dije que lo averiguara.

4 – Alguien que hace cosas malas

Conocí a Cugi. Me lo levanté. Me hice embarazar. Me casé. Patricio demoró en enterarse. Lo supo después del casamiento. Se enojó. Me reí en su cara. Después, entendió que era una buena idea: lo tenía al alcance y conseguía una buena fachada: un marido con plata, una hija, una buena casa en un barrio burgués. Nadie sospecha de una mujer que quiere a los perritos y que sufre porque el marido la engaña con otra. La negra que trabajaba de sirvienta lo creyó. Simulé estar triste y hasta llorar. La tilinga de Lucía Parrado me preguntó varias veces sobre mi relación con Federico. Le contesté con evasivas pero dándole a entender que todo estaba mal entre nosotros.

Había comenzado la serie de asesinatos y tenía que preparar el clima para justificar que mi manera de salir de la depresión era

conseguirme un amante, alguien que me diera lo que mi marido me negaba. El pobre Patricio volaba en un globo aerostático, lejos de todo lo terrenal. Se creía un tipo por encima del resto. Su tamaño era el de la escupida de un borracho. Jamás imaginó el modo en que planee matar a Federico. Nadie puede saber cómo realmente pienso.

5 – Alguien que hace cosas malas

Me hace bien acordarme de su cara en el espejo retrovisor del coche mientras sentía el filo del cuchillo en el cuello. El estúpido murió sin entender que su muerte estaba decidida desde el día que me amenazó. El gordo debe creer que fue una víctima inocente. Patricio y el gordo hacían una buena pareja de tipos ridículos e inservibles dándose aires de señorones. Seguramente, Heidi Brunner ya desenredó la madeja. Se lo dirá al gordo. Entonces, podrá ver la cara que se esconde bajo la careta.

Me gusta que ella sepa todo lo que hice. Es bueno que haya alguien capaz de apreciar de lo que soy capaz. En un mundo de hombres, es difícil que una mujer se destaque.

Voy a tomarme unas largas vacaciones. Después, me ocuparé de conseguir un hombre. Hay muchos peligros en el mundo. Una chica necesita de un hombre que la cuide.

1 – Una chica que no se calla la boca

—Lavardén ideó un plan. Iba a ser una competencia con la policía y usted, como sus juegos de ajedrez. Una serie de enigmas que debían ser revelados. ¿Cuál era el sentido? Hacer creer a todos en una asesina genial llamada Luz. De este modo, abría el camino para que Juliana pasara por el medio de todos sin cargar con ninguna sospecha. Contaba con una ventaja de la que carecen otros

asesinos: investigaba los crímenes que él mismo cometía. Era *Un ciudadano libre de toda sospecha*.

—Usted es una irrespetuosa. Un hombre como Patricio Lavardén fue vilmente asesinado y usted se atreve a hablar de él de esa manera. Es una idiota.

—Mostrá más respeto o vas preso. De la cárcel, te está salvando Heidi —dice Bogo.

—¿Qué decís?

—Estás seriamente comprometido. Pudiste ser su cómplice.

—¿Estás loco?

Como si escuchara llover, Heidi dice:

—Todas las muertes encubrían el verdadero objetivo: el asesinato de Virginia Larraquy, la ex mujer de Lavardén. Secundariamente, el de Federico Cugi, ejecutado de otro modo.

—¿Vos creés este relato hecho por una delirante?

Bogo fuma sin contestarle.

—El problema de Lavardén fue subestimar a Juliana. Ella no es una asesina común. Es una genia y los genios hacen lo que se les da la gana. Abandonó el plan que él le propuso y decidió hacer las cosas a su manera. Le dijo que mataría a once mujeres. Ella fue la que tuvo la idea de incorporar a Afrodita y pintar la luna en cuarto menguante. Lavardén había esperado años y no le quedó otro camino que aceptar. Era como Juliana quería o no era.

Orbietto suelta una artificial carcajada burlona.

—¡Qué ridiculez! Usted es patética.

—Curiosamente, la canción *Blue Moon* fue idea de Juliana. Le gustaban las canciones viejas. En su casa, tenía una buena discoteca y la canción en cuatro versiones distintas: las de Sinatra, Ella Fitzgerald, Tony Benett y Rod Steward. Ella fue la que lo llamó. Le dio una buena pista. Ni usted ni Lavardén la entendieron. O sea, Juliana actuaba como cuentapropista. No tenía jefe. Pero Lavardén, ni a esa altura de los acontecimientos, se dio cuenta.

—Tenía razón Patricio, usted tiene imaginación para novelista. Pero como investigadora es un cero a la izquierda. Todo lo que hace es inventar.

—Cuando Lavardén le pidió a Juliana que iniciara la serie de crímenes, ella decidió comenzar con la luna azul del viernes 30 de noviembre de 2001. En adelante, hizo lo que se le dio la gana. Lavardén solamente se ocupó de liberarla de sospechas y tirar toda clase de hipótesis sin sentido, nada raro en él.

—¿Tiene alguna prueba o es su cerebro, más dañado de lo que creía, el que inventa este disparate?

Muy lentamente, Heidi le quita el papel a un chicle.

2 – Una chica que no se calla la boca

—El crimen de May Pujol ocurrió en 1997. El mismo año en que Lavardén se enteró de la infidelidad de su mujer. Lavardén habló con Juliana e hizo con ella un trato: inmunidad y dinero a cambio de hacer un trabajo: matar a Victoria y a Cugi.

—¿Quién puede creer eso?

—Yo lo creo —dice Bogo.

—Te empaquetó como lo hizo conmigo muchas veces. Ya te vas a ver cómo todo lo que dice se desploma como una casita de naipes con un soplido.

—Sople fuerte. La casa es la del tercer chanchito.

Orbietto la mira de reojo y hace un gesto de desprecio.

—Juliana dio un paso adelante. Buscó a Cugi, se lo levantó y lo aprovechó para crearse una imagen de chica buena. Al matarlo, cumplió el trato con Lavardén y heredó la plata del marido.

Hace un bollito con el papel del chicle y lo tira por el aire embocándolo en el cenicero.

—Poco antes del crimen, buscó un perejil. Encontró a Fiorito. Nunca tuvo sexo con él. Se vieron una sola vez y lo hizo ir a su casa.

El pobre tipo lo único que había matado en su vida eran mosquitos. Con Fiorito creó al asesino torpe que imita al asesino genial. Ella salva su vida de milagro y queda inmaculada.

Estira las piernas y pone un pie sobre el otro.

—Antes de esta serie de crímenes, Juliana pudo haber matado a diez o a cincuenta. Nunca se sabrá.

—Usted está completamente loca.

—Mi abuelo, el taxidermista, siempre me decía: «Muchos hombres son como estos animales: llegan a un punto de la vida y quedan disecados».

3 – Una chica que no se calla la boca

—Lavardén y Juliana no tuvieron contacto alguno, que no fuera el telefónico mientras duró la serie de crímenes. Usaron celulares de los que se desprenderían al final. Lavardén no tenía idea de a quiénes mataría ni cuándo. Se sorprendió al saber que Zhao Chang estaba embarazada y no esperaba que matara a Urrutia. Muchos menos a Cugi el día que lo hizo. Él le había pedido que lo matara al acabar la serie de asesinatos. Debía parecer un crimen pasional. Ella no iría presa. Se fugaría a otro país con nueva identidad y dinero. Abandonaría la hija con los padrinos.

—Una barbaridad atrás de la otra.

—Tampoco estaba enterado que ella mataría a Larrondo. Debe haberlo desconcertado. La última, según el diseño que hizo Juliana formando el acróstico en sentido inverso, era Virginia. Pero reemplazó a Larraquy por Larrondo.

—Está contando una película. Sería divertido si no se tratara de una infamia que va a pagar muy caro. Le doy mi palabra.

—El mail lo envió Lavardén. Buscó explicar la canción que usted escuchó diciendo que la asesina se había sentado en el bar de enfrente de su estudio vigilando sus movimientos. Una torpeza.

Le recuerdo que usted recibió la llamada entre las tres y las tres y cuarto. Entre las dos y las tres y media de la tarde, en el bar, en una de las mesas de la vereda había dos señores; en otra, tres chicas; en la siguiente, un señor anciano que va todos los días; en la última mesa ocupada, dos chicas y un chico de unos veinte y pico de años. En la única vidriera que da al edificio de su estudio, cuatro empleados de la empresa Barreto, que está a la vuelta. ¿Dónde estaba sentada la asesina? ¿Adentro? ¿Cómo hizo para ver que usted levantaba la persiana y había llegado? ¿Desde una de las mesas interiores pudo ver el sexto piso en que se encuentra su estudio?

—No entendí nada de lo que dijo. Fue un enredo de gente y mesas que usted no vio. No voy a molestarme en preguntar lo inútil: ¿cómo lo sabe? Lo real es que Luz mandó el mail. Acabe de tratar de manchar a un hombre bueno e inocente que le dio demasiado. Usted no merecía nada. Es una lacra.

Heidi mueve la cabeza impidiendo que Bogo intervenga.

—Le respondo a su pregunta inútil: lo supe preguntando en el bar. Además, le cuento que Margarita es una secretaria muy ordenada. Conserva todas las citas que hubo en el estudio desde hace dieciocho años. Luz fue a verlo el miércoles 15 de junio de 1994, a las 18.30 horas. Luz se fue a las 19.10 y Margarita, como todos los días, puntualmente, a las 19.30.

Heidi vuelve a estirar las piernas apoyándola en una silla.

—A Lavardén se le escaparon todas las gallinas, como decimos en el campo. La alambrada del gallinero estaba llena de agujeros.

—Me harté de escucharla. Escupe veneno. Comenzó a odiar a Patricio la noche que escuchó nuestra conversación en el restaurante. Entonces supo de su amorío con Luz y no pudo aceptar que una chica joven y sexi le moviera el piso. Usted es una enferma de celos. Por eso se la pasaba espiándolo.

Imperturbable, Heidi dice:

—Mientras esperaba que la atendiera, Luz sufrió un percance por el que Margarita todavía la recuerda. Luz se indispuso y, con la cara colorada por la vergüenza, le preguntó a Margarita si tenía algodón. Le dio una toallita higiénica. ¿Se acuerda lo que le contó su amigo en el restaurante?

Tuvimos sexo. Después, preguntó: «¿Siempre le interesaron los crímenes?» Le respondí. Dijo: «A usted lo vi antes de conocer a su hija. Alguien lo señaló y me dijo quién era». Me senté en mi sillón. Ella puso los pies sobre el escritorio, con las piernas abiertas. No se había vuelto a poner la bombacha. Tuteándome, dijo: «¿Sabés que podés ir preso? Tengo dieciséis». Seguro que me cambió la cara. Se puso a reír y dijo: «Tranqui, cumplí dieciocho. Nunca le creas a una chica que te muestra la vagina».

—¿Esa chica adolescente que se indispuso fue la que le mostró la concha a Lavardén?

—¿Está segura que estaba indispuesta? ¿Está segura que tenía puesto algo? ¿Fue al baño con ella? —Orbietto la mira de manera desafiante.

—Mi abuelo, el cantante de zarzuelas, me decía: «Al público hay que hacerlo esperar. Después, te aplauden más».

4 – Una chica que no se calla la boca

—Está muy sacado. Redondeá —dice Bogo.

—Tranqui, perro que ladra se muerde la pata y cae muerto de su propia rabia. Continúo. Esa tarde, Luz le comentó a Lavardén que pensaba irse con la madre a España. Cuando Analía le dijo que no había vuelto, creyó que se había ido del país. Al decidir el inicio de la cadena de crímenes, se acordó de ella. Una chica con un tatuaje, un lunar, pelo corto. Daba como para personificar a una ase-

sina. La buscó. No supo nada de ella. Le pareció que seguiría en España. ¿Qué conseguía usándola para el personaje de asesina? Tener a su hija Analía como testigo. Ella la había conocido. Así, Luz, la asesina, tomaba cuerpo, era real. Juliana quedaba al margen de toda sospecha y, por supuesto, él.

Heidi se inclina buscando los zapatos.

—Fue una buena idea que le hiciera decir a Luz que era un mal cogedor. Ningún hombre diría eso de sí mismo. Mucho menos un engreído como él. En otras circunstancias, yo hubiera creído en la existencia de Luz por hacerlo notar. Solo alguien que tuviera sexo con él lo sabría. En esa época no había Viagra y Lavardén sin pastilla era como un destornillador de gelatina.

Bogo no puede evitar sonreírse.

—Patricio no dijo eso de sí mismo. Lo dijo, con mucha mala fe, Luz. Terminemos esta imbecilidad de Luz. Le hice unas preguntas y evade las respuestas. ¿Tiene algo para decir?

—Luz no existe.

—Ya sé que no existe porque Juliana es Luz.

—Juliana no es Luz.

—Me tiene realmente cansado. Pasemos a los hechos. Muestre una sola prueba de que Luz no es Juliana.

—Está viendo la prueba.

Se sonríe y dice:

—Luz soy yo

5 – Una chica que no se calla la boca

Orbietto se queda unos segundos como si estuviera congelado, reacciona, da un puñetazo sobre la mesa. Se pone de pie- Con la cara enrojecida, grita:

—¡Usted es una imbécil! ¿Sabe quién soy, insolente?

—Bajando el tono, doctor Orbietto —dice Bogo.

Como si estuviera mirando un paisaje desde la ventanilla de un auto y se sintiera relajada, Heidi dice:

—Entre las notas de mi mamá, aparecía el nombre de Miguel Lavardén, el padre de su amigo, como vinculado a Contur. Pero se murió en el 93. Necesitaba la punta del ovillo. Pensé que el hijo podía estar implicado. Como le hizo decir a la Luz que inventó, me acerqué a su hija pensando que si me hacía su amiga podría ir a su casa, ganarme su confianza, y averiguar alguna cosa. En ese tiempo, estaba muy influenciada por las novelas y películas policiales. Días después de mi encuentro con él, tuve pruebas de que Miguel Lavardén solo tuvo un contacto circunstancial con la empresa. Entonces, hice desaparecer a Luz.

—Puede ser que Patricio no recociera en Juliana a Luz. Se hizo cirugías en los pechos y la nariz; se quitó el lunar; tenía el pelo distinto. Patricio conoció a una chica adolescente que volvió a ver ya convertida en mujer diez años después. Pero, ¿quiere hacer creer que Patricio no iba a darse cuenta que usted era Luz? No me haga reír. ¿Sabe quiénes somos? ¿Se cree que una chirusa como usted nos podría engañar?

—No tengo ninguna cirugía. Pipo puede dar fe que es así. ¿Se acuerda de la chica que encontraron en la calle?

—¿Sos tira vo?

—No.

—¿Qué preguntá qué?

—Está muy drogada —dice Orbietto,

—¿Te cortaste la mano? —Patricio la toma del brazo.

La chica lo empuja.

—¡Soltá, puto! ¿Me queré culear? ¡Rajá!

Heidi cambia la voz:

—¡Rajá, botón! ¡Quién só! ¡Rajá, puto! ¿Me queré culear? ¿Qué queré, longi, cogotearme? ¡Te voy a meté un facazo!

—¡Imposible! ¡No puede ser!

—Otras de las condiciones que tiene: disfrazarse y hacer muy buenas imitaciones. Podría ser actriz —dice Bogo.

—Usted y Lavardén debieran haber aprendido a escuchar. Jamás dije que Juliana y Luz fueran la misma persona. Lo dijeron ustedes. ¿Cómo iba a decir semejante burrada sabiendo que Luz no existía?

Heidi se pone los zapatos.

—Margarita me vio hace diez años, Yafa me ayudó con los disfraces de Luz y de chica dada vuelta. Dos testigos.

—Mentira, usted conoció a Yafa hace poco. No tenía ni idea de quién era usted hace diez años —dice Orbietto.

—Yafa es mi amiga desde la primaria. Estudió arte en Bekerley y nos vimos seguido en Estados Unidos. Los padres dicen que somos como hermanas. El día que me fui de casa después del crimen de mis padres, paré en la de ellos. Recién cuando mi tía Amelia se convirtió en mi tutora fui a vivir con ella. ¿Qué le pasa? No pega una. Tendría que mirar bien cuando patee. El arco está para el otro lado.

6 – Una chica que no se calla la boca

A Orbietto, el cigarrillo le tiembla en la mano.

—Lavardén le dijo a Juliana que lo tomara a usted de abogado. Era una buena pantalla y una excelente excusa: ¿una genia del crimen metiéndose en la jaula del tigre hambriento? No había problema: Luz no existía. Y el que debía identificar a Juliana como Luz era su cómplice.

Heidi se levanta.

—Usted era el vapuleado en el juego que él propuso. Le ponía a la asesina adelante y no se daba cuenta. El asesino contra el investigador. Aplauda a su amigo, se cagó encima suyo.

Heidi, de pie, lo mira a la cara. Orbietto esquiva su mirada.

—Al gran Lavardén le cogieron la mujer. Su amor propio quedó herido. Por lo tanto, Virginia merecía morir. No es nada nuevo esperar años para matar a alguien del que se desea vengarse. Otros lo han hecho. Pero es novedoso ser tan pelotudo como para usar a una asesina serial como ejecutante y dejarla que se divierta matando gente inocente. ¿No le parece?

Bogo está en silencio, como si asistiera a una ejecución.

—Analía sería la heredera. La hija llevándose su plata era una cosa pero que se la llevara esa puta era intragable. Amor propio, soberbia y bolsillo dolorido. Motivos para matar a once mujeres y dos hombres que no le hicieron mal a nadie.

Orbietto mantiene la vista fija en un punto delante suyo.

—No fue Lavardén el que quiso separarse. Fue Virginia. Estaba harta de que la cagara. Se sentía sola y mal. Se encamó con un tipo en 1997. Lavardén no descubrió nada. Ella le pidió la separación. Fue de frente. Se lo contó ese mismo año. Él le pidió quedarse juntos hasta que Analía se fuera a vivir sola. Era una excusa. Quería tener tiempo para esconder parte de su dinero y tratar de retenerla. No por amarla sino porque el divorcio significaría un fracaso en su vida. No aceptaba el fracaso. Por eso dejó de ser abogado: evitaba que su exuberante autoestima fuera herida.

Heidi se acomoda el pelo y dice:

—En 1998, Virginia se cansó de tenerlo al lado y fue a ver un abogado. Lavardén la frenó y aceptó darle la mitad de los bienes gananciales y un poco más. No quería escándalos.

7 – Una chica que no se calla la boca

Heidi pone el bolso sobre su hombro.

—Lavardén fue un tipo mediocre que mandó clientes inocentes a la cárcel, escribió novelas pedorras, y fue un pésimo inves-

tigador. Todo lo que hizo fue inflarse a sí mismo, igual que usted, y promocionarse bien. En yunta, se la creyeron. Mire cómo quedó. Una mina le cortó el pescuezo.

Orbietto tiene la frente cubierta de sudor. Su camisa está mojada en las axilas y la espalda.

—Lavardén era un chanta que pensó que con amenazar a Juliana y tirarle un poco de mosca tendría a una capa como ella comiendo de su mano. ¿Semejante gil iba a manejar a una mina como ella? Juliana lo dio vuelta.

Heidi no deja de mirar a Orbietto que vuelve a sentarse.

—Lavardén planeó todo para matar a su ex mujer. Y Juliana para matarlo a él.

Al encender otro cigarrillo, la mano de Orbietto tiembla,

—Juliana es una criminal muy grosa y Lavardén, un gilastrún. La mina es cumplidora: les metió una puñalada por la espalda a tres mujeres. Pero quiso decir lo contrario de lo que Lavardén esperaba: Virginia no era la traidora. El traidor era Lavardén.

Por un segundo, a Bogo se le cruza la imagen de un torero a punto de clavar la espada en el toro.

—Tipos como usted y él creen que los hombres tienen derecho a ser infieles y si las mujeres lo son, las tratan de putas. Juliana se puso del lado de las mujeres y lo degolló a Lavardén. Fue una manera muy sutil de decirles: «Váyanse a lavar el culo».

8 – Una chica que no se calla la boca

—Desde que lo conoció, Juliana decidió matarlo. Tenía que sacárselo de encima. Antes, jugó con él. Le sacó plata y consiguió impunidad. Días antes de completar el plan, Juliana le pidió a Lavardén que le depositara la mitad del dinero prometido en una cuenta en el exterior. Él lo hizo, le pareció normal. A Juliana le gusta el dinero pero no necesita demasiado. Sabe có-

mo conseguir hombres que la mantengan. Con la paga de Lavardé y la plata que dejó su marido tenía suficiente para dejar la hija con los padrinos e irse del país. Unos retoques corporales, documentos falsos, y mujer nueva. A esta hora, ya debe haber llegado a destino. A lo mejor, al único que extraña es a Lalo.

Heidi, a cada momento, parece estar más aliviada.

—Usted, que no encuentra un dedal que tiene en el dedo, ¿sabe que Lavardén le erró fiero con Federico Cugi? Nunca fue amante de Virginia.

Orbietto se sorprende.

—Virginia lo conocía de comprar en la librería. Se encontró con él varias veces corriendo en Palermo y una tarde tomaron un café en La Biela de pura casualidad. Analía lo quería para yerno. ¿Qué le pasó a Lavardén? ¿Confundió a un chico que entonces tenía veinticinco años con el amante de su mujer? Y usted, que lo estuvo investigando, ¿no se enteró de esto? Es difícil de entender que dos maestros de la investigación como ustedes no supieran algo tan sencillo de averiguar. Fíjese, hasta una chiruza como yo lo sabe.

Orbietto aprieta los puños con fuerza.

—Desde 1997, el arquitecto Mum es el amante de Virginia.

Bogo apaga el cigarrillo.

—Por si pretende seguir defendiendo a su amigo como loro contra perro, como decimos en el campo, agrego: debiera tener en cuenta que Lavardén no aprendió que donde se trabaja no se coge. Lavardén tenía un departamento en la calle Berutti que usaba de bulín. ¿Vio que dicen que las casualidades no existen? Fíjese cómo lo que podría haber sido tomado como casualidad, años después, se entiende que tenía una razón de ser.

—La que va a matarte es Juliana Conte de Cugi.

Heidi le muestra una foto.

—¡La conozco a esta hija de puta! —dice Virginia.

—¿No me digas?

—Esta era amante de Patricio. Los vi.

—Una amiga mía decía que el mundo es un pañuelo con el que te sonás la nariz.

—Pará, preciso un vuiski.

—Ponete en pedo después. Contame.

—Yo iba en taxi y los vi bajándose del auto de Patricio. Iban al bulín de este hijo de puta. Paré el taxi y me bajé. Esperé hasta que salieran y a esta la vi bien. Tenía el pelo más claro que ahora. Alta, flaca, con cara de puta. Me fui a un abogado. Le puso un detective para seguirlo.

—Por favor, decime que le sacó fotos juntos.

—¿Escuche mal o usted dijo que su amigo vio a Juliana una sola vez en la vida? Le dejo unas fotos de 1998. Mire qué linda salió Juliana en esta. Usted que lo conoció muy bien, ¿el que está al lado es su amigo Lavardén?

8 – Una chica que no se calla la boca

Heidi va hacia la puerta. Se detiene.

—No me acerqué a Lavardén para pedirle ayuda con el caso Contur. Fue un encuentro casual. Estaba en el mismo sitio que yo. Nos presentaron. Me causó gracia que no me reconociera. Pensé en una charlita del momento y tuve la mala suerte de enamorarme. Y ahora, la buena suerte de ya no estarlo. Para él, fui la pendeja que usó como trofeo: «Mirá la guachita que me garcho», con dedicatoria para su ex mujer antes de matarla. Haber estado con ese tipo es como haber comido un sorete con cuchara.

Se saca el chicle de la boca. Lo emboca en el cenicero desde unos dos metros.

—Soy como me vio. Lo que le dije, lo sentí. Si estoy acá es porque el destino decidió que alguien tenía que descubrir la trama de los asesinatos. El destino quiso que fuera yo.

Bogo le abre la puerta para que pase.

—A usted lo aprecié mucho. Esta noche, me ninguneó, me boludeó, me agredió. No se preocupe. Mi testimonio va a salvarlo de la cárcel. Sé que es inocente. Pero esta noche, mostró su verdadera cara. Hacía bien en esconderla: es muy fea.

Bogo vuelve a pensar en el torero. La espada entró en el toro. Está a punto de caer en la arena.

—Todo lo que le importa es salvar el nombre de Lavardén y, sobre todo, el suyo. Lamento comunicarle que ambos nombres han quedado desprestigiados por completo. Pero el de Lavardén pasará a la historia del crimen en el país. Será recordado como el culpable de la muerte de once mujeres y dos hombres inocentes. Le encantaba la fama. La tendrá aún después de muerto. Póngase contento por la suerte de su amigo.

La cara de Heidi parece la de alguien que está en paz.

—De este mundo, nadie se va sin pagar sus deudas. Juliana se encargó de cobrar las de Lavardén. Le cortó el cuello como a un cerdo. Hizo justicia. El tipo era bosta.

Da un par de pasos, se detiene, gira el cuerpo y dice:

—No volveremos a hablar jamás. Esta es la última vez que me meto en el tacho de basura en el que vive.

Sonríe con la sonrisa de Audrey Hepburn y dice:

—Los errores más graves que cometió Lavardén fueron Juliana y yo. Debiera haber sabido que las chicas siempre metemos en problemas a los hombres. Y usted, el más grave error que cometió en su vida fue enamorarse de Lavardén. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

Bogo ve cómo el toro cae en la arena. Cierra la puerta.

En la televisión nunca falta alguien al que se puede reportear

—¿Qué puede contarnos de la doctora Brunner?

—Le gusta hacer chistes.

—La doctora, igual que usted, se radicó en Estados Unidos y adoptó la ciudadanía estadounidense. En poco tiempo ganó notoriedad logrando la captura del asesino serial conocido como Israfel, y al resolver el Caso de las mujeres en la bañera. ¿Cree que volverá a encontrarse con Juliana, la asesina de las esposas?

—No tengo dudas. Al final, el bien siempre gana aunque la victoria demore en llegar.

—Usted es la mejor amiga de la doctora desde que eran niñas, ¿imaginó que se convertiría en una investigadora tan famosa?

—Siempre pensé que ganaría un Oscar. Pero no quiso ser actriz. Creo que hizo una buena elección. Se necesita a alguien que sepa cómo atrapar a los malos. ¿No le parece?

—Estoy de acuerdo. Se cuentan muchas historias de la doctora y usted sabe si son verídicas ¿Es cierto que se disfraza para realizar investigaciones o pasar desapercibida?

—Muy cierto. Ahora mismo, está disfrazada de Yafa Schiller.

(Risas)

—La verdadera Yafa está viajando a Argentina. Me pidió les dijera que lamentaba no poder estar en el programa pero era el cumpleaños del padre y nunca falta. Les dejó saludos.

(Risas)

—A su exposición en el Museo de Arte Moderno la llamó A la luz de una luna azul*. Se dice que el nombre hace referencia al* Caso de las esposas asesinadas*. Sin embargo, usted lo negó. ¿De verdad el nombre no tiene relación con los sucesos de hace dos años ocurridos en Buenos Aires?*

—Mi abuelo, el tenista, solía decirme: «Tira la pelota por encima de la red tantas veces como la veas venir».

—¿Qué quiso decir su abuelo?

—Eso mismo le pregunté. Me respondió: «Nunca preguntes lo que no tiene sentido preguntar».